PYRENAICA

ANALES DE LA FEDERACION VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO



Vol. IV N.° 14

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

1929

SUMARIO:

LA BELLA AVENTURA DE ANDRÉS ESPINOSA.—*Manuel de la Sota.*

ALPES FRANCESES: SÓLO, POR EL MACIZO DEL MONT-BLANC.—*Andrés Espinosa.*

ALPES SUIZOS: EL CERVINO (MATTERHORN), *Andrés Espinosa.*

EL REFUGIO DE PIEDRAFITA.—*J. Diaz Duque.*

IÑAKI DE ELORZA Y ECHEBERRÍA.

SECCIÓN OFICIAL.

REFUGIO DE PAGASARRI

PROPIEDAD DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BILBAO

ARRENDATARIO: JOSÉ HERRÁN.

SITUADO A 650 METROS DE ALTITUD, EN UN LUGAR INCOMPARABLE, A HORA Y MEDIA A PIE, DESDE BILBAO, MITAD DE CAMINO A LA CIMA HISTÓRICA DE GANEKOGORTA (1.006 METROS)

SERVICIO PERMANENTE DE COMIDAS DURANTE TODO EL AÑO

(ENCARGOS Y AVISOS AL TELÉFONO 9102, DE BILBAO)

CAJA DE AHORROS VIZCAÍNA

BAJO EL PATRONATO DEL GOBIERNO.

FUNDADA Y GARANTIZADA POR LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE VIZCAYA

INTERESES QUE ABONA

Libretas de Ahorros ordinario. . . .	3,75	por 100
— Imposición semestral. . .	4,–	—
— Imposición anual	4,25	—
— Imposición bienal. . . .	4,50	—
— Cuenta a la vista	2,75	—

OFICINAS EN BILBAO: Palacio de la Excelentísima Diputación de Vizcaya. Calle de la Estación, núm. 5 (esquina a la Plaza Circular). Plaza de los Auxiliares (esquina a la calle Sombrerería).

SUCURSALES: EN LOS PRINCIPALES PUEBLOS DE LA PROVINCIA

Refugio de Urbía (Aitzgorri)

ABIERTO AL PUBLICO DESDE EL 22 DE MAYO

SERVICIO DE RESTAURANTE

Sopa. Dos platos. Postre y Café, sin licores

PESETAS 5,50

PENSIÓN COMPLETA
CON HABITACIONES INDEPENDIENTES

Dirigirse a Calixto Echeverría, de CEGAMA (Guipúzcoa)

NUEVO ARRENDATARIO

ANTONIO DE ZUVILLAGA

ACEITES FINOS Y LICORES

RIBERA, NÚM. 19
TELÉFONO 9575
BILBAO


CALZADOS
Lotus-Delta
SOMBREROS
Lock - Scots
Estetson
CAMISERO
NOVEDADES
INGLESAS

Cardenal

PYRENAICA

ANALES DE LA FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO

"...para el fomento de la noble afición a la montaña, las enseñanzas del excursionismo y el amor a la Naturaleza, con especial interés en lo que afecta al País Vasco Navarro."

MONTAÑISMO-TURISMO Y EXCURSIONISMO-ARTE Y ARQUEOLOGIA-TOPONIMIA Y ESPELEOLOGIA-ESTUDIOS E INVESTIGACIONES

AGÜERO

VOL. V JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE - 1929 NÚM. 14

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL: ES PROPIEDAD; DERECHOS RESERVADOS.—AUTORIZADA LA REPRODUCCIÓN CITANDO LA PROCEDENCIA EDITORA: FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO.—DIRECCIÓN POSTAL: BILBAO - NAJA, 3, 4.° IZQUIERDA. SUBSCRIPCIÓN ANUAL: PTAS. 2 PARA LOS MIEMBROS DE LA F. V. N. A. Y PTAS. 4 PARA LOS NO MIEMBROS.-NÚMERO SUELTO: PTAS. 1

COMITÉ DE LA REVISTA: LOS PRESIDENTES DE LAS CUATRO SECCIONES.—DIRECTOR: MANUEL DE LA SOTA Y ABURTO

ADMINISTRADOR: JUAN JOSÉ BARDESI Y BARANDICA

LA BELLA AVENTURA DE ANDRÉS ESPINOSA

La noche ha caído profunda y callada sobre la romántica ensenada de Arketas. Es la hora en que solamente el oído ve, porque oye con minuciosidad microscópica. La corriente, al pasar lamiendo la pequeña embarcación en que vivo, entona un glu-glu adormecedor; cruzan las aguas veloces hacia el mar, y de vez en cuando, una bandada de mubles salpica el divino silencio de la noche. Las luces ribereñas se han ido apagando, como ojos que se duermen, y ya no se vislumbra aquel pequeño cementerio donde reposa un gran despertador de juventudes. Sumido en este profundo misterio de noche y silencio, mis ojos van recorriendo la bella aventura de Andrés Espinosa en los Alpes; mi alma, que parece haberse crecido en la calma, se ha unido al alma ejemplar del amigo entrañable; la soledad que me rodea me hace comprender mejor su hazaña, que es un himno de juventud al valor en la soledad. Y sin querer, camino espiritualmente hacia la juventud de mi tierra, porque quiero hablar con ella de la ejemplaridad de Andrés Espinosa, y de su lección valiente y bella.

Al hablar de nuestra juventud, me refiero a la que es neta y exclusivamente nuestra; a la que usa, como distintivo de personalidad, una boina en su cabeza, o empieza a ponerse sombrero con marcada timidez, como consciente de la pequeña traición que está haciendo a su democrática hermandad. A ella, alma palpitante de nuestra Federación, me dirijo con estas líneas, porque creo que ella más que nadie debe de cosechar las enseñanzas que se desprenden de los relatos de su hermano Andrés Espinosa. Tal vez él llevó a cabo su aventura alpina, nada más que por proporcionarse un imponderable placer espiritual, sin darse cuenta, de que, toda acción ejemplar, como la flor de mostaza, derrama al florecer semillas de vida. Y lo que éste sin querer nos ha enseñado, tenemos que recordarlo y grabarlo en la mente de esa juventud nuestra, porque ningún paso dado bravamente puede quedar sin huella, y todo acto vigoroso lleva ajena su responsabilidad, dejando una enseñanza en pos de sí, como sombra que nunca se borrase.

Y esta sombra, que es fructífera como la del árbol que juega con el sol para refrescar la tierra, queremos derramarla un instante sobre nuestra juventud. Porque en nuestra juventud esperaremos siempre, porque en nuestra juventud adivinamos latir una promesa de redención, porque en ella yacen dormidos unos designios que algún día han de despertar, y con ella, por eso, platicaremos unos momentos, sobre la hazaña heroica de Andrés Espinosa en los Alpes.

De esa juventud, de ese campo cuajado de boinas, ha salido Andrés Espinosa. Es uno de entre ellos, que para llevar a cabo su aventura, dejó por unos días el almacén en que trabaja, en una de las clásicas Siete Calles bilbaínas. No es un hombre de lejanas tierras el que perpetró la hazaña de andar solitario tres días y medio por las alturas nevadas, apenas probando bocado, durmiendo sobre el hielo, encarándose con la muerte de continuo. Es uno de los nuestros, estrechamente nuestro, porque todos los miembros de esta juventud que a diario convivimos tal vez sin conocernos, somos hermanos en ella, y por encima de todas las diferencias que puede inventar la sociedad, una misma fraternidad de inquietudes y sentimientos nos une, haciéndonos hermanos aunque no sea más que durante esta etapa de la vida, en que nuestros corazones tienen un mismo ritmo de pena y alegría.

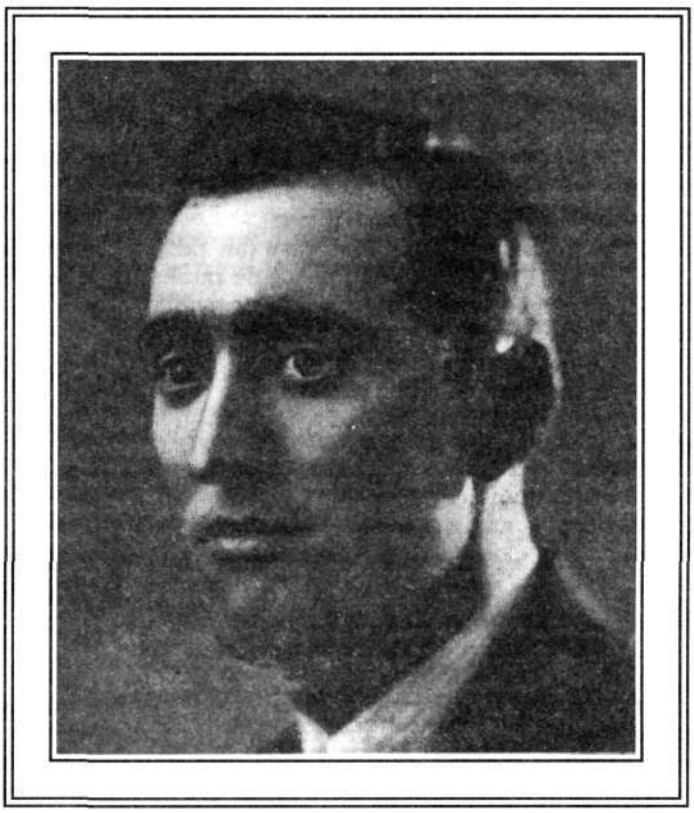
Y Andrés Espinosa fué el escogido, porque él mismo se escogió. Hizo de su voluntad una máquina de potencia brutal, hizo del sacrificio una obligación y del desprecio de la vida punto de partida de su arriesgada aventura, y apoyado en el consejo profundo de su gran amiga, la soledad, se fué con su alma heroica a toda vela, olvidando que ésta vuela para siempre, cuando sentimos por el cuerpo un menosprecio temerario.

Cualquiera de nosotros podría haber perpetrado su hazaña, pero él solo la hizo, porque él es de los pocos que conocen el secreto del heroísmo. «Si héroe significa *hombre sincero*—decía Carlyle—¿por qué cada uno de nosotros no puede ser un héroe?» Creo que, sobre este punto, Andrés Espinosa podría darnos algunas luces.

No ha mucho leía yo una pobre conferencia, girando en torno de una bellísima frase del poeta Plaul Claudel. Y hoy quiero una vez más traer a cuento aquellas palabras, porque nunca me creeré cansado de repetirlas, y porque nunca como ahora toman vida entre nosotros. «No creáis—decía el poeta—a los que os aseguren que la juventud se ha hecho para la diversión; la juventud no se ha hecho para el placer, la juventud se ha hecho para el heroísmo.»

Y ésta es la primera cualidad que hay que destacar en Andrés Espinosa: su concepción heroica de la juventud. Para él, la suprema diversión consiste en algo

que posea apariencias de imposibilidad, y parece que no puede dar goce a su vida, sin colocarla en trances de riesgo. El peligro es un viejo amigo de él que no le asusta, y cuando lo ve acechándole en su derredor, lo considera como una de las fuerzas que fatalmente ha de gravitar sobre nosotros. «No me apura nada, no pienso en nada—dice al empezar a descender de la cumbre del *Mont-Blanc* a las nueve y media de la noche—, ahora para mí no existe otro mundo que éste. Mira uno a los pendientes abismos, como si contemplase a los llanos; ni siquiera un momento de



ANDRÉS ESPINOSA ECHEVARRÍA

vacilación, ni de temor de caída; tranquilidad, serenidad». Este es el temple de su alma, que lo demuestra en todo momento, y con más elocuencia aún, cuando las garras de la muerte están próximas a hacer presa sobre él; lea el lector el relato de su caída descendiendo de noche la *Aiguille du Midi*, y entonces se dará cuenta de la increíble serenidad con que vibran las fibras espirituales de un hombre verdadero. ¿Qué le importan a Andrés Espinosa los sufrimientos de cansancio, los sufrimientos de hambre, los sufrimientos de frío, si allí, en el paraje más elevado de Europa, sumido en soledad y misterio imponderables, esa alma suya, tan espléndida, iba a empaparse de unas emociones ideales, que él sólo es capaz de compren-

der? Cuando uno se percata de la magnitud de su hazaña, se nos figura pretencioso el permitir que a uno de nosotros se nos califique de *sportman*; no sé qué nombre vamos a escoger para diferenciar a estos hombres que han hecho del deporte una escuela de heroísmo.

Pero me voy a permitir dar un horario conciso de su conquista solitaria del *Mont-Blanc*, porque considero que nada hay que retrate a Andrés Espinosa con rasgos más veraces:

14 de Julio.— 4,30: Salida de Chamonix.
7,35: Chalet Pyramides (una buena jarra de leche de cabra).
11,30: Frugal comida con un poco de agua en los *Grands Mulets*.
16,15: Grand Plateau (galletas, un poco de leche condensada y agua de nieve).
18,30: Refugio Vallot (lata de mermelada dejada por unos alpinistas).
21,10: Cresta del *Mont-Blanc*.
22,30: De vuelta en el Vallot (un pedazo de tortilla que no lo puede comer, trozos de carne incomibles. Se queda sin comer. No duerme).
15 de Julio.— 6,00: En marcha hacia *L'Aiguille du Midi*.
10,15: Desayuno insignificante.
21,15: Cena un sorbo de agua.
22,30: La luna se esconde.
16 de Julio.— 4,15: Camino de *L'Aiguille du Midi*.
10,00: Da fin a sus escasas provisiones.
12,05: Cumbre.
13,10: Comienza el descenso.
21,00: Caída peligrosísima, estando a dos pasos de la muerte. (*Y duerme, sin probar bocado, en el «Mar de Hielo»*).
17 de Julio.— 4,30: Empieza a caminar hacia Chamonix.
13,20: Andrés Espinosa llega a Chamonix.

Es tan intensa la emoción que me produce este itinerario, que no encuentro palabras para comentarlo. La marcha penosa del buen amigo, dando un ejemplo incomparable de sacrificio y abnegación, por alcanzar desinteresadamente un ideal, me llenan el alma de una admiración y una congoja que no puedo definir. Y parece que el silencio me llama a sus moradas.

Pero no quiero terminar estas líneas sin hacer resaltar otro de los rasgos más característicos de Andrés Espinosa: su amor acendrado de la soledad. En él estriba, a mi juicio, la mejor demostración de la grandeza de alma que atesora nuestro dilecto compañero. Porque lanzarse solitario a una aventura de tamaña envergadura, quiere decir que no solamente no conoce el temor de la soledad al hallarse frente a frente con las fuerzas indómitas de la naturaleza, sino que, por el contrario, le atrae esa soledad y la busca, porque conoce el temple bravío de su alma y con ella quiere iniciar un coloquio espiritual y unirse estrechamente, al experimentar la refinada crueldad de los momentos difíciles que ponen su vida en entredicho.

La condición sobresaliente que comunica heroicidad a las hazañas de nuestro siglo, es la soledad. Por eso no creemos exagerar al colocar a Andrés Espinosa,

nuestro solitario de las montañas, en el rango privilegiado que ocupan Lindbergh, el solitario de los aires, y Alain Gerbault, el solitario de los mares.

Una bienaventurada mujer francesa, Eugenie de Guerin, hablando con cierta conmiseración de la juventud, decía con palabras deliciosas, que «los pobres jóvenes tienen necesidad de envejecer para purificarse, como algunos arroyos que no se hacen claros hasta llegar muy lejos».

No creo que podríamos aplicar esta frase a Andrés Espinosa. Las aguas de su arroyo son limpias y transparentes desde su nacimiento, como las que brotan en las cumbres de las montañas. Por eso no puedo menos de recomendar a nuestra juventud se incline sobre su cauce con la boina en la mano, para que contemple con veneración fraternal, su fondo que reluce maravilloso bajo la corriente que avanza siempre purísima, con sed de lejanos horizontes.

MANUEL DE LA SOTA.



A MI QUERIDO MAESTRO

1928.—ELGUETA.—Los representantes de la Asamblea han cesado de hablar, de exponer sus opiniones.

La emoción, cual rayo que hubiera atravesado los cuerpos, ha descarnado los corazones, movido el ambiente, y vibrado en las almas. Muchos son vencidos por ella; su cara es fiel espejo. Otros, al tratar de dominar sus nervios, tiemblan.

Esta impresión aumenta y se recrudece cuando nuestro buen «Aita» deja de leer su escrito. La sacudida nerviosa ha sido tan fuerte en él, que el pliego de la proposición de su hijo Cosme se agita entre sus manos como si el viento lo moviera.

Todos miramos y nos aturdimos, porque al mismo tiempo, allí, en un costado del salón, vemos que unas lágrimas saltan de los ojos de nuestro gran maestro Antxón Bandrés. El primer apóstol de la montaña se halla totalmente envuelto en el brioso fuego del ambiente.

¿Causas? Es la inmensa labor del querido don Antonio el motivo de estas impresiones; ella ha repercutido en el alma de los reunidos. Sus sacrificios, sus luchas, su heroico tesón en favor de la santa causa del Alpinismo y del amor a la Naturaleza, pesan sobre la masa. Esta pulsa la gran deuda de gratitud que todos le deben, y, consciente con ella, se apresura a querer pagarle, a rendirle admiración y honores.

* * *

1929.—AL VOLVER DE LOS ALPES.—El mutismo escalofriante, la emocionante sacudida que experimentara en aquella ocasión, me impidieron hablar para proponer, y no pude leer mis pobres escritos; tuve que guardarlos, con gran pena, para otra ocasión.

Ahora, querido maestro, que aquellos ambientes se fueron y que las simples cuartillas desaparecieron, permitidme (ya que siempre tuve intención de ello) que os ofrezca estas mis andanzas por los Alpes, como discípulo que os ama y tanto debe, y juntamente con mi simple obsequio escriba mi dedicatoria:

Al vasco más vasco del siglo XX.

Al hombre entero, íntegro, que llevó a las masas a la Montaña.

Al apóstol que con sus luchas, sacrificios y abnegación ha cambiado a la juventud.

Al maestro, mal pagado, que tantos favores debe el País Vasco y España entera.

Al bondadoso «gentleman», don Antonio.

Al gran Bandrés, primer vasco que pisó el «Mont-Blanc».

A él, a mi querido orientador en las sanas aficiones a las bellezas y bondades de la montaña, le ofrendo estas mis correrías, que no son ninguna cosa extraordinaria, lo comprendo; pero que van repletas de sinceridad, y buen deseo.

ANDRÉS ESPINOSA.



ALPES FRANCESES

Solo, por el macizo del Mont-Blanc

El Rey de los Alpes; Mont-Maudit; Tacul; Aiguille du Midi. Tres y medio días de jornada por estas montañas.

En la «Suiza» francesa: Haute Savoie.

Viernes, 12 de Julio de 1929.—Lejos de las urbes industriales (Bilbao, Burdeos, Lyon), de los humos, de los ruidos, de la vida efímera y nerviosa, me encuentro en ésta Haute-Savoie, que guarda el primitivo y eterno encanto natural. Ella me retrotrae a épocas en que nuestros padres Adán y Eva gozaban ampliamente, como dueños y señores, del Edén terrenal. Contemplándola esfuérzase mi imaginación en querer sacar del fondo de la subconciencia imágenes y formas que den la razón a la vista.

Mi abuela tiene unos cuadros...—Vamos dando fin al trayecto Lyon-Saint Gervais-Les Bains, de una belleza sin límites. Muchas partes de su recorrido tienen la vivacidad, la frescura, el jugo y exuberancia de matices que en los paisajes verdes ponía nuestro Regoyos. Alternando con estas zonas se suceden otras, donde el pintoresquismo de tarjeta postal y del cromo aparece bien patente. Así, el Lago du Burget, verdadera maravilla para un cuadro romántico, muestra sus reflejos neblinosos que le hacen confundirse y hermanarse en muchos sitios con el cielo azul ligeramente esfumado de neblina; otras partes de sus riberas sustentan pueblecitos humildes, olvidados, que se miran en sus encantadas aguas y reflejan por encima de su diminuto caserío a los cimbreantes y desenvueltos álamos.

Se me figura estar viendo en alguna de sus orillas a Rousseau o a lord Byron con un libro en la mano o con un ancho pliego de papel de hilo y una pluma de ave en la diestra, hermanada la imaginación ardorosa de ambos con la serenidad imperturbable del lago.

Preséntanse de continuo a nuestro rápido paso:

Praderas muy bien cuidadas, con trigueños y cuadrados campesinos que las pulen, que las refinan; en muchas de ellas pastan bonachonas las vacas suizas, blancas, de repletas ubres y mansa mirada. Pinos y abetos esbeltos, decorativos, algo mustios. Casas de construcción genuinamente alpestre, con pendientes tejados de pizarra, sin aleros, ancho portalón y muchos detalles curiosos que atraen en las mismas: simetría en la colocación de la leña para el fuego, raras cortinas en las verdes ventanas (la mayoría de las ventanas de las casas se hallan pintadas de verde) que sirven de fondo a pinceladas fuertes, enérgicas que los floreros amamantan: carmín y lacas.

Alzanse con la majestad de una pirámide egipcia, las cónicas pilas de heno, alimento del ganado durante el invierno.

Las montañas forman la masa principal, el grandioso punto de vista: esbeltas, gigantes, simpáticas, rientes, se enlazan unas con otras, semejando jugar al corro.

Circundando a la tierra con ternura se extiende el cielo; ese cielo de los Alpes tan característico que la grandiosidad montañosa le hace ser más azul, más bonito; un cielo de acuarela, donde es raro que falten las gráciles nubes blancas.

La campiña suiza posee un encanto divino (esta parte del trayecto corresponde a Francia; pero dada la proximidad con Suiza, el conjunto tiene todo el carácter del de esta nación); diríase que está trabajado por los ángeles: todo es orden, buen gusto. Una limpieza, un recorte de gracia tal lleva en sus entrañas, que dentro de los paisajes verdes se le puede poner, sin vacilar, en el primer puesto.

Paz; oro vespertino; «Mont-Blanc».—¡Paz, paz, alegría, robustez!, este parece el lema que lleva la región, y bajo el influjo de esas tres gracias he estado absorto, contemplando toda la Alta Saboya en la calma crepuscular, mientras los altos picos se bañaban en oro antes de dormir.

La ruta hasta Chamonix desde Saint Gervais ha sido algo no pensado: verle al *Mont-Blanc*, contemplarlo familiarmente y admirar y extasiarse ante sus grandiosidades y bellezas.

Al dejar Chedde, después de una fuerte pendiente y al torcer una curva, todos los viajeros hemos dirigido nuestra mirada y nuestro interés y curiosidad hacia el lado derecho, donde está el *padre* de las montañas de Europa.

Piolets, crampones, mochilas, todo se ha movido, y algo de ello ha rodado por el suelo con la precipitación entusiasta por admirarlo: ¡Oh! ¡Ah! *¡¡Le Mont-Blanc!!*, exclaman los viajeros. Mis nervios han vibrado.

Chamonix. La llegada. La pensión.—He llegado a Chamonix (nueve y media). La impresión de mi viaje no ha podido ser más agradable. Hemos recorrido infinidad de sitios que hubiesen podido pasar muy bien por el País Vasco; así que no he hallado esas bruscas impresiones de cambio de paisaje que tanto abruman al extraño.

Estoy en una sencilla pensión que lleva el pomposo título: «Hotel de l'Industrie», de Etienne Barrère; pero que, a pesar de su nombre, no deja de ser tan humilde como un obrero manual.

He cenado solo; puedo apreciar por mis ligeras observaciones que debo de ser el número dos o tres de los huéspedes que duermen en la casa.

Me ha servido la cena una francesa muy simpática. Creía que con el poco francés que sé, me sería dificultoso el entenderme; pero me las he arreglado muy bien.

En seguida de cenar me acuesto. La habitación tiene una puerta que da salida

a un pequeño espacio con un barandal (en el anuncio de la casa: *Grande terrasse. Vue superbe sur le Mont-Blanc*), a cuyos pies corre rumoroso el Arve.

Se oye desde la cama el rumor furioso, fuerte y rápido de las aguas que traen recuerdos de glaciares y de ambientes inhospitalarios.

El monótono empuje de las aguas, al que no estoy acostumbrado, me tiene un rato despierto; pero el cansancio del viaje puede más que el ruido y me duermo. Dos días de continuo traqueteo no son para menos.

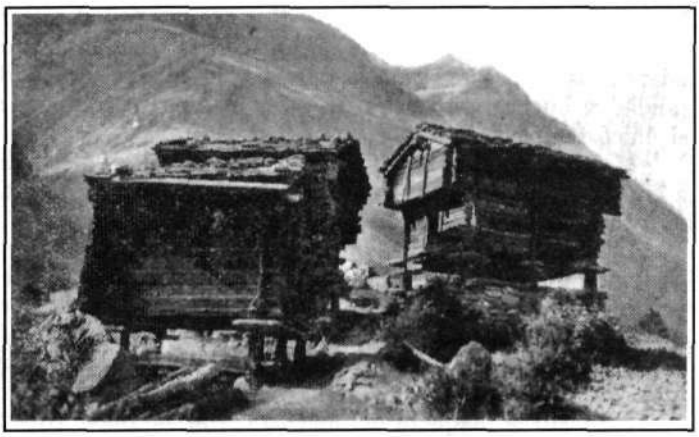
Chamonix

Sábado, 13 de Julio.

La villa. Los guías.—Después de un buen sueño, y hecha la correspondiente *toilette*, salgo a ver Chamonix.

Recorro sus calles; visito su bonita iglesia, su cementerio; admiro los escaparates de los bazares.

Llama la atención la rareza de los tipos, propios para el álbum de un caricaturista. La mayoría de ellos visten trajes alpinos que extrañan al que, como yo, viene de una región donde la sencillez en el vestir es una cualidad corriente y casi obligada.



Hórreos suizos.

Paseo por la montaña de Planpraz y contemplo los viajes del funicular, mientras me oxigeno en el frondoso pinar. Bajo más tarde a la villa y de nuevo sus establecimientos, tan bien puestos, me entretienen un buen rato. En una barbería me han rasurado. Para visitar al *gigante* hay que llevar «buena cara».

He pedido precio en la Sociedad de los guías por el acompañamiento en la excursión, y me dan un cálculo aproximado de 1.200 a 1.500 francos por persona. Comprendo que tal cálculo es una exageración, y ante la cara de asombro que pongo, me enseñan el reglamento; en él se indica que cada excursionista debe de llevar dos guías a 500 francos cada uno y un *porteur* a 330 (carga máxima, 15 kilos), provisiones pagadas a los mismos antes de la partida en el hotel y gastos en los *Grands Mulets*; en resumen, 1.800 francos aproximadamente. El viejo guía que me proporciona estos datos me mira con su expresiva cara, como si dijera: No se puede usted quejar, le hemos cotizado el precio más económico.

Música y vida «muelle». Temple montañero.—Suena la nota fina y sentimental de las orquestas en los casinos y restaurants. Bulle de entre la armonía la estridencia jovial del *jazz-band*, tan moderno y tan antiguo.

La música invita a pararse en las terrazas, desde donde se perciben mejor sus variadas melodías. Al mismo tiempo se toma un refresco y se descansa. Envuelto en el agradable compás de los sonidos, todo el *film* que apreciamos desde nuestro asiento tiene un jugo propio de película americana: las gentes, la calle, el paisaje, las rarezas que por doquiera se ven. Observo que hay mucho lujo y mucha vida «muelle»; y no me extraña que la mayoría de las personas que a esta villa vienen no conozcan lo que es una cuesta, a pesar de la indumenta alpina tan aparatosa que llevan. La alta montaña exige buen entrenamiento y bastante espíritu de sacrificio para que dé los frutos apetecidos.

Una vez consultado el precio de los guías, mi problema, sin dilema de ninguna clase y por sí propio, ha quedado resuelto: subiré solo al *Mont-Blanc*. No me parece tan dificultoso lanzarme sin compañía a esta empresa, aunque temo al hielo y al mal tiempo.

Por lo que he visto y apreciado en infinidad de detalles, que indican la «clase» de andadores que por aquí pululan, creo que en el País Vasco estamos bastante bien preparados para la montaña. Nos es muy útil el entrenamiento de todo el año con los concursos libres y de altura; con tal costumbre, nuestro temperamento se adapta maravillosamente a la dureza y los inconvenientes de las cumbres. Hay moralidad y buena preparación física, y el espíritu cristiano nos forja las almas con el único temple real.

Mañana, no sé si me ayudará el tiempo. El cielo se halla nublado; empezó ayer a cubrirse y se encuentra encapotado, dando vistas a una descarga. Por fin, comienza a llover al mediodía, cuando marcho a comer.

Lluvia. Recuerdos. Atardecer. «¡Joie!».—Llueve con fuerza y por tal motivo he tenido que pasar la mitad de la tarde en un café, donde he escrito a mis amigos y familiares mis rápidas impresiones. Me ha servido el darle a la pluma de pequeño descargo de conciencia; una simple liquidación con el mundo, ¡por si acaso!...

Después me he provisto en un bazar de crampones, un piolet *réclame* y otros útiles necesarios para la montaña.

He visto la maqueta del macizo del *Mont-Blanc* (tres francos). De este relieve he tomado los detalles más importantes para mi orientación en la marcha. Como el tiempo sigue oscuro y lluvioso mi ánimo se halla decaído. ¿Qué haré mañana?

A la caída de la tarde se va aclarando poco a poco el cielo, y las majestuosas montañas se engalanan de tonos amarillos y rosas muy bonitos, que auguran un firmamento despejado y un sol resplandeciente.

Renace mi optimismo al ver limpio de nubes al «Rey de los Alpes» y, desde este momento, el fuego de la ansiedad por andar, por luchar, por ver, prende en mi pecho.

Parece increíble los grandes ánimos que da la contemplación de un bello atardecer, cuando antes el cielo se ha encontrado negro e infernal. Da ganas de lanzarse a la conquista de la montaña inmediatamente.

Al ir a cenar me fijo en el bonito efecto que hace el monumento a Saussure y a Balmat, contrastando con el oro fino y reluciente que el grandioso macizo sustenta este momento.

Por hoy hemos dado lo suyo al estómago. Tengo ya ultimado casi todo, y antes

de acostarme, salgo a comprar algún alimento seco que me sirva para la jornada. Las francesitas de la fonda, haciéndose las remolonas, no me han preparado para el camino sino «comida» muy seca y simple.

Al salir a la calle me sorprende la *fanfare* con infinidad de gentes que la circundan y saltan bulliciosas al calor de sus animadas notas. Van la mayoría con farolillos venecianos, y chicos y grandes, hombres y mujeres, regocijados, saltan con desenvoltura de potro salvaje.

Es el anuncio de la gran fiesta nacional de mañana, 14 de Julio: la toma de la Bastilla.

Como la alegría es contagiosa, el ambiente se estremece y respira buen humor.

Finalizados los preparativos, con el ánimo sereno y confortado y una oración en los labios y en el corazón, me acuesto. Han dado las once.

¡Joie, joie, joie!, eso es Chamonix.

El «Mont-Blanc»

14 de Julio.

La salida. Chamonix duerme.—Un fuerte refrescón, con su inseparable secado, es la mejor adquisición de temple para caminar; por tanto, en cuanto he saltado del lecho, mis primeros pasos han sido en busca del agua helada que a un lado de la terraza sale de un hermoso chorro. Todo el cuerpo ha sentido la fría impresión de la ducha, y como ésta ha sido tomada al aire libre, la impresión ha sido mayor. Miro al *gigante* mientras me seco, y me parece un *enano*. Con los ímpetus que en este momento tengo, subiría cien *Monts-Blancs* que hubiese. (Esto no pasa de ser un decir; una bravatada fogosa de las mías.) Mi estado de ánimo no puede ser mejor.

Cargo la mochila con la comida y los artefactos; no faltan en ella ni el clásico «pasa montañas» (gorro de lana que cubre todo el rostro), ni las gafas verdosas, crampones, lápices, block, tinta, brújula, etc.; el piolet en la diestra y en marcha, hecho todo un «alpinista» en el verdadero sentido de la palabra.

Son las cuatro y media de la mañana. Chamonix se halla desierto. Este es uno de los detalles que con más elocuencia hablan de la calidad y afición de los miles de «alpinistas» que en la villa se encuentran. Sólo los descubridores del Mont-Blanc (1) se hallan firmes, en su eterna posición de contempladores. Todo el mundo duerme, aunque las montañas hace ya una hora que despertaron. Más tarde irán apareciendo los «tipos». El *film* se hallará en todo su apogeo de once a una: a la hora del *vermouth;* aparecerá también el vals «Ramona», aún en boga por estos sitios, que será tarareado por la plebe. La vida, la alegría, la ilusión, no comenzarán hasta más tarde.

Les Bossons. Hielo y crampones.—Camino por la carretera de Les Bossons. El cielo está raso, optimista. Una gracia virginal envuelve al «Rey de los Alpes»; limpio, jovial, claro, ingenuo, como uno de esos alegres y chillones carteles empleados

---

(1) Artístico monumento erigido en recuerdo del sabio y del primer descubridor del Mont-Blanc.

por el turismo para propagar los bellos paisajes. Se está bañando en una luz de geranio, mientras sus sombras color malva semejan esfumado de aerógrafo.

Después de haber pasado el puente de Perotaloz, que me deja a la orilla izquierda del Arve, antes de llegar a la estación de Les Bossons, paso por el Hôtel du Dôme, y sigo por un camino que va al Hôtel du Panorama. Son las cinco. El buen sendero deja el hotel y continúa por entre praderas y casas de labor, terminando en el pinar Le Mont, donde penetro a las cinco y diez. Poco tiempo entre pinos, para salir a dar vista a los hielos eternos. Corren nerviosas las aguas del glaciar. Queda enfrente, a un lado, el Chalet de la Grotte d'Azur. Estoy en el pendiente y quimérico glaciar de Les Bossons.

Los primeros pasos en el hielo (a las cinco y media), con los crampones, impresionan, no por el peso, ni por la torpeza que, en un principio, parece ha de sentirse, sino por lo bien, lo suave y lo fuerte que agarran al hielo; pendientes que parecía imposible poder pasarlas, quedan empequeñecidas, raquíticas. Al caminar con ellos por el hielo se experimenta una sensación agradable, algo así como el placer sentido de *chaval* al jugar con latas de tomate puestas en los pies o con los zancos. Un paso difícil, y como si tal cosa; otro paso, otra grieta, y lo mismo. Mi primer ensayo no ha podido resultar mejor. Este dominio del hielo da una fuerza moral muy grande, y en estas montañas el salvar la «masa blanca» es uno de los problemas más difíciles de resolver.

Mi calzado consiste en abarcas navarras de goma fundida y dos pares de calcetines de lana blancos. La goma, para la tierra y roca, va muy bien; para la nieve, mejor, pues no pasa la humedad; el hielo se domina con los crampones; así queda resuelto el problema del calzado, el intríngulis más difícil del montañero. El llevar americana gruesa o delgada, pantalón corriente o *breeches* bandas o polainas, etcétera, no tiene tanta importancia como la clase de calzado que se ha de usar.

La Montaña de la Côte: su «belvèdere» (1).—Paso a la Montaña de la Côte a las seis y cuarto, después de salvar satisfactoriamente el temido Bossons. Reconozco que he perdido algo de tiempo atravesando el glaciar, pues podía muy bien de Les Praz d'en Bas haber tirado a la derecha, penetrando seguidamente en la Montaña de la Côte, y dejando a un lado los *seracs* de Les Bossons, subir por el pinar. Pero como he dominado el hielo tan bien, me da mucha confianza y me servirá de gran ayuda en los difíciles pasos que vengan más adelante. Desde este momento (y no es jactancia) se puede decir que moralmente tengo vencido al *Mont-Blanc*.

Ahora, al caminar por la Montaña de la Côte, rodeado de estos pinos alpestres, sencillos y sumisos, y pisando hierbas, musgo y variedades de plantas y flores silvestres, experimento el gran placer, la voluptuosa sensación que las nunca bien ponderadas sierras españolas de la Cordillera Ibérica dan a mi espíritu; en estos momentos recuerdo con fruición las alegres andanzas por entre los pliegues y las crestas de Urbión, Neila, San Millán, San Lorenzo, etc., y todo el paisaje, todo el ambiente, no es más que una evocación de estos recuerdos; aunque aquellos son pinos más machos, más sanguíneos, y aquella tierra, más roja, más vital, parecida a un cuerpo recién pigmentado por el sol.

Allí Chamonix, aquí la villa de Les Bossons, allá Les Houches, todo en la sombra, sin despertar aún; pero, ¡cuánta belleza! Enfrente Le Brevent, L'Aiguillette, L'Aiguille Pourrie, Floriaz, brincando, gozando del sol, erguidas, descansadas,

(1) Mirador.

a disfrutar de un día más; y todo: los valles y las alturas, los árboles y las praderas, la hierba y la flor, el musgo y la roca, el pájaro y los insectos, los perfumes y las brisas y yo; todo goza, todo bulle, todo se alegra al verle a Febo sonriente, varonil y animado. En estos sitios el dueño del secreto, de la alegría y la felicidad es él: el sol. Con el ánimo que de él recibimos ¿cómo hemos de notar el caminar? Las cuestas son llanos y los peligros cosas fáciles de resolver. Dejo la parte salvaje de esta montaña para coger un buen camino. Recibo en la cara el primer rayo de sol a las siete; el conjunto de las Aiguilles du Chamonix, con la esbelta Aiguille du Midi a la cabeza, le habían tenido oculto hasta que se ha remontado, ha subido, y me ha mirado. Creo que gozaré de su compañía todo el día.

Al torcer una curva del camino vuelvo a ver el *Mont-Blanc*, blanco, inmaculado (siete y veinte); no lo había visto desde que penetré en esta montaña. A mi derecha se oye el runrún del torrente del Glaciar de Taconaz; algo se ve de su extensión; el resto lo tapan los pinos.



Jacques Balmat, primer descubridor del Mont-Blanc.
(Cliché Vallot).

El Chalet des Pyramides. — Llego al Chalet des Pyramides (1.895 metros) a las siete y treinta y cinco. Me sacio de momento de rica leche de cabra (cuatro francos). Gente muy buena he encontrado en este pequeño refugio: dos mujeres y un muchacho. Al terminar de beber el líquido lácteo entra un joven alemán, y chapurreando francés, me dice que va a pasar al otro lado del glaciar: a la Pierre Pointue. El chalet tiene un balcón que da vista a todo el inmenso Bossons, que se halla a sus pies. A la luz de esta hermosa mañana, el espectáculo del hielo encarna toda la fuerza de las grandes sugestiones. Marcan los *seracs* sus agudas aristas y las enormes grietas vistas de esta altura me recuerdan paisajes quiméricos en que los rayos se hubiesen entretenido jugando al escondite.

Un cuarto de hora en este Chalet y de nuevo a caminar. Han desaparecido los pinos y el *chemin historique du Mont-Blanc* (llamado así por ser el que sirvió a Jacques Balmat y a Saussure para hacer su primera excursión al «Coloso»); va por entre una montaña de hierba y roca. Fuertes repechos (ocho y diez), pero buen camino. Algo más arriba, al dar de nuevo vista a la nieve, oigo el ruido de una avalancha de hielo (ocho y quince), y seguidamente otra; estas pequeñas detonaciones, producidas por la brusca caída de la nieve, tienen mucho parecido a la explosión de los cartuchos de dinamita. A la izquierda, al otro lado de los Bossons, se ve la estación del funicular del Midi; estoy frente a ella; (son las nueve menos diez). En Mt. Corbeau, que viene a ser la parte alta de la Montaña de la Côte, desaparece la hierba. Esta parte montañosa parece hermana gemela de diversas sierras hispánicas. La roca tiene el mismo color, así que al caminar me imagino recorrer lugares

conocidos. De cuando en cuando se oyen ruidos de pequeños desprendimientos de hielo. No me fijo en el sitio en que Jacques Balmat, al descubrir el *Mont-Blanc*, pasó su primera noche el mes de Julio de 1786. Arribo al final de la parte rocosa: Corbeau, a las nueve y veinte. Hasta aquí el camino ha sido bueno y similar al de cualquier otra montaña. He llegado al límite, donde hay un palo largo, indicador de la ruta a seguir. Estoy en el principio del laberíntico Glaciar de la Jonction, que viene a ser la unión de las dos vías blancas de Bossons y Taconaz.

La Jonction.—Un ligero repuesto al estómago (un cuarto de hora pasado), y en seguida a caminar en serio por el hielo y la nieve. Ya hasta el alto no volveré a pisar otra cosa. Desde aquí se ve a distancia, encima de una montaña de oscura roca, el refugio de los Grands Mulets. La perspectiva de este lugar es fantástica para el que, como yo, no está acostumbrado a estos ambientes: imperio de la nieve y el hielo.

Durante el pequeño descanso me preparo debidamente para atravesar estas zonas de peligro; me pongo las bandas, los crampones, las gafas verdosas y no descuido la ayuda del piolet. ¡Hielo, hielo, hielo, hielo; grietas, pirámides, laberintos; rasgados labios verdes amenazadores, pendientes, abismos y hielo, hielo, hielo, hielo! *¡C'est La Jonction!*

El panorama toma otra coloración y un aspecto más tristón a través de las verdosas gafas, las cuales son cosa obligada para andar por estas zonas tan brillantes, tan pulidas. Empiezo mal; sin querer me he metido en sitios por los que no puedo continuar, y retrocedo para dirigirme más a la izquierda; desde aquí da sensación de haber pasos más difíciles. El hielo es la masa más engañosa que existe en la montaña; ni la nieve, ni la roca defraudan tanto como las duras llanuras y escarpes blancas. Cree uno: ¡bah!, ¡esto es muy fácil!, ¡aquí hay buen camino!, y con la rapidez con que estas ideas han repercutido en el cerebro, nos encontramos, sin sospecharlo, con la escondida grieta que dificulta nuestro paso, o la muralla altiva que nos detiene con un: imposible pasar. No vale confiarse con los *seracs*, éstos decepcionan a cualquiera. Por lo demás, el camino a través de estos hielos de altura, con la ayuda de los crampones y el piolet, es labor muy fácil y entretenida.

He salvado algunas dificultades y grietas muy peligrosas. Veo a corta distancia unas huellas y en seguida camino por ellas. Son las diez y veinte. Estas enormes paredes blancas, que se elevan por doquier, nos empequeñecen, pareceré menor que una hormiga visto desde cualquier altura de estas.

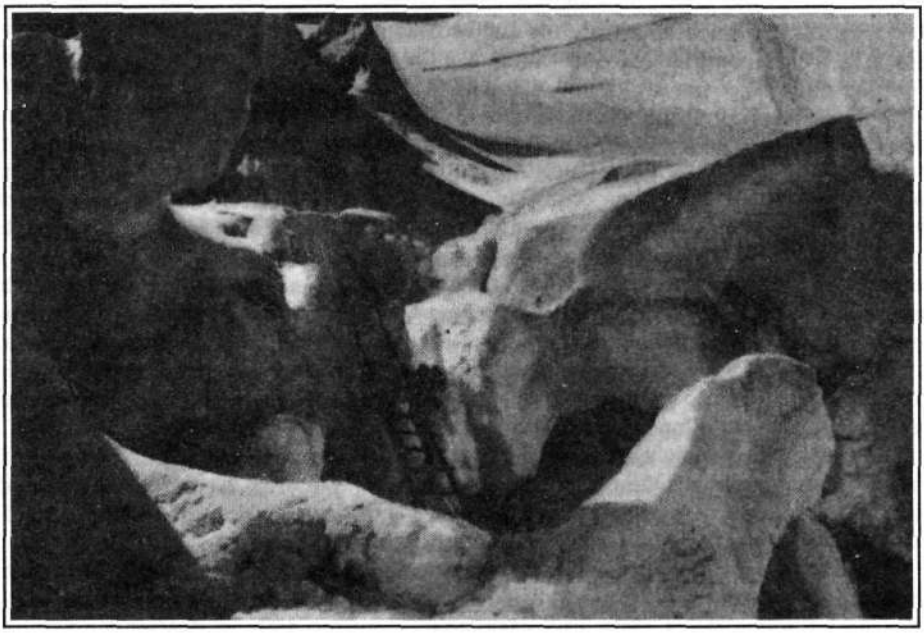
Hallo una escalera para pasar una grieta a las once menos cinco; veo el fondo del abismo, que infunde respeto y tiene una autoridad muda, que hace se le mire con temor y asombro. La escalera que he pasado, de tan vieja y gastada que se halla parece que se va a romper al poner el pie en ella. Casi seguido salvo otra grieta de la misma forma; esta escalera es peor que la anterior, tiene dos peldaños rotos. Fijándome en esto me viene la siguiente idea: ¿No tendrán estos pasos algo de comedia? ¿No servirán de justificación del cobro de la escandalosa tarifa de 1.500 a 1.800 francos por persona para la ascensión? ¿No habrá algún otro sitio por el que se pueda pasar y no haya necesidad de estos artefactos? No lo sé; no he indagado y no quiero afirmar nada; ya he dicho anteriormente que el hielo es muy engañoso. Pero nada me extrañaría que sirviesen de justificantes y como dando a entender lo penoso y lo peligroso de esta ascensión (hasta el presente sin cosas imposibles).

Tan pronto he pasado las grietas, oigo el motor de un avión; vuela encima de mí; debe de hacer el recorrido del gran macizo, y lleva las iniciales F. A. I. T. Y.

Los Grands Mulets.—Me encuentro bastante cerca de los Grands Mulets, y estoy viendo cómo va llegando a este refugio una caravana de regreso de la altura.

Comienzan los *ujujuis* de saludo, de los que están en el refugio viéndome subir, Les contesto con *santzos* sin estilo. La fuerte pendiente que hay que salvar hasta llegar al edificio quita fuerzas para los *garganteos*.

Llego a los Grands Mulets a las once y media. Entro en el refugio. Saludo a los recién llegados del alto: dos norteamericanos, Frank Curties, B. B. Pond y un irlandés, D. Graham; muchachos jóvenes y de contextura atlética, sobre todo Curties. Tienen una expresión dolorosa, la mirada lacia y triste, los labios secos, quema-



El primer paso de grieta con escalera, en La Jonction.
(Fot. Tairraz).

dos por el sol y la fatiga. Con gran pena me dan a entender que no han podido subir al *Mont-Blanc*; solamente han llegado hasta el Vallot, y eso a pesar de sus tres guías y dos *porteurs*.

Pido café con leche a una de las encargadas del refugio. Con palabras, sonrisas y ademanes zalameros me sirve, y pago (dos francos). Tomándome por italiano me presenta a una alemana rubia, robusta, de mirada salvaje y gestos y actitudes de acémila...; ésta se decepciona en cuanto se entera que vengo de España y no traigo guías, y con un movimiento brusco se marcha a la cocina.

Ojeo el refugio y hablo con unos franceses que se hallan descansando para subir mañana a visitar al *gigante*. Miro el álbum (en el que firmo), y entre otras inscripciones de mucho interés, hallo la de los representantes vascos que pasaron por aquí el año 1926. Dice así: «De regreso de la cima del *Mont-Blanc*, la Federación Vasco-

Navarra de Alpinismo (España), representada por los que suscriben, saludan al Alpinismo internacional.

9 de Septiembre (una de la tarde) de 1926.

El Presidente de la F. V. N. de A., *Antonio Bandrés.*

Los socios fundadores, *Uriarte y Salcedo*».

Aparte, a un lado: «De regreso, solamente del observatorio Vallot, se adhiere a éste otro miembro de la F. V. N. de A.—*Bravo*».

Va siendo hora de comer, y es necesario aprovechar el tiempo. Como no estoy por hacer el primo pagando exageraciones en este refugio, y como además quiero desocupar algo la mochila para tener menos peso, salgo fuera del edificio y doy principio a la frugal comida. Necesito agua y pido a la francesa; me dice que no tiene sino agua mineral y que la botella más barata vale diez francos. Al querer explicarle que me parecía raro el que en un refugio de la importancia de éste no hubiese agua, sale la alemana y groseramente me indica que tienen un tinaco lleno, pero que no me dan, y me enseña la nieve como diciéndome: derrite eso y tendrás mucha agua. Todo ello dicho de tal forma, con tan mala intención e intercalando tan groseras frases, que le contesto como puedo en castellano y francés. Al fondo de un departamento, junto a la cocina, oigo las risas bárbaras y socarronas de los guías, que se alegran del altercado. Sigo comiendo sin agua hasta que uno de los excursionistas franceses que ha observado todo y se ha puesto de mi lado, advierte algo a la francesa, y entonces ésta coge mi cacharro de aluminio y me lo llena de agua. Terminado de comer, pido café a esta señora y me sirve la mitad de antes (una tacita), cobrándome el doble (cuatro francos). Y... dejemos de hacer comentarios, porque hay cosas de las que vale más no hablar.

El refugio tiene una balconada con amplio panorama. Por un lado, la montaña «Padre» y sus satélites Dôme du Goûter y Wilson; por otro, la esbelta Aiguille du Midi, Mont Maudit y Tacul, y a sus pies la Jonction, con la gran vista del fondo: las verdosas montañas que forman el valle de Chamonix.

De nuevo en marcha. Le Petit Plateau.—Me despido de todos los del refugio y salgo de los antipáticos Grands Mulets a la una y cuarto de la tarde. Al empezar a andar viene de la cima una caravana; al mismo tiempo descienden también del refugio los americanos y el irlandés.

Otra vez a pisar nieve y hielo; de nuevo a hundirme en el blanco «océano», a seguir sus oscilaciones, sus caprichos, sus fantasías; todas ellas con la gracia y el sabor de lo eterno. Todas, destilando sabiduría y reposo, gravedad y serenidad. Y así ilusionado, magnetizado, no soy sino un guiñol movido por la atracción de sus encantos.

Al pie de la montaña Pitschner (3.267 metros), llamada Wilson desde el año 1928, a la una treinta y cinco.

Encuentro a las dos menos cuarto una caravana de cinco: dos ingleses con dos guías y un *porteur*. Al dirigirles ciertas preguntas referentes al camino a seguir, los guías no me contestan, mirándome como indignados porque voy solo. Por el lado Norte aparecen densos nubarrones, que temo se extiendan, pues entraré en seguida en la zona desierta de las nieves perpetuas y donde una tormenta resultaría algo muy desagradable. Voy salvando fuertes repechos.

En el Petit Plateau a las tres. Forma una pequeña planicie, y por todos sus la-

dos no se ve sino blancura; es un verdadero valle blanco. De caminar por la nieve blanda (el sol para estas horas la resblandece mucho) mucha de ella ha penetrado en las partes descubiertas del calzado, y a consecuencia de esto noto frío y humedad en los pies. Me encuentro bien y, hasta el momento, no siento la menor fatiga.

Veo a distancia que regresa otro grupo de la altura; a las tres y veinticinco nos saludamos. Es un francés, René Boisson (este nombre fué anotado por dicho señor en mi block de notas; pero como el apellido literalmente significa bebida, no sé si responderá a su verdadera gracia; me lo anotó un poco suspicazmente, y después de escrito me preguntó con sorna a ver si yo era detective), con su guía y su *porteur*, jóvenes los tres, se portaron muy correctamente conmigo.

He dejado un repecho fuerte y me encuentro, antes de llegar al Grand Plateau, con un paso de «cuidado», pero de una belleza virgen, que sorprende y maravilla. (Son las cuatro).

Le Grand Plateau. Col du Dôme du Goûter.—Llego a la vasta planicie del Grand Plateau a las cuatro y cuarto. En el centro de la misma descanso un poco, lubrificando a medias el motor con unas galletas, un poco de leche condensada y algo de nieve para engañar a la boca ante la falta de «bebestible». Caminando a las cuatro treinta y cinco.

Exceptuando los fuertes repechos que hay que subir, y algún que otro paso peligroso en los glaciares, hasta ahora no he hallado ninguna seria dificultad. Marcho en este momento por la gran pendiente que separa al Grand Plateau del Col du Dôme du Goûter, y este último del observatorio y refugio Vallot. (Separados ambos; en más altura el refugio). La cuesta que subo se me hace pesadísima; bien sea porque ya llevo muchas horas caminando o acaso por el enrarecimiento del aire y la falta de fuerte alimento, lo cierto es que no llevo la *souplesse* y la desenvoltura que he traído hasta aquí. Noto mucha sed. Paso por el Col du Dôme du Goûter a las seis.

El refugio Vallot.—Estoy en el refugio Vallot a las seis y media. Es una sencilla cabaña de madera. Su interior, como el de todas las simples edificaciones de alta montaña, se halla con una capa de hielo de más de un metro de altura; lleno de restos de comidas y huellas de paso de gente. Está dividido en dos departamentos y en los dos hay un par de estanterías de madera para dormir. En una de ellas se ve un revoltijo oscuro humedecido por los hielos: son mantas. Suciedad por todos los lados, frío y estrechez. En el departamento de las mantas hallo restos de comida de los excursionistas que han pasado esta mañana por aquí. Entre lo que queda veo una lata grande de mermelada de melocotón; tengo mucha sed y sin mirar ni fijarme a la luz si el dulce se hallaba en condiciones de ingerirlo, de un buen «saque» lo dejo vacío. Me ha sabido a gloria, quitándome la sed y dándome mejor «correa». Con una y otra cosa se me ha pasado una hora. Empieza a refrescar mucho. Oigo desde el refugio el fuerte silbido del vendaval.

En los altos dominios

Al trono del «Gran Señor». El Dromedario.—Me cubro la cara con el «pasa montañas», y andando (son las siete y media). Ya todo ha cambiado. Estoy en los dominios del «Gran Rey» y el ambiente tiene otra majestad, otro respeto; además no queda ninguna montaña que oprima con su altura, y el andar por este trayecto del Vallot

a la cumbre tiene la emoción de lo que se halla pronto al alcance de la mano; del deseo codiciado que se nos va acercando. Así el Dromedario, tan de cuidado, lo voy pasando con tal afán y entusiasmo, que su aguda giba no la aprecio. A mi derecha queda la gran vertiente italiana, que se precipita hasta alcanzar el arisco glaciar de Miage. Enfrente, como mantas color café que tapasen el albo manto de los declives, languidecen con ojos semidormidos L'Aiguille du Pétéret, Le Brouillard, Les Aiguilles de Tré la Tête, y desde estas *bosses* se les mira como a seres inferiores, como a vasallos del «Gran Señor» de los Alpes. Sabiendo que el *Dromedaire* es el gentilhombre de confianza y el más fiel guardián de su majestad, las demás montañas acatan y se empequeñecen ante su absoluto dominio.

No le puede encajar mejor el nombre de Gibas del Dromedario. Un resbalón en esta altura y allí, al final, nos esperaba la meta del otro mundo. Sería un adiós rápido y acelerado, contemplado por los inmutables hielos que acaso se enfriarían más y quedarían más blancos viendo el apresuramiento y la velocidad. Les daría espanto a estos señores ver un despido tan brusco a estas horas; han cenado y no quieren molestias, ni que ninguno les interrumpa en sus idílicos coloquios nocturnos.



Los rebecos de los vírgenes rincones.
(Tairraz Fot.)

Festín vespertino. Orgía.—El último pelo de la giba a las ocho. ¡Ten cuidado, Espinosa (parece que me dicen estas alturas), no metas mucho ruido que nos vamos a acostar, aunque puedes saborear los restos del festín. En plena orgía de luz de crepúsculo se les ve sus desnudeces y bellas formas.

¡Embriágate! me dicen. ¿De qué? De ¡rosa!, ¡rosa!, ¡rosa!; ¡oro!, ¡naranja! y ¡azul! Esto es un templo sagrado; un templo natural de planos, de cubos, de estilizaciones, de orgía de luz, para entregar nuestro sentimiento y admiración al Sumo Creador.

La nieve, en estos momentos por mágico efecto, ha dejado de ser blanca para mí; lo mismo puede ser nieve que bálsamo sagrado; vivo la emoción del momento que es: ¡rosa!, ¡rosa!, ¡rosa; ¡oro!, ¡naranja! y ¡azul!

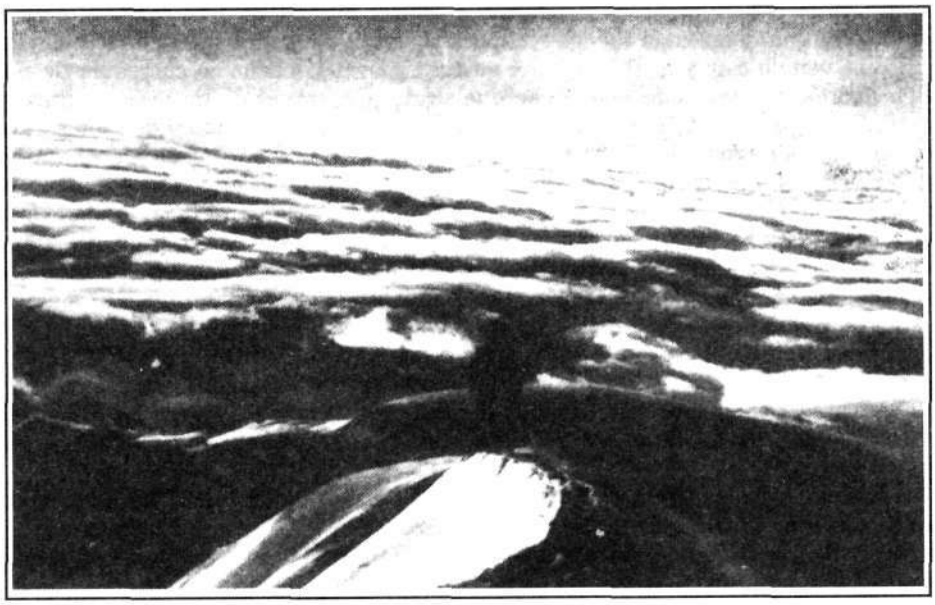
¿Qué ves, Andrés? Después de todo esto, ¿qué te importa de lo de allá abajo? No pienses en nada, y sigue embriagándote de ¡rosa!, ¡rosa!, ¡rosa!; ¡oro!, ¡naranja! y ¡azul!; y aprovecha hasta el último segundo, que el sol marchará a dormir.

La luna asoma juguetona encima de Italia, debe de mirar a algún arlequín allá por Venecia. Si estuviese aquí Picasso me gustaría preguntarle: Tú que eres buen psicológo, ¿podrías adivinar dónde mira? Debe de estar contemplando a algún pierrot de los que pintas. ¿No ves cómo se sonríe? Fíjate bien.

Picasso: parece este tu campo de inspiración: La luna, los cubos, los planos, Italia, arlequín y borrachera de color. Sería cosa de consultar también con J. R. Jiménez o con nuestro Manu Sota, para que nos descifrasen el misterio de la sonrisa del astro plateado.

¡Oh «Rey»! Amabilidad. Sencillez.—El lado de Chamonix tiene más seriedad. Ya duermen Mont-Maudit, Tacul, Aiguille du Goûter; y todo el blanco valle que desciende a mi izquierda se halla en tinieblas; además, van cerrando sus habitaciones (el mar de nubes cubre las cúspides intermedias). En estas alturas no queda ya sino una apagada entonación naranja, que es como una despedida del día, y entre esta languidez paso por el Rocher de La Tournette (4.677 metros) a las ocho y cuarto.

El trono del «Rey» que, desde el Vallot, simula que se le puede alcanzar fácilmente, engaña mucho; después de pasar el Dromedario, se experimentan pequeñas decepciones al ver que no se llega tan pronto como parece. La última cresta a las



Mar de nubes en el Mont-Blanc. (D. Chalonge Fot.)

nueve, y prontamente el final. Cuando pongo el pie en la cúspide del *Mont-Blanc* son las nueve y diez.

Piso la alta cumbre como si pisase el cielo. Mi entusiasmo es grande. ¡Oh *Mont-Blanc! ¡Mont-Blanc!* ¡Me recibes a esta hora en que no te molesta nadie! ¡Qué ánimos, qué alegría me das! ¡Qué coloquio tan fantástico, qué amabilidad tienes para conmigo! El viento helado del Noroeste quiere enfriar mis ímpetus, pero no puede. ¿Podría pensar, pisando tu calva, que me encuentro en la máxima altura de la vieja Europa? Creo que no. ¡Qué sencillo eres! Sin grandes ostentaciones, liso y llano.

Verdaderamente, no hubiese creído jamás que la cúspide del *gigante* me diese una impresión tan pacífica, tan humilde, tan natural. Hermanamos en todo y me encuentro en su compañía con la misma tranquilidad que si me encontrase en algún rincón familiar; nada de impresiones terroríficas, nada de misterio; todo sencillez, todo ternura, todo simpatía, es como esas personas a quienes se teme mirán-

dolas superficialmente, y al tratarlas desbordan bondad y cariño por todos los lados, y resultan ser niños con cara de hombres.

Un silencio venerable envuelve su alrededor. Una serenidad, que es como paternal mirada, cubre el vasto ambiente. Allí en el horizonte se extiende larga, estrecha una línea pintada de rojo; es la última cabriola del sol. El cielo con un azul indefinible: semiazul, semiverdoso, semimorado, todo compuesto. Mis anchos pantalones juegan y se agitan nerviosos con el viento. Emoción. Sencillez. Todo a mi alrededor duerme. Las habitaciones (el mar de nubes) cobijan este sueño, fuerte y sereno de los vasallos del «Señor». *¡Mont-Blanc! ¡Mont-Blanc!* ¿Cómo te agradeceré este buen recibimiento que me has hecho a deshora, cuando nadie te molesta?

Me están dando ganas de quedarme a dormir encima de esta cumbre; pero el viento sopla con demasiada fuerza y la poca ropa que tengo me hace desistir de ello; si hubiera venido con más abrigo, muy gustoso pasara la noche en compañía de este «buen padre». Hubiese sido una noche que siempre, a través de mi vida, la hubiese recordado. ¿Quién podría olvidar el eterno coloquio de sus vastos dominios? ¿La emoción imperecedera de sus fantásticas sensaciones? *¡Mont-Blanc! ¡Mont-Blanc!*

¡Adiós!—Con una impresión rara, mezcla de sentimiento y satisfacción, me despido de la altura. No desaparece tan pronto de mí la idea de una estancia nocturna en su cráneo liso y reluciente. En fin, ¡¡hasta no sé cuándo!! No me apura nada; no pienso en nada de allá abajo; ahora para mí no existe otro mundo que éste; soy un vasallo de las masas inmaculadas, y voy por ellas, como si toda mi existencia tuviese que deslizarse sobre su blanco manto.

Mucha pendiente, pero como hay huellas marcadas y firmes, se va con gran seguridad. La *Turnette*. Poca luz. En los valles hace tiempo que ha anochecido. Estas alturas tienen aún tenues reflejos mortecinos que provienen del espejismo del firmamento en la nieve, y del reflector de la luna; así no hay cuidado al caminar.

Mira uno a los pendientes abismos como si contemplase a los llanos: ni siquiera un momento de vacilación, ni de temor de caída; tranquilidad, serenidad.

Otra vez la Bosse du Dromedaire: el último repecho; a remontarlo de nuevo para coger la augusta giba que me lleve en fuerte desliz hasta el Vallot.

Noche en el Vallot.—De la altura de la Bosse ya veo la cabaña en la que pasaré la noche. Bajo afirmando bien mis crampones en las huellas; agarran muy bien; va uno firme, seguro, pisando siempre fuertemente con los talones. Llego al Vallot a las diez y media. Descuelgo mi mochila y a cenar. Quiero dar fin a los restos de tortilla con cebolla que tengo en uno de los cacharros de aluminio, y masco, masco, casi rumio; no me entra, y la tiro. Esta carne seca, estrujada (del otro cacharro) que ha servido para hacer el caldo del puchero del hotel, ¿cómo podré tragarla, si la tortilla no me apetece? El meter estopa es imposible. Cosa líquida o frutas me vendrían muy bien; carezco de ellas, y me resigno a no tomar nada. «Sin cenar a la cama» o «a la cama sin cenar», como se dice a los chicos. Se me olvidó traer cerillas y alguna vela (cosa muy práctica en las montañas) para alumbrarme, y tengo que andar en este pequeño refugio—donde he de pasar la noche—como un ciego. El hielo de su suelo hace pensar en las frías viviendas de los esquimales. Por las rendijas de la madera penetra un viento helado que acuchilla. En seguida me preparo para acostarme; lo primero que hago es descalzarme y secarme los pies (durante todo el día los he tenido humedecidos). Hinco seguidamente el piolet en la masa helada del suelo, y en él pongo los calcetines de lana; dejo la mochila a un lado, cojo un



Perspectiva parcial del macizo del Mont-Blanc.

montón de mantas húmedas, me tapo bien y a dormir. Floto en la inconsciencia, aunque el sueño no es muy profundo; el frío de los pies no me deja descansar debidamente, y la mayor parte de las horas las paso encogido, agachado sin soñar en nada, sin impaciencia alguna. Un querer dormir, resistiendo intuitivamente el amplio conjunto de visiones eternas en el cerebro que se manifiestan en un ambiente nuevo para mí: el hielo.

En busca de nuevas rutas

15 de Julio.

Mañana de sol. Hacia los valles.—Me he puesto en pie a las cinco, y lo que me ha dado arranque para levantarme ha sido el deseo de mirar al *Coloso* desde la ventana de esta cabaña. Bajo un cielo limpio, como si fuese el primero que apareció en la tierra, descuella el «Señor» con todo su séquito, luciendo su soberanía. Las vertientes de la parte francesa tienen una iluminación radiante, animada. El Dromedario, en primer término, posee la severa línea de una esfinge. Sigue soplando el fuerte viento que no ha cesado durante la noche, y que parará en cuanto el sol tome bríos. Me avío, y doy paso a la pacienzuda labor de calzarme. Ni remotamente me imaginé ayer nada de ésto: Los calcetines que dejé colgados en el piolet han aparecido como una tabla, duros, tiesos, parecen petrificados. Tengo que golpearlos durante buen rato (cerca de veinte minutos) antes de que puedan entrar en mis pies. Este termómetro natural de lana del Gorbea (compré estos calcetines a un pastor de Ceánuri) sirve para dar una idea de la baja temperatura que he tenido en el «refugio». No me puedo quejar; aunque ha hecho mucho frío, se me ha pasado la noche sin darme cuenta. ¡Como que he sentido pereza para levantarme del duro «catre»!

Un run-run de voz humana viene hasta mí; espero que se aproximen y abran la puerta, pero las voces siguen a distancia. Salgo de la cabaña. Veo a dos personas que se resguardan en un promontorio del fuerte viento helado y comen con apetito. Son italianos: Giorgio Thurer de Génova y su guía; van para el alto. A pesar de la simpatía y amabilidad de sus sonrientes rostros, hemos tenido que quedarnos como al principio, pues era imposible que nos entendiésemos, ya que desconozco por completo la lengua del gran Leonardo de Vinci. Después de parlotear algo, queriéndonos entender, nos despedimos sin conseguirlo. Antes de descender doy una vuelta por el observatorio Vallot, que se halla cerrado. Son las seis. Tiene dobles dimensiones que la cabaña; es también de madera y asimismo se halla forrado de oscura chapa de acero. Una vuelta por su balconada, y para abajo. En la alegría de la mañana no se siente nada, sino placer: placer de encontrarse en estas alturas, placer de caminar por ellas, placer de todo. Se salvan, se bordean los blancos lomos con satisfacción. Luego la nieve no se ha ablandado todavía y al dar el paso no hay necesidad de pisar fuerte; se sujeta el calzado con firmeza.

¡Qué mañana tan hermosa! ¿Quién no se siente entusiasmado, ebrio de alegría con esta luz? Todas las montañas, que ayer al mirarlas desde la altura dormían y se encontraban negras, ahora bullen, saltan, se regocijan. En grandes zancadas salvo buen terreno.

Le Grand et Le Petit Plateau.—Paso al Col du Dôme du Goûter y me precipito hacia el Grand Plateau, donde llego a las siete menos diez. El sol es el gran mago

del secreto de las montañas. La aridez, la dureza, la monotonía pierde su característico amargor con su suave caricia. Cuando contemplamos fríamente fotografías de montañas u hojeamos algún libro de alpinismo, no podemos llegar a comprender cómo es posible puedan vencerse aquellos pendientes lomos que admiramos, la roca escarpada y lisa que nos subyuga, la grieta que simula blanco féretro, la vasta extensión helada, la dureza de los repechos, etc.; la solución de este problema está en la luz y en la limpia atmósfera de la altura. Con buen sol y aire no hay cuidado de nada. Todo se empequeñece, todo se salva.

El Grand Plateau forma una amplia planicie blanca, circundada en su frente por el *Mont-Blanc*, a su derecha por el Dôme du Goûter y a la izquierda por los



Cumbre del Mont-Blanc vista del Noroeste (vertiente italiana). (Fot. Mittelholcer).

Monts Maudits. Guarda en su historia trágicos recuerdos, que mejor es no recordarlos; pero también, páginas bellas y optimistas, tan bellas como esta mañanita que hace olvidar todo. Mañanita que aviva la sangre con los ímpetus de claridad de los panoramas deslumbradores.

Falla todo lo que un humano pueda decir y explicar de estas maravillas: La realidad del arte (literatura, música, pintura) queda muy pobre, muy baja, queriendo plasmar las fuertes impresiones que la naturaleza nos depara a cada instante.

El hermano pequeño.—Las inmensas masas de hielo, los bloques gigantescos se agrandan más; la luz y la sombra les da más esbeltez, y en esta fantasmagórica hora de hechicería blanca me toca pasar por la gran grieta verdosa que semeja un animal de fábula, raro y monstruoso, con sus fauces agudas y sus grandísimas quijadas, de las que pende una dentadura marfileña transparente, de un marfil original, tan resistente como el auténtico.

Vírgenes bloques se suceden y forman legión; nadie los ha tocado; siguen puros

desde la formación del mundo. Para llegar al Petit Plateau tengo que bajar cuestas tan pendientes, que no me extraña que muchos de los excursionistas se destrocen al subir, y sobre todo, si no llevan buena preparación de pierna. ¡Hay tanto desnivel!... Arribo a la pequeña planicie a las siete y veinte. Continúo por la marcada ruta a largos pasos, y pronto me sitúo al lado Sur del Pic Wilson. He dejado la senda del *Gigante*.

Mont-Maudit y Tacul

(Contrafuertes del Noroeste).

Vengo contemplando desde el alto L'Aiguille du Midi y me parece empresa fácil el poder escalar durante la mañana de hoy esta aguja. ¡Pero cuán distinta es la realidad de la apariencia, como veremos más tarde! Estoy sentado en el hielo, quitándome los crampones y trazando mis planes de marcha: por aquí, por allá, ¡Pech!... muy fácil; ¡al mediodía en Chamonix! (La voz de la verdad: No creas eso, Andrés.) Son las ocho y veinte y empiezo a bajar el Pic Wilson por el lado E. Tengo que hacer varios equilibrios y trabajos: ponerme los crampones, quitármelos, gatear, arrastrarme y hacer de «alambrista» pasando las grietas, a veces con un cuidado excesivo. Esta serie de operaciones me hace perder mucho tiempo.

L'Aiguille du Saussure. Sol. Embriaguez.—He dejado este pico y empiezo a caminar por el glaciar de Les Bossons a las nueve y veinticinco. El hielo forma aquí una lisa extensión, con escasas grietas. Viene a ser esta zona como el nacimiento del extenso glaciar. El glaciar amado del «padre» y su mayor confidente. Todos los grandes misterios del «Rey de los Alpes», los mayores secretos, han sido cobijados también por el pecho de éste.

Paso el glaciar y llego al pie de las rocas del Mont-Maudit a las nueve y cuarenta; empiezo la subida de una fuerte rampa de hielo, que viene a ser el único paso caminable, algo así como la portería de estas bravas pendientes del Oeste.

A mi derecha quedan los monumentales riscos, la mayoría vírgenes, del amplio Mont-Maudit. A mi izquierda L'Aiguille Saussure (3.639 metros); pequeñita, fina, afilada. Junto a un rumor de chorro de agua de deshielo tomo un bocado (el desayuno). El reloj marca las diez y quince. Repuestas las fuerzas, emprendo de nuevo la marcha a las diez y veinticinco. El sol baña de frente mi rostro; brilla el hielo. Las pendientes son muy fuertes. Subo tanto, que para cuando me doy cuenta estoy en el Col (?) du Mont-Maudit. Desde donde me encuentro poco me hubiese costado llegar a su cumbre (unos treinta minutos); pero estaba obsesionado con L'Aiguille du Midi, y ciego, ebrio de luz de sol y de hielo, me lanzo a su conquista. ¿Cómo?; descendiendo. ¡Gran quintada! Mas tarde sufriré sus consecuencias. Habiendo ganado altura y dejando los contrafuertes de Tacul (donde he penetrado) por las cumbres del Mont-Maudit y el Tacul, creo que me hubiese resultado mejor la jornada; pero, en fin..., «perdiendo se aprende», como dice el refrán.

Pendientes y más pendientes, dificultad tras dificultad. Siento la fuerte atracción de las masas vírgenes, y como un centauro me lanzo por todo lo que se me presenta. No miro al peligro, no reflexiono debidamente estudiando los puntos con exactitud; me arde la sangre y noto que soy otro hombre: algo que parece haber sido

criado por el hielo; un mitad animal, mitad persona; que pisa fuerte, salva grietas, peligros, laberintos, pendientes, y se halla embriagado de sol y blancura. Ni el hambre ni el cansancio me oprimen; han huído de mí. No hago sino andar y seguir adelante, siempre adelante, sin fijarme, como debería ser mi obligación, en técnica alpina. El hielo me atrae, me subyuga. Hasta en las caídas parece que siento placer, a pesar de que ve uno la peligrosa *glissade*, tan temible y tan traidora. Y esta embriaguez, esta fogosidad han sido la causa de mi engaño.

Salvo una dificultad y se presenta otra, paso un peligro y otro me acecha, y así continuamente. El disco radiante me ha cogido al mediodía en el corazón del Circo, y es de ver las altivas moles blancas a esta hora. La mayor fantasía se empobrece, queriendo representar estas maravillas engalanadas por el ardiente sol de las doce.

Reflexión.—Ya creí haber salvado la peligrosa montaña, y tan pronto como esto pienso sufro otro engaño: son las tres de la tarde cuando doy principio al gateo de la roca y respiro satisfecho pensando: ¡bah!... «ya no hay más que llegar y besar al santo...»; pero vienen pendientes tan lisas, tan dificultosas, que era infinitamente mejor sortear los peligros del hielo que salvar estas murallas. Tres horas he invertido en pasar toda la serie de fortificaciones, y como por sus partes altas era imposible sortearlas, he tenido que descender mucho. ¡Consecuencias de la gran quintada cometida al principio! Ya, por fin, estoy en el verdadero pie de L'Aiguille du Midi. He atravesado todo lo más duro, lo más virgen, lo más salvaje del grandioso macizo del *Mont-Blanc*, los contrafuertes del NO. de Tacul. No sé ni cómo he salido bien de empresa tan peligrosa. La jornada que he salvado hasta esta hora (las seis de la tarde) ha sido infinitamente peor que la de ayer, no tiene ni punto de comparación. ¡Me ha enseñado la montaña tantas cosas, he aprendido el día de hoy tantas lecciones de ella, que a pesar de las luchas morales y físicas que he tenido que emplear para no «naufragar» (el deslizamiento me acechaba a cada instante, y una *glissade* en estos sitios ya se sabe lo que da de sí), me puedo dar por satisfecho!

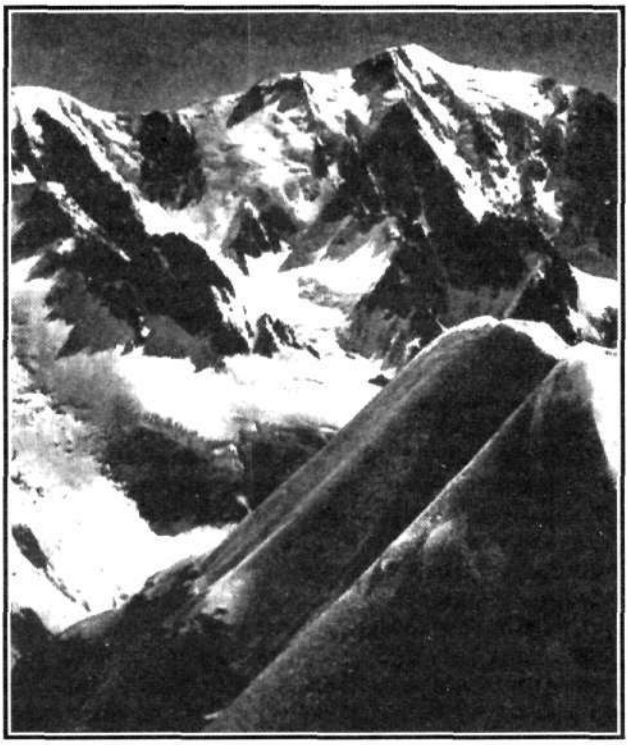
La tarde lleva su curso, pero eso no me desanima. Sacando entusiasmos y fuerzas de no sé dónde (desde las diez y quince no he probado bocado, y lo que he comido a esta hora apenas si me ha llegado al estómago: un cuarto de *sanwich*. En la mochila ya no me quedan provisiones: alguna pastilla de chocolate y un bote pequeño de leche condensada, que guardaré para mañana) continúo subiendo cuestas y gateando las rocas. Me está costando llegar a L'Aiguille, pero cada vez estoy aproximándome más a sus altos dominios.

Noche entre rocas

Mi «habitación».—Gatea y más gatea, hasta que el firmamento me llama la atención: está anocheciendo, son las nueve y quince. De nuevo el crepúsculo me ha tenido abstraído durante un buen rato.

No doy un paso más, pues es muy peligroso caminar a oscuras por entre las rocas. ¿Dónde pasar la noche? Estoy a unos 3.400 metros de altura, y dando cara a todo lo más virgen y blanco del gran macizo; el frío será intensísimo. Trato de buscar un escondite, pero no encuentro nada. Todo lo que veo es roca pelada, suelta y lisa. Sin pensar más, me acomodo en una esquina, y hasta mañana. Se oye el murmullo del agua que se lanza jaranera camino de los torrentes. Tengo un *belvéder*,

vasto y maravilloso; la trayectoria del *coloso* desde la cima, pasando por el Dôme du Goûter, los Grands Mulets y la Montaña de la Côte, hasta los valles de Les Bossons y Les Houches. ¡Todo un reino! Mi cena ha consistido en un sorbo de agua. Empieza a soplar el viento helado. He enrollado los pies con las bandas, y así me tumbo en las inhospitalarias rocas. Mi «habitación» es imposible airearla mejor, por todos los sitios penetra el viento, y el frío se deja sentir con mucha intensidad. Por lo demás, no es siniestra ni antipática. Además, tiene una buena iluminación de luna, que luce en su cuarto creciente. El viento helado sopla brioso. Duermo en pequeñas etapas media hora o veinte minutos.



El Mont-Blanc, visto desde la Dôme de Miage. (Granier Fot.)

La canción melancólica. ¡Silencio!—Como las extremidades se me hielan, tengo que golpearme y hacer ejercicio. Muchos ratos los paso cantando por «lo bajo» (destrozo todo el programa argentino). No se puede cantar muy alto, la montaña infunde respeto.

Un caso natural y que me ha llamado la atención ha sido el gran silencio que desde las once de la noche ha invadido estos lugares. Las pequeñas torrenteras, que se precipitaban nerviosas y agitadas, llenando el ambiente con sus rumores alegres, se han callado, duermen, y dan ejemplo a los hombres, de que la noche se ha hecho para descansar y no para otra cosa. ¡Silencioso misterio de las cumbres, todo henchido de sabias enseñanzas! A las doce y treinta de la noche próximamente, se esconde la luna tras las montañas del Goûter y Bionnassay, y la oscuridad se hace más densa y el ambiente más tristón.

Un silencio profundo envuelve todo. La soledad se acentúa más a la huída del disco plateado; es más áspera.

Mi lecho. ¡Tranquilidad!—El cuerpo pide descanso, y no repara en que un saliente de piedra le acribille por la espalda, ni que las extremidades inferiores no tengan punto de apoyo seguro, ni que tenga que mantenerse recto, casi rígido, sin poder moverse, en posición de decúbito; se hace el tonto, y quita la fatiga.

Los ojos, medio dormidos, miran los oscuros abismos con indiferencia, como si acostumbrasen a contemplarlos muchas veces desde este mismo sitio. ¿Se po-

dría explicar con claridad este raro fenómeno de la tranquilidad y de la indiferencia de mi espíritu, frente a estas masas tétricas y aplastantes, y ante una oscuridad de Limbo? Parece que me encuentro lleno de seguridades, rodeado de grata compañía y con el Angel Tutelar bien despierto. ¡Me cuesta caer de mi asombro! Si no sería por el fuerte viento, dormiría en la roca como en la mejor cama. El rato que quedo dormido me sabe a gloria.

¡Silencio! ¡Silencio! ¡Soledad! ¡Golosinas del alma!

En el vasto espacio: una luz.—De una a una y media de la madrugada veo salir una luz de los lejanos Grands Mulets. Son los alpinistas que aprovechan el buen estado de la nieve para subir al *Mont-Blanc*. Al de un rato sale otra luz. Este espectáculo de contemplar las luces es de un gran entretenimiento y ayuda, al mismo tiempo, de la imaginación, pues mientras uno se halla quieto e inmóvil, incrustado en las rocas, contemplando cómo poco a poco van ganando altura los alpinistas, se piensa egoístamente en sus dificultades, a estas horas tan lúgubres, bien marcando el monótono compás de marcha en la nieve, ya pasando una peligrosa grieta a la triste y embrujada luz de un mortecino farol.

A las tres de la madrugada se nota algo de claridad en el cielo; sin que nada se aperciba, casi misteriosamente, los contornos van siluetándose y la masa realza sus vastos espacios.

Amanecer.—Ha amanecido a las cuatro. Las luces, las pinceladas amplias, vigorosas del crepúsculo matutino merecen los ademanes y acatamientos de los árabes: un besar la tierra y contemplar el cielo con los brazos y las manos extendidas, en señal de admiración y veneración.

Como si jugase a través de una vidriera, el sol esparce luz de colores riquísimos, está divertiéndose con su linterna mágica y tiene un buen telón y escenario para lucir sus habilidades: la pureza de la nieve virgen.

Aunque el frío me ha tenido alerta a cada instante, he pasado la noche relativamente bien, y si algún amargor me pudiese haber quedado de ella, que no recuerdo ninguno, los bellos efectos luminosos del despertar del día lo borran todo.

Esta bella mañana me trae nuevos ímpetus y optimismo. Alegría, buen sol y hermosas perspectivas son mi desayuno. A todo hay que acostumbrarle al cuerpo. Sigo sin probar bocado.

Una despedida cordial y eterna a mi duro lecho y de nuevo a trepar. Comienzo a caminar para L'Aiguille du Midi a las cuatro y quince.

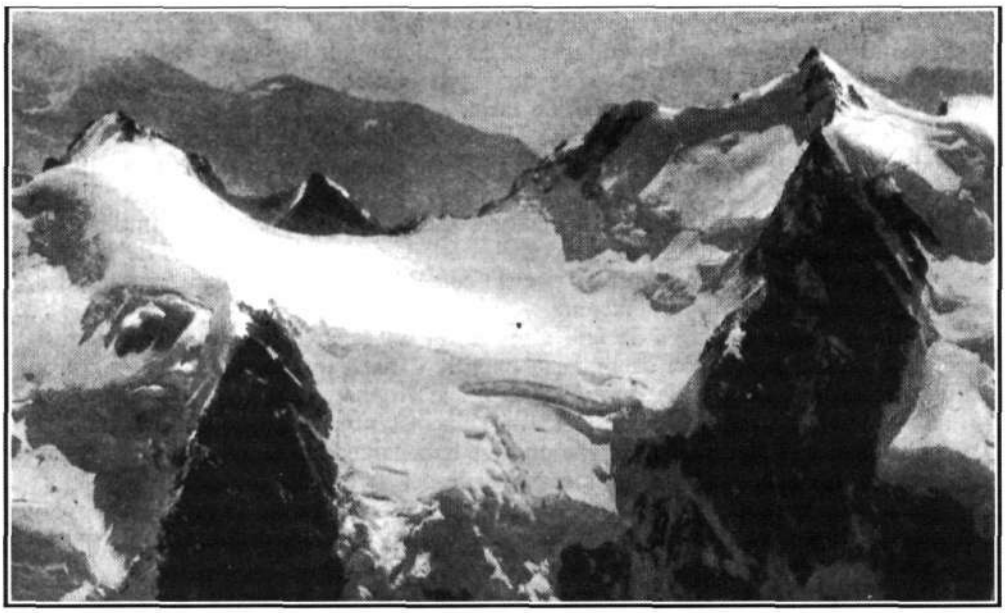
L'Aiguille du Midi

16 de Julio.

Las heladas pendientes.—Un día más y la jornada sigue. L'Aiguille du Midi, que creí poder escalar ayer por la mañana, aún se halla distante. ¡Cuánto engaño por desconocimiento del terreno! En parte me alegro, pues mi temperamento es de los que necesitan del jaque y del espoleo de la aventura, de la dureza y la incertidumbre, para pensar fríamente y lanzarse con tenacidad de acero ante lo dudoso y desconocido.

Estoy en el final de un pendiente ventisquero; tengo clavado el piolet en una rampa de hielo de más de un 70 por 100 de desnivel, y noto que me falta la mochila. La he dejado olvidada al tener que pasar arrastrándome por una estrecha y pequeña chimenea. Como, dada su estrechez, me era imposible arrastrarme con ella puesta, me la quité, y tan pronto hube salvado el pasadizo, la obsesión de pasar la fuerte rampa de hielo, hizo que no me preocupase de mi pequeño «tesoro». Me veo obligado a bajar unos 50 metros, y de nuevo a emprender la operación anterior para continuar la subida con la mochila puesta.

El Col du Midi. La cabaña.—El sol aparece radiante por los costados, pero en estos canchales no ha penetrado aún; por eso estos peñascos tienen todavía el semblante hosco y gris: conservan la humedad del rocío. Supongo que tan pronto pase



Mont-Blanc de Tacul y Mont Maudit (lado Norte) (Fot. Mittelholzer).

esta barrera me esperará alguna grata sorpresa, y llevo esa ilusión, muy corriente en alpinismo: la gran satisfacción de llegar a la cumbre, cuando ya vemos y notamos que la misma se halla muy próxima a nosotros (estoy llegando al Col, para L'Aiguille aún hay que andar bastante), una pequeña impaciencia, que se suele traducir generalmente en carreras optimistas, hacia el buzón o mojón de la altura; la mayor parte de las veces, por el afán de dominio, por la contemplación desde la altura o por la sorpresa consiguiente.

Los pasos mejores se encuentran a mi derecha, y el andar por los lugares más fáciles me han llevado hasta la cabaña del Col du Midi (3.544 metros), la cual ignoraba que existía.

Veo que se halla en mal estado, aunque no me doy cuenta, hasta más tarde, de que la pobre está completamente destrozada.

Lo que son las cosas: un rato he pasado mirando a la puerta (sin darme cuenta del derribo) y calculando cómo podría entrar en el refugio; reflexiono al mismo tiempo sobre mi forzado plan de estancia en las rocas: ¡cuánto mejor hubiese pasado aquí la noche! Pero... ¡qué desilusión, al ver que de este triste refugio de madera no queda sino el frontis de entrada, con un pequeño resguardo semidestrozado, próximo a la puerta! Son las cinco y cuarenta.

Vallée Blanche.—Lo dejo para, salvando el promontorio, poner de nuevo mi planta en la inmaculada nieve. Ya me da el sol en la cara. A medida que camino voy de sorpresa en sorpresa. ¿Qué se presenta a mis ojos que tanto me llama la atención?: Vallée Blanche.

Si el gran Maurice Denis viviese y contemplase esto, su admiración sería tan grande o mayor que la mía, y no demoraría mucho en coger su paleta y sus pinceles para plasmar las bellezas que este espectáculo guarda. Aquí encajan bien sus ninfas y sus ángeles; su fantástica composición y su colorido puro e ingenuo. Aquellos fondos de sus *panneaux* decorativos, que parecen estar tomados en ambientes ultraterrenos, con armoniosos destellos de color y que trajeron a la pintura moderna mil y mil encantos, hermanan maravillosamente con lo que mi vista contempla en este momento. ¡Con qué agrado se camina por este Vallée Blanche!

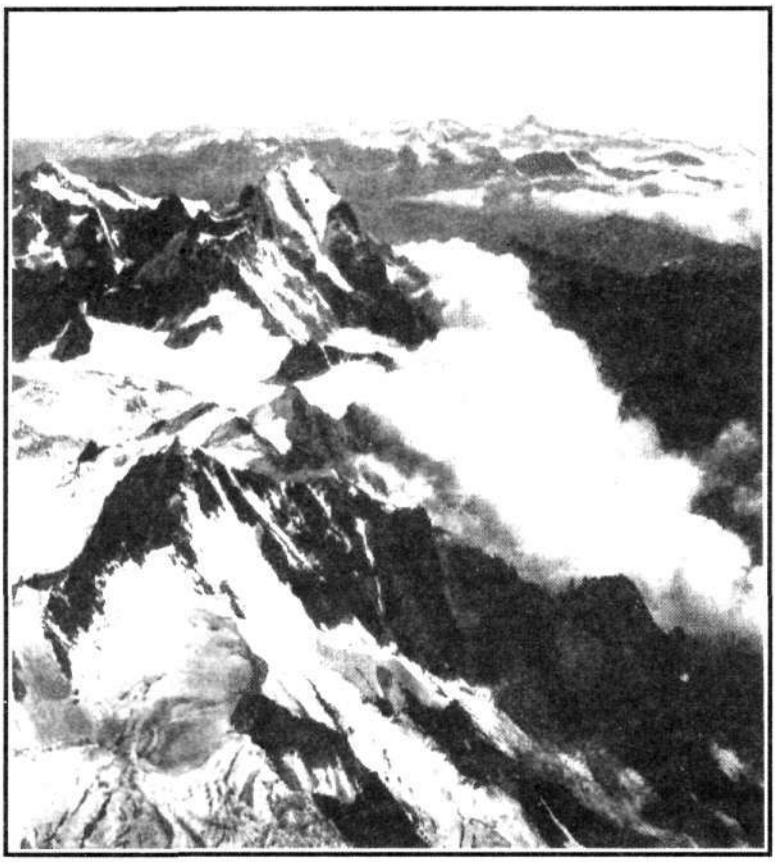
Forma el terreno una planicie extensa algo combada por sus extremos y muy despejada al E., pues sólo el Petit Rognon (3.009 metros) invade por ese lado sus dominios. ¡Luz y blancura! en el virginal manto, al parecer no pisado esta temporada por ningún mortal: ninguna señal se nota en el amplio conjunto. Buen sitio para el patinaje e incomparable para la contemplación. Mis huellas quedan marcadas en la reluciente llanura y a distancia semejan el serpenteo de algún reptil. Ellas quitan la virginal pureza a este paradisíaco lugar.

Para alcanzar la cumbre. ¡Pobre cuerpo mío!—Llego al pie de L'Aiguille du Midi a las seis, y con mi viciosa costumbre, que me costará quitar (sin estudiar claramente el itinerario a seguir), comienzo la subida de un gran desnivel helado. Por esta vertiente voy muy bien al principio, pero pronto se me pesará el haber ido por ella: ya casi a su terminación tropiezan mis crampones con un hielo tan duro, que tengo que andar con sumo tiento para que un resbalón peligroso no me lleve allá abajo y me deje hecho una piltrafa. Por esta causa, antes de dar un paso es necesario afianzarse bien y andar muy listo en el manejo del piolet; y para salvar una veintena de metros tardo... «un sin fin».

Me he inclinado demasiado hacia el NO., teniendo por tanto que retroceder buen espacio de terreno, y al bajar, debido a la pendiente tan pronunciada de los hielos y a la mala situación (el lado SE. que ocupa esta parte hace que la nieve se reblandezca pronto, y como debajo de ésta quedan las capas heladas, los crampones agarran muy mal, pues la endeble cubierta resbala con su interna masa), tengo que trabajar tan briosamente con el piolet, que verdaderamente me maravillo de que esta mi «pobre figura» pueda resistir tanto (el estómago no me reclama nada, a pesar de no haber comido desde ayer a las diez y quince de la mañana, y en el cuerpo no noto los síntomas del cansancio ni la mínima debilidad). Debe de ser el sol y el aire de la altura los que así me sostienen. ¡Pobre cuerpo mío! ¡Tan parecido por su sequedad al de los beduínos y tan resistente, al parecer, que el de ellos!

En la boca de un paso muy estrecho, y por donde corren las derretidas nieves, doy termino a las provisiones: el botecito de leche condensada y algo de chocolate; son las diez.

En la altura. Perspectivas.—Paso de nuevo a la labor de gateo por la roca. Llevo la ruta del lado S. y SO. Unas veces pisando nieve, y roca la mayor parte, sigo ganando altura. Trepa y trepa, paso por sitios de verdadero «compromiso». Casi al final salvo una lisa plancha rocosa, en la que tengo que desenvolver mi cuerpo procurándole la elasticidad máxima y, a la vez, la firmeza más completa. En el peñasco final a las doce y cinco. ¡Vaya ATALAYA! Es lo bueno que tienen las cumbres; exigen esfuerzo pero luego ellas ¡qué bien saben pagarlo! El sol del mediodía anima todos los valles y las amplísimas perspectivas bullen fosforescentes. Pocos miradores habrá en los Alpes con la gracia de éste. El grandioso macizo chamonixiano presenta sus uniones, sus parentescos ramificados, que se extienden para Suiza y para Italia, distinguiéndose con mucha claridad picos y agujas, superficies blancas, valles verdes; en una palabra, un conjunto magistral. Sería interminable la lista de todas las cumbres que están a la vista, sobre todo por el lado de Oriente, donde resaltan La Junfrau, El Cervino, Monte Rosa y miles de picos más, en los que un cartógrafo se entretendría comprobando sus observaciones con calma benedictina.



Grandes Jorasses del Mont-Blanc de Courmayeur. (H. Bregeault Fot.)

Huellas alpinas. Satisfacción en la altura—Debajo de la piedra más alta, y metidas en una lata de conservas, hallo las tarjetas de unos italianos: Rsf. Torino, Callanei Alberto, del U. L. E.; Génova: C. A. I. Pallescrura; Ragre Saukkonen Umberto, U. L. E. Génova; C. A. I. Génova, 23-VIII-928.—Por lo que puedo apre-

ciar en la clara y llamativa colocación de las tarjetas, desde la fecha del 23 de Agosto del año pasado no ha debido de subir nadie a esta aguja.

Mirando los rincones encuentro otras tarjetas (más ocultas), pero éstas fechadas el año 1926 y el 1927; una de Enrico Cecioni du Firenje C. A. I.; ser Aoeste e Pisa. Alpino Laurent Grisel da Courmayeur, 12-VII-926. En el reverso tiene una larga explicación que, por estar en italiano y ser algo larga, no la transcribo. Otra de *Domirco* Re de Génova; G. Federico Benevalo y Sergio De Marini, S. U. C. A. I., del 2-VIII-927.—¡Qué casualidad! todos italianos. ¿Serán acaso los únicos que estos años de 1926-1927-1928 han puesto sus plantas en esta aguja?

Difícil será encontrar un mirador con tantos atractivos que éste. Todas las descripciones quedan empobrecidas; así que me contentaré con admirarlo, extasiarme de todo: del sol, del aire, de la nieve, de las rocas, de los verdes valles, de las afiladas agujas, de los endemoniados glaciares, en fin... del grandioso y armonioso conjunto.

Bajando las rocas. ¿Voz humana?—Abandono la cumbre a la una y diez. Bajo buena parte arrastrándome y buscando las partes más difíciles, como medio de entrenamiento para *El Cervino*, al que pienso subir, Dios mediante, tan pronto como termine con estas zonas. Esta piedra suelta y escurridiza, mezclada con nieve, escandaliza en la caída y se oye allí, en el fondo, el eco de sus barullos.

Varias veces al bajar he prestado atención a un rumor como de voz humana, y veces ha habido de dudar, pensando: ¿Me engañaré, creyendo que por aquí existan algunos mortales que alarguen sus cuchicheos en esa forma, o en realidad hay en algún rincón quien charla a placer? ¡Me engaño!; aunque el viento, la caída del agua y las formaciones de las paredes de las rocas imiten tan bien la voz humana, envolviendo sus sonidos en un alargamiento parecido al del rezo del rosario en alguna iglesia aldeana. Me imagino ver ánimas en pena, sollozando a media voz.

Otra vez el Vallée Blanch. Las ráfagas misteriosas.—He llegado al sitio donde tomé la ligera ración a la mañana, lo que quiere decir que estoy al final de la parte rocosa. Hasta el Vallée Blanche no tendré más que nieve. Tan blanda, que en muchos sitios me hundo demasiado. La pendiente es muy pronunciada y aprovecho la blandura de la blanca capa para deslizarme, como si patinase; aunque estos juegos resultan peligrosos. En un par de ocasiones los «remos» han quedado hundidos y doblados, y con el empuje de la marcha, la rotura de algún hueso podría convertirse en realidad; conviene, pues, precaverse de una desgracia de éstas, y freno algo el paso.

Terminadas las fuertes pendientes, mi marcha por el Vallée comienza a las cuatro y diez. La nieve no tiene la gracia de la mañana, y al andar por ella experimento bastante pesadez; los pies se hunden demasiado.

Unas ráfagas, rápidas y raras, pasan a velocidad de rayo. ¿Qué son?... No me doy cuenta de lo que pueden ser, y cuál es su causa, hasta que una pisada, acaso más fuerte que las anteriores, ha hecho que me fijase en el raro fenómeno. La tierra parece abrirse al poner el pie, y a lo largo de la vasta extensión repercute con velocidad de relámpago un siseo violento, alargado hasta las regiones lejanas y misteriosas de las heladas entrañas blancas. ¿Velocidad eléctrica o ráfagas secretas que mueren o que protestan de mi paso? Como exteriormente no dejan ninguna señal, fraternizo con sus fugaces relampagueos y camino con tranquilidad.

¡Bajar! ¡Bajar! Envers du Plan.—He subido a un altozano de este valle, y toda la perspectiva que se extiende a mi vista es de majestuosos imperios de glaciares

y *seracs*. Descendiendo, da gusto alargar la zancada y salvar buenas extensiones con el pisar potente de los crampones. Todo es cuesta abajo, hasta allí... hasta Chamonix. ¡Bajar!, bajar rodeado de blancura, sin otros panoramas que de nieve, hundiéndose uno en el mullido y «cándido» suelo. ¡Bajar! ¡Bajar!

He dejado el Vallée Blanche para pasar rozando el Glaciar d'Envers du Plan (cuatro y veinticinco), el que me llevará más tarde al de Tacul ou Geant. Oprimen las montañas que se elevan a mi izquierda (Aiguilles du Chamonix), y dan a estos neveros una sensación sombría; no hay el despeje de horizonte de allí arriba, ni



Siluetas. (Fot. Tairraz).

aquella alegría y serenidad. Al caminar para los valles el pensamiento añora la pureza y la templanza de las cumbres.

Hay pasos de mucho cuidado; tres veces me he hundido en la nieve, y una de ellas ya creí que me sepultaba: tuve que lanzarme con rapidez hacia adelante, sujetándome como mejor pude para que los verdes abismos no me apresaran.

Esta grandiosa unión de glaciares tiene menos alegría que sus hermanos de las vertientes del «Rey de los Alpes»: Bossons y Taconaz, aunque más dramático atractivo.

Los endemoniados «seracs» del Geant.—Las seis y media próximamente han sido cuando he penetrado en el encabritado Glaciar du Geant ou du Tacul. Salvaje, fiero e indomable, presenta sus *seracs*, como en plan guerrero, con afiladas aristas, con piramidales moles, con grietas que espantan por su mueca macabra.

Hay que pasar este caos aplastante con tanta precaución que el exceso de ella es un inconveniente, hasta cierto punto: se piensa demasiado en el peligro, y no resultan estos pensamientos para terminar felizmente con los pasos altivos e indomables. No viendo esta destrucción de moles, jamás puede llegarse a creer en la sensación de trágico espanto que producen los abismos, donde la muerte blanca tiene su reinado. Fantásticos recintos propios para la fuerte inspiración del Dante, y en los que las figuras de algunos de sus condenados encuadrarían *ad hoc* en los tétricos y rebeldes *seracs*.

Es el lugar de los dos extremos: o del silencio augusto y melancólico, siempre reflexivo, o del gutural grito, salvaje y espasmódico, de quien los verdes labios y los salvajes laberintos han espantado. No caben términos medios.

A medida que me voy aproximando al Mer de Glace, las grietas son más peligrosas, los *seracs* imponentes; semejan lugares en los que los terremotos hubiesen derribado montañas elevadísimas, reduciéndolas a su más simple expresión: los bloques helados.

El «Mer de Glace»

Cinco. Requin.—Ya he pisado algo de tierra, que está aquí de los desprendimientos de L'Aiguille de Blaitière, y el hielo está sucio, feo, parece que no se ha lavado la cara.

Veo, a no mucha distancia, el refugio de Requin, y al fondo, extendiéndose rígido, grisáceo, el Mar de Hielo, y me fijo en que vienen por un sendero que destaca por su blancura, unos cuantos alpinistas, que probablemente subirán al Requin a pasar la noche. Los cuento: son uno, dos, tres, cuatro, cinco. Aparecen menores que el punto de una alfiler; no somos nada en estas grandiosidades.

Con largas zancadas, por vertientes sin agrietamientos (han quedado atrás los «Moctezumas avinagrados»), me sitúo a las siete y treinta en los «Moulins»:, centro de reunión del Mer de Glace, del Talefre y del Geant ou Tacul.

Aquí he cruzado con los cinco excursionistas: un matrimonio francés (me supongo por su porte y sus insignias), con dos guías y un *porteur*. No hemos hablado nada; estoy desentrenado, después de tres días, de no haber movido los labios; unas sonrisas, y en marcha.

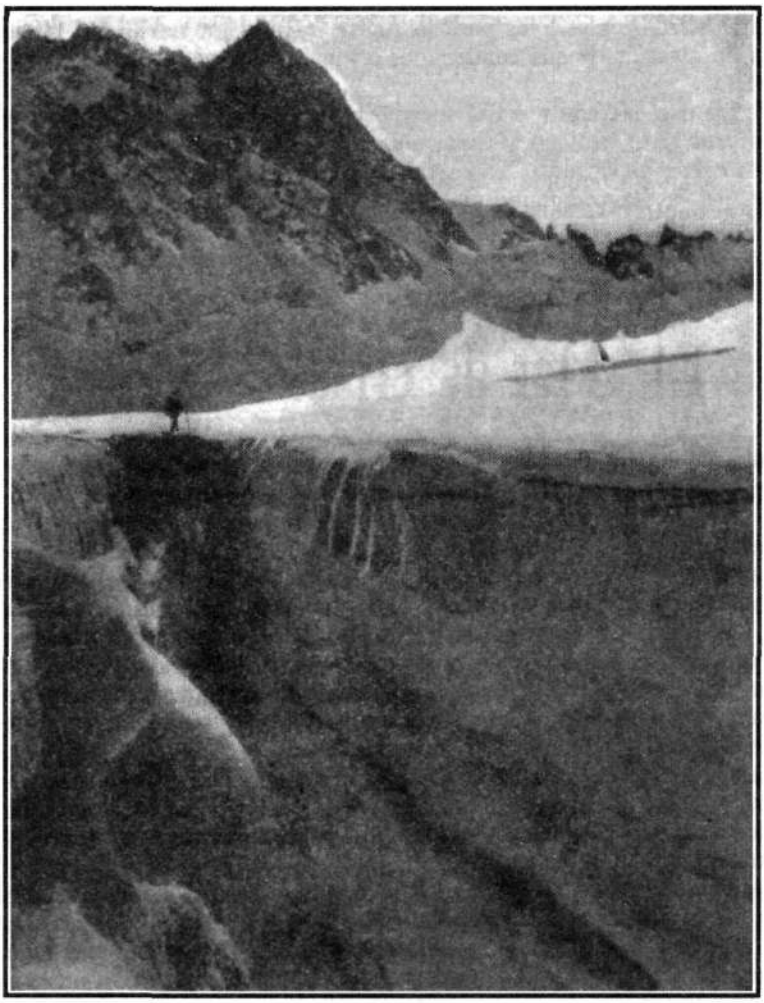
Lo fácil que parece andar por el Glaciar. Cielo tristón.—Ahora, el caminar por el Mer de Glace se me hace una cosa facilísima: «coser y cantar». Aunque no es tan fácil como parece a simple vista; tiene también sus «grietillas» que merecen algo de respeto, aun cuando son la mayoría «inofensivas». Vienen una y otra y otra, y salto y las paso, como jugando a la comba, vista al *ralenti*.

Encima del hielo hay marcadas líneas rectas; a simple vista parecen rayas hechas por el hombre para servir de indicación de ruta, pues, no obstante existir las grietas, las rayas pasan y siguen su trazado. Me guío por algunos de estos surcos, pero pronto caigo en la cuenta de que es obra natural, y que el seguir sus sendas no sirve sino para meterse en líos: dos veces he ido a parar a hórridas gargantas.

Veo que este Mer de Glace tiene todavía lo suyo, y empiezo a dudar de si podré llegar a Chamonix esta noche. El cielo se está poniendo oscuro: en estos hundidos valles no se saborean los crepúsculos como en las alturas. Unas nubes amari-

llentas envuelven el espacio de esta cañada, y allí, al fondo de este largo y agrio glaciar, se ven unas montañas azuladas, ya sin luz, como indicando que el sol va a su ocaso.

De cómo no es tan fácil como parece andar por el Glaciar. Impaciencia.—Empiezo a impacientarme, y no sé si el deseo de llegar es lo que me quita de momento el temple, o el ver que una tercera noche se me va a echar encima deteniéndome donde menos quisiera. Luego, estas cañadas (a mi izquierda, Les Aiguilles du Chamonix, con Les Grands Charmoz y Le Crepon, y a mi derecha, L'Aiguilles Moine y la espigada du Dru) ensombrecen las ideas, hacen más amarga la soledad: las rudezas de ésta se triplican. Aquí viene bien aquello de «Soledad de soledades, y todo es soledad», del poeta.



Macizo del Mont-Blanc: Un abismo blanco. (Fot. Kern).

El salvar tantas grietas me está poniendo nervioso, tanto saltar y tanto rodearlas para hallar su escondido paso, cansan hasta al mismo Job. Monotonía y peligro. Las negras bocas se suceden aún y no cesan, presentándose cada vez mayores.

Una de las cintas que sujetan al crampón (el izquierdo) se me ha roto, y en vista de ello, aburrido ya del monótono caminar por el hielo, decido marchar ha-

cia el lado derecho, para ver si encuentro algún sendero en la parte que a mí me parece que es tierra (vertientes de L'Aiguille du Dru).

Esta tierra, que engañosamente guarda un hielo mezclado con ella (duro e imposible de caminar), es tan mala, tan dañina (los desprendimientos han aglomerado peñascos, en los que tropieza uno a cada paso), que desisto de continuar por sus dominios.

Noche en los hielos

Nerviosismo. Misterio. ¡Milagro!—Ahora el nerviosismo llega a su punto culminante. La impaciencia por llegar a Chamonix me mata, y, ciego, sin mirar a nada, voy como desilusionado por una amplia mole helada, queriendo pasar para continuar adelante. No me he dado cuenta de que me encuentro en lo más salvaje, abrupto y peligroso del Mer de Glace. Ha anochecido. Me aterran estos lugares; quiero salir de ellos, ¿cómo?; los problemas cada vez se me presentan con más dificultad, ¿qué hago? No sé. No me puedo dominar. El nerviosismo me muerde, me da bríos como a bestia desbocada. ¡Silencio! Por todos lados me bordea la muerte. En el barullo de sensaciones que me acometen, predomina la amargura de tener que pasar aquí la tercera noche: ¡horror! de estas grietas cadavéricas, ¡aplastamiento! por estos *seracs* imponentes. ¡Misterio! Estoy como si diríamos en un «continente de hielo». ¿Qué hacer? La desesperada. Pasar... ¿Para qué?, no sé. Un algo profundo me dice que no debo permanecer aquí. Veo a distancia unas luces, y el «Quijote» que llevo dentro quiere llegar hasta ellas, y no pudiéndome dominar, me lanzo a la espantosa temeridad. ¡Vano intento!

Quiero salvar una gran grieta, y no tengo más que un pasito y enfrente una gran pared. (El «último adiós» lo veo en todo. La «cadavérica sonrisa» me mira fríamente.) ¿La salvaré?... Pisando con mucho cuidado, clavo el piolet en la pendiente pared, y poco a poco, como quien teme algo, voy subiendo esta peligrosa muralla. En este silencio aterrador resuena el golpe seco y rápido del piolet, como si se cavase en una fosa; parece una profanación a estas horas la pisada del crampón en los dormidos hielos.

A los cuatro metros... me falla el crampón izquierdo; el piolet no resiste tanto peso (mi cuerpo ha vibrado de ¡horror!: me ha envuelto el escalofrío de la muerte), ¡¡zas!! ¡¡Adiós...!! ¡instantáneo! he caído hacia el abismo. Más rápido que el rayo he rodado hasta la otra pared, yendo por el pasito y quedando milagrosamente sujeto al estrecho trozo helado. ¡¡Impresión!! ¡¡Milagro!! La Virgen me ha librado de la muerte.

Aún pálido de emoción, miro a los lados de la tumba fría, a la que hubiese ido a parar. Su fondo no se ve; tendrá acaso más de 30 metros. El golpe ha sido muy fuerte. En el violento empuje de la caída, al sujetarme instintivamente en el trozo que me encuentro, he pegado al hielo con tal fuerza, que noto gran dolor en el pie derecho. Debo de estar amarillo. No salgo de mi asombro; la milagrosa caída me ha dejado pasmado. Momentos antes del accidente recé una salve a la Virgen, y ella me ha auxiliado; no se comprende lo demás, que haya salido bien de un caso así. La muerte, al caerme de espaldas desde una altura de cuatro metros desde el pequeño paso y de más de 30 desde el fondo de la grieta, se podía dar por segura. No ha sido así, y ello no lo puedo atribuir a otra causa que a un milagro. Yo, al me-

nos, creo en él. Una ligera desviación en el aire, y hubiese rodado hasta los profundos abismos, y en menos de un segundo, mi alma deja este mundo (mi cuerpo hubiese aparecido en la terminación del glaciar, al de veinte o treinta años, completamente incorrupto).

La gente se hubiera dado cuenta de mi desaparición, pero hasta pasado ese tiempo no me hubiesen hallado.

Me domino y salgo del peligro como puedo. Me pongo de pie y voy por la lisa mole helada; todavía me empeño en querer salir de aquí, pero veo que es imposible. Doy vueltas por esta «ratonera» para ver si busco algún paso oculto, pero no hay nada. Estoy encerrado. Un fuerte viento helado del SE. da más tragedia al ambiente.

Mi «regia» cama de hielo.—Otra noche más a la intemperie, y ésta encima del hielo. Ya estoy tranquilo y además agradecido de haberme librado de la muerte, y no me importa por una noche más. El querer buscar un resguardo del fuerte viento es mi preocupación pero no veo la manera de solucionarlo. En un pequeño declive me siento; pongo debajo la mochila para que no pase la humedad, y a esperar a mañana.

Veo en dirección Norte las luces del edificio que me atraía; no sé lo que podrá ser; problamente algún hotel (1). Se hallará a unos 800 metros; sin embargo, para mí es como si estuviese en el fin del mundo. Desearía estar en sus iluminados recintos, pero mi encierro es completo.

Otra noche sin cenar, y van tres. El rostro tengo cubierto con el pasa-montañas, y me presta un buen servicio. Los pies están humedecidos; no me molestan.

El paraje es trágico y macabro a la oscuridad. Los *seracs* parecen fantasmas. He adquirido amistad con ellos.

Estoy en el trozo peor, más tétrico y amargo del Mer de Glace, mirando al NO., para dar la espalda al viento helado. Frente a mí hay una montaña de mediana altitud (vertientes de los Grands Charmoz); pinceladas de marrón oscuro, y al pie de ella posan los hielos, que en la semioscuridad tienen color de estaño. La montaña y los hielos hacen del marco de vista un cuadro severo. No cabe decoración más simple y más seria. Pienso en animales antediluvianos que se hundiesen y ondulasen con gracia de anfibio. La mole helada en la que descanso me recuerda a esos anchos lomos blancos de elefantes sagrados que son venerados en los templos brahmánicos. No tendrá esta superficie gran diferencia en anchura con los de los mastodontes orientales; así que ya se sabe lo que hay a los lados: el abismo. Por eso tengo gran cuidado en no dejarme dominar por el sueño; a poco que resbalase, mi desaparición sería un hecho.

¡Rara compañía la que me rodea, en una quietud y un silencio casi de muerte!

Se va apoderando de mí un placer extraño, una sensación original; los hielos, a quienes he odiado y temido en cuanto la noche me ha dejado en su compañía, me van siendo simpáticos; el mutismo, la firmeza y serenidad que guardan, contagian a quienes con ellos se encuentran.

Noche sin los encantos de aquellas divinas atalayas del Midi, contemplando inmensidades vírgenes; pero de una rareza, de un sabor tan puramente original, que no puedo, no sé expresar la extraordinaria sensación que dan estas enormes masas.

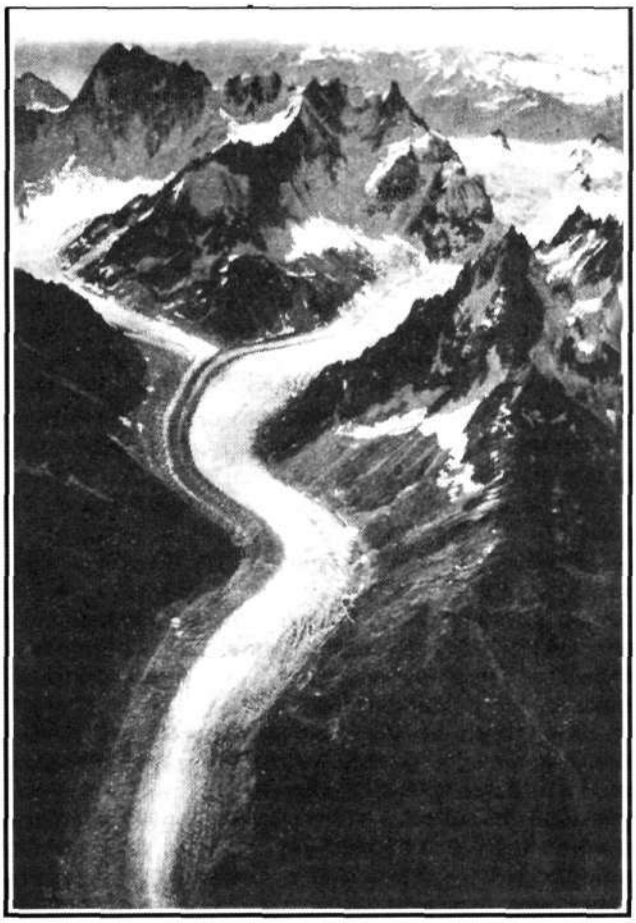
---

(1) Al siguiente día me enteré que era el hotel Montanvers.

Ha parado algo el viento; el frío se ha recrudecido y tengo que moverme continuamente. Hoy no canto; la fuerte presión y respeto de la cañada, me lo impide; el sereno y misterioso semblante de los dormidos proboscídeos no me deja; infunden una autoridad nada común, algo imposible de explicar.

Pronto se esconderá la luna, que hasta el momento me ha servido de grata y amable compañía.

El medio-dormir en estas soledades, encima de la lisa superficie, recostado en hielos que en su niñez y mocedad atalayaron y jugaron allá en los altos del Tacul, Trelaporte, L'Aiguille Verte o L'Argentière es un placer áspero y nada vulgar. Sólo quien verdaderamente ama la montaña, quien sienta sus latidos como los propios, puede apreciar como algo de sus entrañas.



Mer de Glace y Grandes jorasses del N. O.
(Mittelholzer Fot.)

Se ha marchado mi amiga la luna, y ahora, sin su grata compañía, quedo envuelto en un mayor misterio, sintiendo más fuertemente el amargo mutismo de los mastodontes.

A la una de la madrugada veo que, por la parte del hotel, algunos alpinistas vienen alumbrados con dos faroles; me fijo durante buen rato en sus oscilaciones. El camino que traen (tierra y hierba) debe de ser el único y verdadero para salvar estos sobresalientes *seracs*, que desde que este sitio ocupan no habrá pisado planta humana. Ahora comprendo cuán inútiles hubiesen sido mis esfuerzos, queriendo pasar por zonas completamente imposibles de salvarlas a la oscuridad. ¡Cuántas lecciones he aprendido en estos tres días de andar!

Las duras tenazas del sueño me agarran con fuerza. ¿Quién resiste sin dormir, de una a tres de la madrugada? A estas horas no se aprecia el peligro; sólo puede uno entregarse a la interna reclamación que no ceja, que forcejea en su empeño. Y duermo con tranquilidad de niño, como si a mi alrededor nada existiese, sin pre-

ocuparme de que allá abajo (a mis lados) tengo otros mundos. Refresca mucho de dos a tres de la mañana, y en mi posición cara al cielo, tengo que elevar las piernas y ejercitarme con ellas, formando círculos y rectas en el aire, para que reaccionen; lo mismo hago con los brazos.

Falta poco para que el firmamento traiga visiones de Oriente y, ayudado por Febo, encienda las gamas de su deslumbrante paleta.

Mañana de sol

17 de Julio.

Al salir el sol.—Espero, pues, hasta las cuatro y treinta, hora en que me levanto y quiero salvar este atolladero. Ya con la alegría de la luz todos estos fantasmas van cambiando el rostro.

Antes de empezar a caminar miro a los macabros parajes en los que he tenido que pasar la noche. ¿Se puede pedir lecho más original? ¿No es propio acaso para el maravilloso ambiente de una escena de las «mil y una noches»? ¿Habrá algún mortal que haya tenido que acostarse en este Mer de Glace? Lo dudo. Creo que seré el único que se haya visto obligado a tal recurso. Con el regocijado alborear matutino me alegro de haber tenido de compañeros durante la noche los temidos *seracs*.

¡Cómo cambia todo con la luz; qué fácilmente se resuelven incógnitas, que anoche parecía imposible solucionarlas!

Un cielo purpúreo envía apagados reflejos de su destinte a estas extensiones pulidas.

Parece que no he escarmentado de lo de ayer: en cuanto he dejado mi recinto nocturno he subido a una altitud, y de aquí, en vez de retroceder y tomar el buen camino (de tierra y hierba) para salir de estas dificultades, no he dejado el glaciar, siguiendo la marcha hacia adelante. Excuso decir que por tal causa he pasado por «murallas» comprometedoras, teniendo que andar el doble: las grietas cada vez eran más amplias y profundas.

Montanvers-Les Sources de l'Arveyrón.—A las seis y media dejo para siempre el Mer de Glace. Me he internado en la parte montañosa de la izquierda. Encima de mí veo el hotel (¡con qué ansia le miraba anoche!) de Montanvers. Por un camino que del hotel baja a los hielos va un hombre con su buena carga de este sólido. Es la única figura que he visto esta mañana por aquí. Dejando el Montanvers a la izquierda, sigo por un pintoresco lugar cubierto de pinos y plantas silvestres. Después de los días pasados en lugares de verdadera «alta montaña» sin ver nada verde, es un grato cambio de ambiente el encontrarse con plantaciones y arbustos. Queda a mi derecha la extensa masa helada del Mer de Glace, que en seguida se unirá con el Glaciar des Bois.

Llego al manantial del Arveyron y doy vista al pintoresco valle de Les Praz. El manantial sortea una gran montaña rocosa, con malos pasos en diversos sitios (muy pendientes) y donde los arbustos cubren selváticamente buenos trozos. Esta montaña apenas si habrá sido pisada por el hombre; tiene cortes demasiado verticales; el bajar se salva a fuerza de rodeos, pero el subir tiene que ser muy pesado.

Tienen Les Sources de l'Arveyron una gran colección de plantas y flores silvestres: originales variedades de claveles, anémonas sulfúreas, violetas, crisantemos alpi-

nos. Otras especies que desconozco y no he podido enterarme de su nombre: plantas con mucha flor roja, y arbustos parecidos a la árgoma, de un tono rosado. Bellezas y maravillas cuantiosas para los aficionados a la flora. No creía, en verdad, que los Alpes tuviesen tanta variedad de flores silvestres.

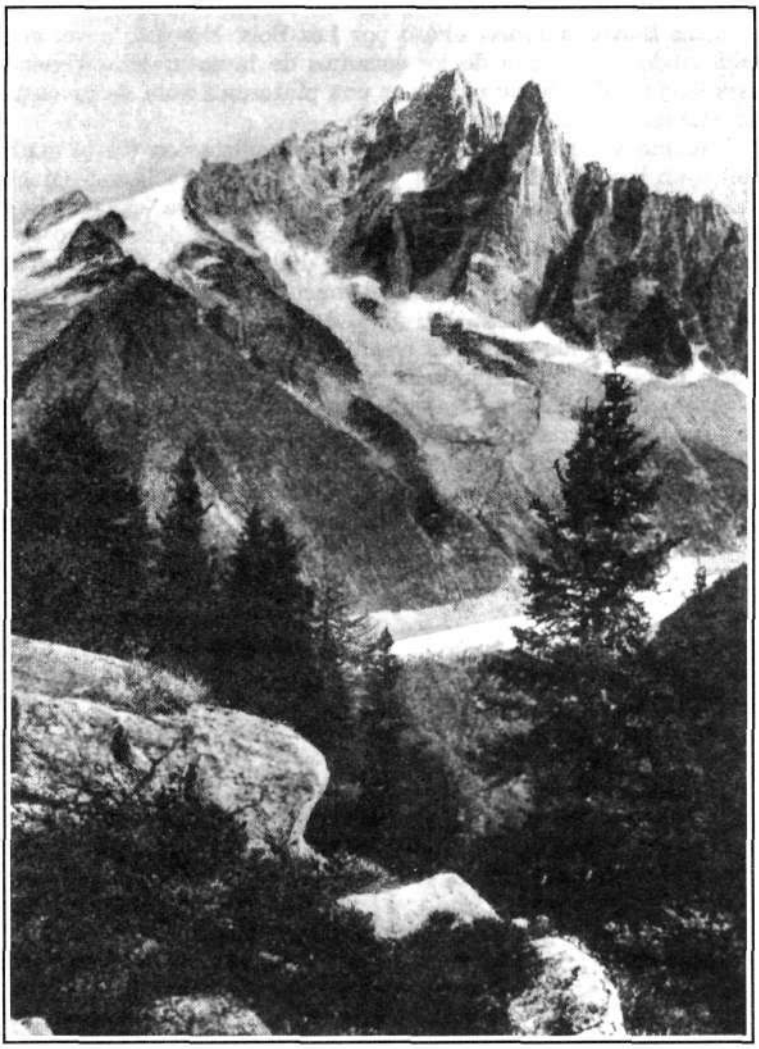
Alguno que otro pino enano crece también en este paraje, y una fragancia compuesta de la resina de éstos y de la silvestre flora perfuman el lugar. En este oloroso ambiente, saboreo la encantada mañana.

Noto el hambre con mucha agudeza, y muchos de mis pensamientos van dirigidos a los «sabrosos» platos de *Chez Barrère*.

¡Con qué apetito voy a comer! Deliro pensando en ésto.

Tengo una serena alegría, parecida a la que proporciona el deber cumplido.

Al lograr el codiciado deseo (visita del macizo de *Mont-Blanc*), vuelvo con más ideas, más rumbos: ciencia alpina y espiritual, más firmeza en la fe, pasión por las cumbres.



La aguja Verte y la Dru. (Boissonnas Fot.)

Estoy bajando esta Source de l'Arveyron con gran tranquilidad y satisfacción, disfrutando de todo, saboreándolo todo.

No son para descritos los goces que esta encantadora mañana me da.

¡¡Montañas de los Alpes!! ¿Podré olvidaros alguna vez?

Mi marcha en estos momentos llega al colmo del paso lento; es que estoy pasando junto al Arveyron (que ya casi es un mozo) y bordeo un frondoso pinar, que a esta hora del mediodía tiene algo de clásica estampa.

Les Bois-Chamoñix.—Paso por Les Bois. Empiezo a ver gente: muchachos semidesnudos que gozan de los encantos de la naturaleza, viviendo el *camping*. Sus estiradas tiendas de campaña son una pintoresca nota de juventud y de vida nueva en este esmeraldino valle.

A uno y otro lado del camino *chalets* suizos con fuerte maderamen, ¡tan bonitos!, ¡tan limpios! Entro en el barrio de Les Praz a la una. Mucho sol. Por un pintoresco bosque, que tiene un camino junto al Arve (canalizado en este trozo), voy aproximándome a Chamonix. En varias esquinas del sendero he saludado a grupos familiares que alegremente gozan del día y de los ricos guisos que comen; el sitio y el sol les acompañan, les envían buen humor y apetito. La gazuza que yo llevo se despierta por momentos, y más viendo a estas gentes.

Entro en Chamonix a la una y veinte. Primero, sorpresas: *¡¡quel brûle!!*... Después, buena ducha. Seguido, un terrible atracón de patatas... A continuación, mi asombro ante el espejo: semblante distinto, labios hinchados del sol y el frío; negrura total. Más tarde, descanso: regiones del olvido, y al despertarme, con los mismos pensamientos que el personaje de Calderón: ¿Será todo un sueño? (Desde la cama se oye el invariable nerviosismo del Arve). ¿Hace cuatro días que dejé esta cama? ¿Sueño? ¿Ilusión? (La realidad ha huído). ¿Qué otra cosa es la vida?...





ALPES SUIZOS

El Cervino (Matterhorn)

Viajar en compañía no es viajar, pues quita al viaje su más íntimo encanto: la soledad. ¡No conocer a nadie! ¡No ser conocido!

UNAMUNO.

Chamonix-Martigny-Viege Visp.

¡¡Adiós, Chamonix!!

18 de Julio de 1929.—¡¡Adiós, villa de Chamonix!! ¡Adiós, también, erguidas montañas: Mont-Blanc, Aiguilles de Midi, de Blaitiere, de Charmoz, Verte, Dru, Brevent, Floriaz, Aiguillete! Extensos y severos glaciares: Bossons, Geant ou Tacul, Talefre, Mer de Glace. Plácidos y pintorescos valles, a todos ¡¡adiós!!

Tu bella alegría no la sentiré ya más. Será difícil que pueda volver a tus amplios y majestuosos dominios. Marcho para Suiza en busca de nuevas emociones, que creo no serán tan intensas como las que tú me has proporcionado. Y de allí... ¡¡Adiós, Chamonix!!

¡Colores y más colores!—Un billete de tercera. Itinerario: Chamonix-Martigny-Viege Visp. Y confundido (no confundido, porque mi rostro, quemado y al parecer tatuado, llama la atención, aquí donde no extraña nada—en verdad, debo de parecer algún piel roja—) con toda la baraúnda, paseo para uno y otro lado en este andén, repleto de colorines. ¡Todos marchan!, digo, ¡todos marchamos!

¡Colores y más colores en jerseys, camisas, gorros, pañuelos, chaquetas, mochilas! ¡Vestimenta alpina para todos los gustos!

Psico-análisis.—Tres y media de la tarde. Partimos hacia la nación más montañosa de Europa. Coches de mucho lujo. Exactitud en el horario. Los colorines del andén se han colocado en sus puestos. Orden, urbanidad, miradas indiferentes, al parecer; pero todos rondamos la psico-análisis. Nos gustaría saber quién es el que

está frente a nosotros, y después, el de allá y el más distante; aquella dama, aquel galán; este anciano, esa muchacha. Todos divagamos, nos observamos, e instintivamente nos analizamos.

¡Rondamos la psico-análisis!

Paisaje.—Cuando creemos haber acertado analizando a nuestros compañeros de viaje, nuestros ojos piden paisaje, alegría, movimiento, entonaciones.

Y miramos por los amplios ventanales entregando nuestro espíritu a las bellezas que pasan. Casi todas ellas quedarán grabadas en la imaginación. Con este interés nos acomodamos «muellemente» para apreciar mejor el desfile de tanta hermosura.

¡Paisajes y más paisajes, piden nuestros ojos!

Abetos y pinos.—Los grandes ejércitos de abetos y pinos están desfilando. Son: 1, 5, 10, 100, 1.000, 100.000. Millares y millares de ellos salpican la campiña. Se les ve subir y bajar las montañas, esconderse, agazaparse, erguirse, maniobrar. En una palabra: envolverlo todo. Abetos y más abetos, pinos y más pinos, aquí y allá; en este lado y en el otro; lejos y cerca.

¡Abetos y más abetos, pinos y más pinos!

Argentiere.—Argentiere: diez casas, una iglesia y el cementerio. Todo ello circundado de praderas y vigilado por los esbeltos coníferos.

De todo el pueblo (de miniatura) lo que más resalta es la dorada cúpula de la diminuta torre del templo.

Perdido en este paisaje de breñales, vegetación, nieves y hielos, Argentiere, nos hace pensar: ¿Cómo vive aquí la gente? ¿Qué anhelos, qué satisfacciones, qué ilusiones tendrá? ¿En qué forma han pasado su existencia los moradores de antaño, antes de que esta escandalosa marea de turistas invadiera sus escondidos y agrestes dominios?

¡Qué bonito es Argentiere!

¡Humildad!—En Montroc-Le Planet termina el macizo del Mont-Blanc y las montañas ahora nos parecen de juguete; además cree uno verlas despreciadas y olvidadas, como si las gallardas altitudes les considerasen al nivel de seres inferiores. Hasta el hielo teme entrar en su amistad y huye de ellas. La hierba es su mejor amante, y así vemos formar amplias ondulaciones, cual despejados remansos de esmeralda.

¡Humildad! ¡Apocamiento! en las montañas de Le Planet.

Verde.—No reparan las praderas dónde han de posarse, y las vemos descender audaces de los breñales, o descansar plácidas, sosegadas, junto a los grises pueblecitos. Las libres extensiones que los pinos dejan entrever son ocupadas por ellas. Extienden donde menos se piensa sus aterciopeladas alfombras.

Así que casi todo el panorama es verde: verde iris, verde cobalto, verde ceniza, verde Veronés, verde esmeralda, verde Prusia.

¡Verde, verde, verde!

Tradición.—Se empieza a ver la vestimenta suiza. Las mejores defensoras de lo tradicional (las ancianas) llevan un original sombrerito de paja claro adornado con un ancho lazo negro.

Para mejor saborear este pintoresquismo hay que procurar ver a estas ancianas, contrastando con algún pueblecito pizarroso de éstos; entonces es cuando su vestimenta tiene más gracia, cuando parece que los años no han pasado por aquí. Aunque el turismo ha desvirtuado mucho estas costumbres.

¡Tradición, pureza de las razas!

Felicidad.—En estos célicos ambientes que estamos atravesando, la satisfacción que acaso más llena el espíritu, después de la contemplación del paisaje, es la admiración producida por la paz y la euforia campesina, reflejadas en el rostro mofletudo y sonrosado de los labriegos, que junto a sus casas miran sonrientes el paso del tren.

Parecen figuras de Teniers (David), traídas de alguno de sus óleos.

Se ve en ellos que han dado con el secreto de la vida y nuestro «Clavileño» se sentiría feliz en su compañía.

¡Feliz, muy feliz en estos campos!

Hórreos.—El paisaje sigue teniendo la misma gracia; no pierde su interés: bosques, praderas, grises edificios, alguna que otra iglesia y hórreos, hórreos en todos los sitios.

No hay lugar en que no aparezcan. Tienen una construcción especial, a base de unión de fuertes troncos de madera. ¿Habrá pradera que esté sin alguno? Uno como mínimo tendrá; sin su compañía no se hallaría a gusto.

Característicos hórreos «suizos» en todas partes.

¡Hórreos y más hórreos!

¡Suiza!—En Vallorcine cambiamos de coche. Hemos dejado los elegantes tranvías, para pasar a otros más modestos.

Llegamos a Chatelard, frontera suiza, a las cinco de la tarde.

Para el visado de pasaportes se presenta un hombrón, luciendo un rojo uniforme de sainete. Galones, cintajos, botones, en más cantidad que un «brigante» del pasado siglo. Ojeo rápido, y adelante. ¡¡Suiza!! ¡Qué de fantasías; cuántas cosas pintorescas evoca mi mente al pensar en esta palabra!: ¡¡Suiza!!

Helvetia.—¿Quién no siente, en verdad, infinitos recuerdos al divagar sobre la palabra: Suiza (Helvetia)? Aquellos cromos chillones de las cajas de dulces: «anguilas», por Navidad. Los grabados escolares de los textos de geografía, del francés o de la historia. Las láminas para dibujar, de las que había que ir copiando una Suiza legendaria, de castillos, palacios, lagos y pueblecitos; y en éstos el molino, el riachuelo con el árbol florido, la pared de las fortificaciones, cuajada con la serpenteante yedra. Y... ¿cómo olvidarnos de las filatélicas colecciones en las que los «Helvetias» de diversos colores ocupaban un sitio preferente?

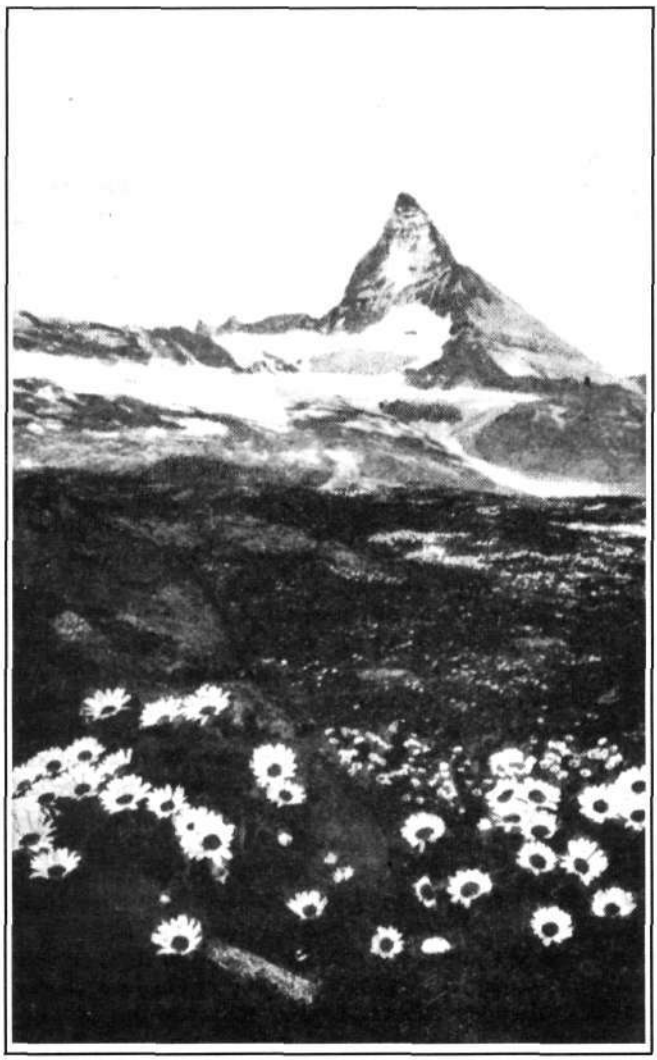
¡Helvetia!

Detalles.—Las jóvenes aldeanas suizas visten trajes negros de terciopelo, con faldas de mucho vuelo, y sombreros también negros en punta, y con altibajos, como si estuvieran plisados.

Los niños tienen una mirada simpática, viva y sonriente. (Se me dirá: Todos los niños tienen igual mirada. ¡No! la de éstos encarna un algo especial.) La gente, en general, es fuerte y de amplia proporción, colorada, predominando los de pelo color castaño. Su mirada, sus ademanes, su sencillez en el vestir y en la expresión denotan tener un corazón noble y un alma bucólica y pura.

El valle de Rhone.—La cremallera de este ferrocarril ha empezado a funcionar y su dosis de esfuerzo va en aumento. Es que descendemos de lo alto de una montaña. Parece imposible que pendientes como ésta puedan salvarse tan fácilmente. Bajamos sin notarlo. El espectáculo que se admira de estas altísimas vertientes es vasto y armonioso: el amplio valle de Rhone, con sus montañas de mediana altitud, cerradas completamente por unidos ejércitos de coníferos. En el cielo unas nubes

apelotonadas, color limón, dan una gracia imponderable a este valle azul y agrisado, de grises extraídos del esmeralda. Un río divide en dos la planicie «punto de vista», y con más brillo que un espejo resalta de las armónicas medias tintas. Es este un valle para soñar y hacer palpitar el corazón de los indígenas, cuando de extrañas tierras vuelvan a sus lares.



Desde las pintorescas campiñas de Zermatt se admira la bella silueta del Cervino (Matterhorn). Autor (?)

Seguimos a bastante altura, y los viajeros nos hallamos en el apoteosis del espectáculo. Las ventanas son muy amplias y no queda ninguno sin contemplar estas divinidades, y sin que nos demos cuenta al mismo tiempo de los portentos de la moderna ingeniería.

Vernayaz, gran centro eléctrico de «Helvetia», se halla al comienzo del valle por el lado que descendemos, y en él todo son cables tendidos y ramificaciones eléctricas.

Nos vamos aproximando a la llanura. Es tan fantástica esta bajada que, a veces, da la impresión de que se va en algún dirigible; la cremallera bordea verdaderos precipicios y son muchos los sitios en que se cree ir suspendido.

Rhone se muestra apacible, y si no sería por Vernayaz, se prepararía debidamente para descansar; pero el *mare magnum* de hilos y ruidos de sus centrales eléctricas no le dejan en paz.

Martigny.—Hemos tenido que bajar en Martigny, que es donde termina este pintoresco ferrocarril cremallera, y aquí hay que esperar un buen rato al rápido que nos transporte a Viege-Visp.

La mayoría de los viajeros, que han venido de Chamonix, llevan mi itinerario y no nos hemos decidido a salir del andén; unos y otros meriendan, charlan, ríen, se entretienen, y algunos hacen el ridículo, como lo están haciendo unas «pollitas» mayores de edad (de cuarenta a cincuenta y cinco años) que, en su raro atavío alpino, lucen extravagancias propias para niñas de ocho a diez años.

Ruta Viège-Visp.—El tren parte para Viege-Visp a las 7,28. Este ferrocarril posee cuantos detalles pueda reclamar el más exigente en materia de viaje. Sin notar ninguna molestia, ningún pesado traquetreo, con una suavidad y una comodidad elevada al *summum* en un tercera, vamos deslizándonos por la campiña y acercándonos cada vez más al arrogante corazón helvético.

Voy solo en el coche; nadie me distrae de contemplar el paisaje que se ofrece a mi vista.

La velocidad que en este momento lleva el eléctrico pasará de los 80 kilómetros por hora, y el panorama, que en el valle no tiene nada de extraordinario, desfila veloz con su muestrario: praderas, álamos, olmos y sembrados; a ambos lados montañas similares a las dejadas atrás.

Riddes (ocho menos cuarto). Sion: se ve un caserío muy unido al pie de una montaña rocosa. Un esbelto castillo que se eleva en una de sus alturas, envía recuerdos de la Edad Media.

Todo lo que estamos atravesando, apenas si tiene gran diferencia con nuestro País; los cultivos son similares, y el cielo, con su encapotamiento, invita a pensar en las verdes llanuras que nuestro «chirene» Adolfo Guiard tan bien recogía en su punto y las inundaba de aquella su expresión optimista, como buen «chacolinero» que era. El tantas veces visto, el inconfundible panorama suizo se halla muy distante de estos lugares.

La noche va tendiendo su velo. Y tan pronto la oscuridad ha cerrado los horizontes, me he apoltronado en mi mullido asiento y espero a que el interventor (tan atento, como todos los de estas líneas) me advierta que he llegado al término del viaje.

Por la marcha que llevamos y lo avanzado de la hora, no creo que tardaré mucho en dejar esta línea.

Viege Visp

Sus calles. El hotel de la Poste.—Entramos en Viège-Visp a las nueve y veinte. Siguiendo mi costumbre, salgo de la estación y me interno en el pueblo, después de pasar una amplia carretera salpicada de viviendas y alguno que otro hotel.

En su plaza principal he pedido hospedaje en tres pensiones, y en ellas me dicen que no tienen habitación. Empiezo a ponerme «mosca», pues creo que la cara, tan llamativa que llevo, es la causante de que estos sencillos y pacíficos posaderos desconfíen de mi persona.

El rostro, negro en algunos sitios y blanco o mejor natural donde la epidermis se ha desprendido, me debe de dar el aspecto de un tiñoso, y las ingenuas gentes de este pueblo no aprecian que mi aparente estado es una causa natural, sin consecuencias de ningún género.

Una melancólica cadencia de acordeón envuelve estas empedradas y empinadas calles de poesía verlainesca. ¿Aguafuertes? Cree uno verlas en todos los sitios;

los rincones parecen trabajados a buril: trazos enérgicos y largos. Y la languidez enferma del acordeón llena de misterio y de recuerdos estas estrechas callejas. Al ir por ellas, sin haber cenado y sin saber todavía dónde descansaré esta noche, queda invadido mi espíritu de nostálgico recuerdo de mi tierra. ¡Buena preparación para que mañana empiece mi caminata en Zermatt!

Grupos de pueblerinos toman el fresco en las esquinas y me miran con ojos ávidos de curiosidad.

Por indicación de una señora (una de estas fisgonas de pueblo) que ha calculado no he debido de buscar alojamiento al verme dar algunas vueltas por la plaza, voy al hotel de la Poste.

También aquí creí me pondrían algún reparo, pero la dueña (un macizo rollo de carne) me dice que tendré habitación y que esté tranquilo; hace las preguntas de rigor: quién soy, de dónde vengo, etc.

Ceno muy bien. En todas las esquinas de este hotel se ve reproducido al gallardo y airoso Cervino: los cuadros, el menú, las guías ferroviarias.

Deben de explotar bien al pobre Matterhorn; y el rendimiento que éste da a las gentes de todos los pueblos próximos a él debe de ser muy grande.

Me han subido a una de las habitaciones más altas de la casa, y desde sus amplios ventanales se distingue al dormido Viège, que reposa envuelto en el monótono canturreo de sus abiertas fuentes y del mimoso acordeón, que todavía no ha cesado sus lamentos.

Las dos camas de mi departamento, lo mismo que los otros detalles: cortinas, toallas, lavabo y demás, tienen una limpieza comparable a la nieve pura de los altos.

Han prometido ser fieles a la palabra dada: me despertarán a las seis; así que puedo descansar sin preocupación de ningún género. Con rapidez casi vertiginosa me agarra el sueño.

Viege-Visp-Zermatt

19 de Julio.

Hacia Zermatt.—Me han llamado un poco tarde, y la rapidez que empleo para vestirme es similar a la del simpático *Charlie Chaplín* levantando sus bragas. No quisiera perder esta primera combinación de las seis y media. En el coche del hotel nos llevan a la estación; de la Poste vamos seis viajeros.

El andén es un hormiguero de alpinistas. Es increíble el movimiento que en este País tiene el turismo y el alpinismo. En todos los sitios se ven mochilas y piolets. No se andarán muchos pasos sin encontrar alguna persona ataviada con su original vestimenta sportiva.

Este ferrocarril de montaña va repleto. La mayoría de los turistas son alemanes. ¡Qué engañados vivimos los que creemos que los rubios germanos «andan de cabeza»!

Lo que he apreciado en la mayoría de los que por todas partes he hallado es que saben vivir, y viven mejor que nosotros. Si el uno está gordo y colorado, el otro está más fuerte que un toro, y así uno y otro... y todos.

Comienza la sesión de admiración de la naturaleza y vemos, en la primera parte de la «cinematográfica» visión, al río Visp arrastrar sus agrisadas aguas tur-

bias, de color pizarra, buscando amigos y parientes que le lleven a ambientes más llanos y despejados.

Pueblos.—La montaña, en este principio de trayecto, tiene su pie junto a la vía y la vemos remontarse alta, muy alta, con arrogancia y esbeltez.

En ella, cual palomares diseminados, aparecen pueblecillos blancos, ingenuos, «de nacimiento»: diez casas y la iglesia, veinte casas y la iglesia, treinta casas y la iglesia; y de ese número no pasan, y aun este último número es exagerado. El tener más de treinta casas es una profanación para un pueblo de la montaña.

¡Qué bien deben de vivir en esas alturas!

Barrancos.—Barrancos, cañadas, angosturas; nadie por ningún sitio. La campiña libre, salvaje, eterna, goza en sí misma; no necesita de nada ni de nadie. Lo tiene todo: el sol, el aire, el agua. ¿Qué más puede pedir?...

El tren fa-fa-fa-fa-fa: le cuesta subir; los viajeros gozamos de eso y nos ponemos a tono con los barrancos, cañadas, angosturas.

Kalpetrán.—Kalpetrán, 900 metros de altitud s. n. m. A la derecha y encima, semejando caerse, la aldea de Emd (1.356 metros). Los pastizales son tan inclinados que miramos pensando en la velocidad que hasta aquí traería quien rodase desde allá arriba. Y ahora es cuando se comprende bien el sentido de la perspectiva de Cezanne en sus originales bodegones: un aldeano segando la hierba en estas praderas, sería comparable pictóricamente a un jarrón sobre una mesa verde del gran maestro de las modernas tendencias.

Kalpetrán, 900 metros.—Emd, 1.356.

Furia.—Al dejar Kalpetrán y entrar en el desfiladero de Kipfen y Selli, se nos presenta furioso, rabioso, el Viège. Jamás he visto tanta furia, tanto arranque, en un torrente. Las aguas, completamente agrisadas, saltan y brincan tomando casi masa corpórea; se podría pensar en algún sólido, más bien que en líquido. Aguas pizarrosas que crujen, que pelean, que triscan; y no cesan, no se cansan, luchan y luchan.

Y los del coche, absortos, atontados, mirando estos pugilatos del agua, que allí, en la altura, fué blanca y virginal.

¡Buen *ring* el de Kipfen y Selli para las peleas del Viège!

St. Niklaus.—En St. Niklaus hay cruce de trenes y regresan de Zermatt y sus alrededores gran número de excursionistas.

St. Niklaus tiene una iglesia con una grandísima esfera en su torre. A un lado se ve el caserío y en él resalta el hotel Lochmatter.

St. Niklaus es ideal, y su estación es tan típica, tan refinada, que no descuida detalle; el St. Niklaus del rótulo luce una elegante letra gótica.

Empieza ya la segunda parte del film. St. Niklaus es la puerta final para el paso a las grandes montañas; hasta aquí las alturas oscilan aproximadamente entre los dos mil o tres mil metros; en este lugar comienzan a pasar de los cuatro mil.

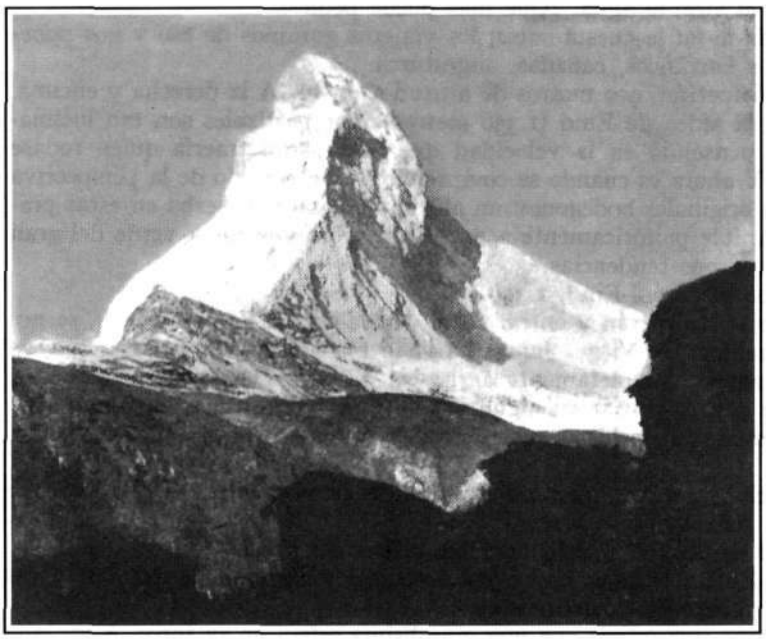
Suiza estilizada.—*El paisaje sigue siendo cada vez más agradable, más pintoresco; montañas, praderas, hórreos, pueblecitos, torrentes, desfiladeros, pinos, álamos, nieve en las cumbres, ganado en los campos, alguna que otra pincelada de color chillón: personas. En algo se tenía que diferenciar el corazón de Suiza del resto de lo admirado. Todo esto tiene más unión, más ligazón en los detalles; acopla y reúne el gran encanto del País de las montañas.*

Al correr la pluma.—Espinosa es incapaz de poder hacer sentir con sus escritos estas bellezas: lo comprende. Y se limita sencillamente a anotar sus impresiones.

Como las siente en el momento de contemplarlas, quedan escritas en su *block*. Así éstas son nerviosas, inadaptadas y, en ocasiones, rebeldes; pero, aunque pobres y simples, siempre suyas.

Zermatt

Al salir de la estación. El guía Alexandre.—Pasado Randa (1.409 m. s. n. m.) se nos presenta la colosal pirámide del Cervino (Matterhorn) y pronto entramos en Zermatt, la villa alpina de más interés de Helvetia (a las ocho y media de la mañana).



El airoso Cervino luciendo su gallardo aspecto todo nevado. (Giger Fot.)

Los viajeros en animado conjunto, desfilamos por su calle principal y casi única pues todo el pueblo se extiende a ambos lados de ésta. En ella es donde están las novedades, los bazares, los principales hoteles, los guías (en gran número) a la caza del viajero, etc. Uno de ellos (que en estos momentos no sé quién es, apenas le he visto la cara) me va siguiendo los pasos; yo me doy cuenta de ello y me hago el desentendido. Caminamos buen trecho, y junto a la iglesia se pone delante y me saluda en francés. Le indico, con toda corrección, que no preciso de momento ayuda de ninguno de ellos; pero a pesar de todo, se obstina en darme detalles y me enseña un cuadernito (el *block* de sus buenos servicios) y, ¡oh rara casualidad!, en él veo los nombres del vizconde de Alesón, de Agustín Sandoval, de Alfonso Sagastal, de Luis Lizull, que el 10 de Agosto de 1928 escalaron el Cervino en su compañía y la de otros guías. Según pone en el escrito, son los primeros españoles que han tenido la satisfacción de pisar la piramidal Mole. El buen guía me entrega su tarjeta: Perren Alexandre (Fils d'Alois)=Guide—Zermatt *(On parle française)*, y me lleva, muy simpático y atento, a la Pensión Julen (la más económica de esta villa, pero que no tiene nada que envidiar en limpieza, buen

servicio, esmerado trato y sencillez, a ninguno de los fastuosos y superficiales hoteles).

Me lavo y voy a desayunar. En el comedor, caras de personas mayores. Le doy a la mermelada y a la mantequilla con buen apetito; es la primera vez que desayuno a base de dulces, y hago el debut dejando medio vacío todo lo que me han presentado.

La calle principal.—Libre, sin la preocupación de la mochila, me expansiono por esta *rue* animada, abigarrada de color: tarjetas postales (en todas las tiendas), calzado, jerseys, útiles de montaña y «figuras» paseando con vestimenta similar a las de Chamonix, pero menos rara. Zermatt es más aldea que la villa francesa, tiene otro carácter (suizo neto) y carece de los refinamientos de ésta en los casinos, *brasseries*, restaurants; del lujo que los parisinos han sabido envolver a su nación.

El museo.—Aunque poco animado, voy a ver su museo. Me encontré con lo que esperaba: desfile de fotografías y objetos de la mayoría de las víctimas del Matterhorn. En un sitio, el roto pantalón del estudiante alemán; en otro, las gafas del naturalista tal, su cantimplora, su reloj. Allí una foto del despeñado X, junto a él la chaqueta de otra víctima; y en todas partes fotografías y más fotografías, y drama y tristes recuerdos. Quien pretenda escalar el Cervino, no debe visitar este museo; la impresión que de él saque repercutirá en su ánimo en los momentos difíciles. Son demasiadas muertes, y hacen lo suyo en el espíritu. Para trepar la roca es necesario ir libre de prejuicios y con la conciencia limpia.

Salgo del museo y visito la iglesia: alegre, muy bien decorada y amplia. Todo «huele» a nuevo. De aquí marcho a comer.

El Cervino (Matterhorn)

Camino de la gran pirámide. Hermaettje.—Mejor preparado que para mis anteriores marchas (en la pensión se han esmerado hasta el límite), salgo sin compañía para el Cervino (Matterhorn). Son las dos y cuarto de la tarde cuando dejo Zermatt. Por un camino muy bueno, a la orilla izquierda del Viege, sigo la senda del triangular Monumento, el de más esbeltez y arrogancia del mundo (4505 metros). Entro en seguida en la garganta de Gorner, y pasando un hermoso bosque de abetos penetro en la aldea de Zum-See (1.750 metros). Tres menos veinte. Llevo la marcha por un camino ideal, rodeado de abetos; a distancias de unos 400 metros tiene el excursionista casitas en las que flamean pequeñas banderas suizas e inglesas, y en ellas puede alimentar y refrescar su cuerpo: venden leche, sanwichs, vino, refrescos; ancianas campesinas se encargan del despacho. El principio no puede ser mejor. Al caminar para la Gran montaña, no llevo impaciencia ni temor de nada. Están tan bien preparados estos caminos, hay tantas seguridades por todas partes que, aunque uno no quiera, la despreocupación y la tranquilidad tienen que acompañarle forzosamente.

A buena distancia viene un joven con su guía; a los dos parece que les amordaza la cuesta (más tarde nos hemos de encontrar varias veces), deben de llevar mucho peso en las mochilas.

Paso por los chalets de Hermaettje y doy vista al glaciar de Bodengletscher a las tres y media. Dejo los pinos a las tres cuarenta y cinco y camino a continua-

ción por una verde y despejada montaña, siempre por el buen camino de herradura.

El no tener frente a esta altura por sus cumbres ninguna mole que le quite luz, y recortarse ella sola en el nuboso cielo, le hace semejarse a nuestras simpáticas alturas vascas. A los dos lados quedan los glaciares; todavía no le veo al Matterhorn, le tapa esta montaña. Empieza a llover (gotas gruesas de tormenta). Pára en seguida.

El Lac-Noir. Los americanos.—Llego al hotel del Lac-Noir (Schwarzesee, 2.589 metros) a las cuatro y veinte. Un refresco y de nuevo andando. Hace frío. La contemplación del Cervino, desde estos alrededores del hotel, debe de ser maravillosa. Se encuentra en estos momentos cubierto de nubes y no se le aprecia sino algo de su base. Desciendo por un pequeño declive y recreo la vista contemplando el Lac-Noir. Junto a él la ermita de Nuestra Señora de las Nieves. El brillo de sus plateadas aguas tiene el encuadramiento ideal de lisas «campas» verdes y un fondo de verdadera «alta montaña», todo ello muy bonito.

¿Comment ça va, monsieur? Con este saludo le doy un fuerte apretón de manos al americano Franck Curties (el de los Grands Mulets), que vuelve con su guía de coronar felizmente la Gran Pirámide; le pido impresiones y me da satisfactorios detalles; me indica cómo sus compañeros vienen algo retrasados y les vemos bajar a distancia por un sendero en zig-zag. Muy contento, me dice que se alegra de dejar «estos endemoniados» rincones, donde no ha pasado sino fatigas, y que espera ansioso llegar a París, al París que él tanto quiere. (No tiene alma de alpinista, sus sentimientos están bien claros.) Mientras dura la conversación vienen D. Graham y B. B. Pond, y durante unos segundos charlamos los cuatro.

Termina la hierba y principia la roca suelta; son las cuatro cincuenta; subo por lugares faltos de toda vegetación; a mi izquierda empieza a verse el vasto glaciar de Furggletscher.

¡Oh Matterhorn!—El Matterhorn se ha despejado de los estorbos de nubes y se presenta arrogante, retador, fuerte, valiente, con una jerarquía de verdadero triunfador.

Semeja uno de esos dioses de la mitología, que se transformaban ya en animal, ya en persona, ya en cuerpo sólido.

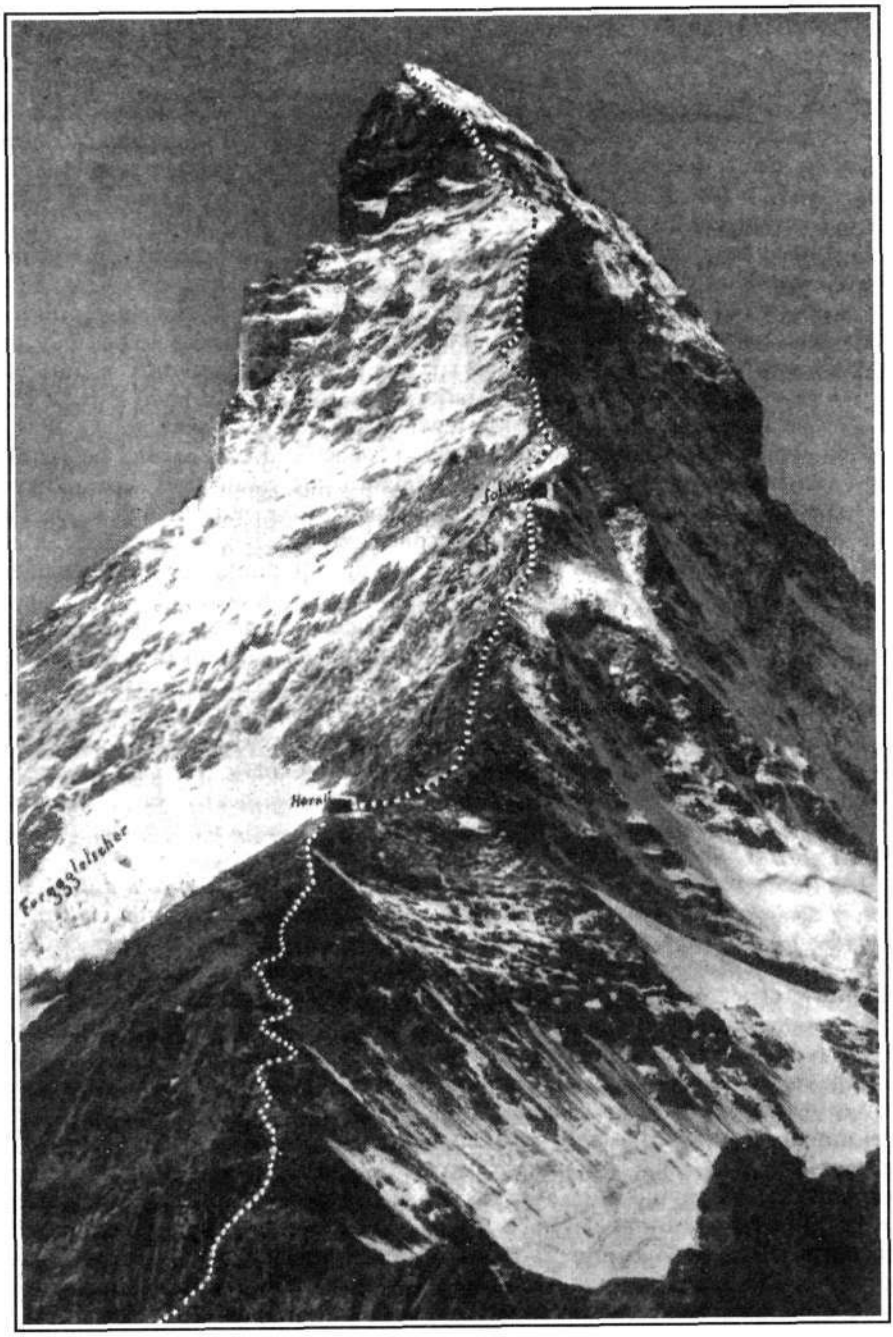
¿Qué oda puede recitarse para ensalzar al Matterhorn? ¿Al Matterhorn que atrae, que arrastra, que apasiona, que subyuga, al Matterhorn valiente y macho, a quien el hombre siempre respetará?

¿Qué elegía merece el Matterhorn, sepulcro de tantos apasionados, autor de tantas víctimas?

¿Qué poema puede cantarse al Matterhorn, ídolo de todo buen alpinista, de la Suiza entera, que se pone de rodillas para venerarle; de Italia, que le quiere más que a su Roma; de Alemania, a quien magnetiza con su fuerza; de Inglaterra, a quien sojuzga y apasiona; de Francia, que le desea, y ve que su Mont-Blanc carece de esta esbeltez; y de otras naciones, en las que siempre tiene entusiastas defensores que le admiran, y darían mucha de su fortuna por poder pisar su augusto cetro?

¡Matterhorn! ¡¡Matterhorn!!

La oda, la elegía, el poema tendría que ser escrito, por algún ser ultraterreno, por algún espíritu celestial. El mundo tiene pocas palabras y pobres para hacer vivir, para dar forma espiritual al gran canto que merece el Matterhorn.



El fantástico Cervino (Matterhorn). Arista del NE. (Hörnli-Zermatt). (Fot. Giger).

En el Hornli

El refugio Hörnli del S. A. C. Los alemanes.—Arribo al refugio Hörnli del S. A. C. a las seis menos cuarto. Un señor, a quien yo he tomado por el encargado del refugio, me ha dicho que podré disponer de cama. (Es un guía austriaco, que viene acompañando a un alemán.) Como llevo bastante comida en la mochila, doy comienzo a su aligeramiento.

La planta baja del edificio tiene una amplia cocina y un cuarto con tres mesas y bancos, que hace de comedor, de lugar de reunión y de centro de charla. Su piso se halla destinado a dormitorio, y vemos que los mullidos colchones guardan una simetría indicadora de buen orden y limpieza; a un lado de los lechos hay doble estantería, sustentando un calzado especial, que he visto la primera vez aquí, (similar a las almadreñas, muy amplio e interiormente forrado con lana) y cuyo objeto es el de que los excursionistas puedan tener los pies secos y abrigados.

Cojo el par que me corresponde, y bajo al comedor, donde paso el tiempo fijándome en la juerga que se traen los ocho alemanes que están aquí esperando como yo a mañana, para cumplir sus deseos que son los míos. Con el único que puedo hablar algo, es con el guía austriaco, que conoce el francés a la perfección; los germanos no deben de saber sino su lengua y se van enterando de mis pensamientos por medio del guía (muy buena persona), que hace de intérprete.

Al hacer yo ciertas declaraciones al austriaco, dos de ellos, y especialmente uno gordo, veo que se dirige a los demás y comenta mi caso; al instante estas corpulentas figuras (todos fornidos mozos) me miran casi con compasión, como diciendo: ¡si sabrá este infeliz lo que va a hacer! ¿Ir solo?, ¡está loco!; y veo que he estado acertado en el pronóstico, pues, casi momentáneo, el austriaco me dice con tono de asombro: —¿Y se atreve usted a ir solo? —Solo. —¡Lo pasará muy mal! A mí, acostumbrado a oír infinitas veces este mismo lamento, ya en asuntos de montaña, ya en otros ramos de la vida, no me hacen mella las recomendaciones a lo «buen padre», del infeliz guía.

Una fuerte tormenta. Granizo, rayos, furia.—El granizo nos va a dar su buena sesión, y comienza salpicando suavemente y aumentando la dosis con empuje malhumorado; va adquiriendo tanta fuerza, su furia es tal, que las descargas blanquean todo en un instante, y montañas en las que se veía aparecer la pelada roca desnuda, quedan al pronto vestidas con traje claro. Rayos, truenos, dinamismo en el ambiente y vista cubo-planista desde aquí. A mí no me ha hecho la menor mella esto; tengo esperanzas de que mañana hará un buen día, pero veo que quienes se han compadecido de mí, no tienen el humor de antes de la tormenta. El tiempo les ha aplanado. Algo más arriba de este refugio hay un hotel: el Belveder; a él han marchado (al escampar algo) los que aquí se encontraban, y me he quedado solo, mirando simplezas de mi mochila, preparando las mantas para mi lecho y fijándome en el espectáculo tan maravilloso que con la tormenta han adquirido las faldas del gran coloso y el espacioso Furgggletscher. Es algo extraordinario el sorprender un violento temporal en estas alturas; parece que la tormenta nos va a arrastrar, nos va a llevar con ella, hasta allá abajo... El trueno detona con tal violencia que se piensa en una descarga junto a nosotros.

Termino de cenar a las seis y media, y una hora más tarde me he acostado.

Tres buenas mantas me envuelven bien; los pies libres, sin pantalón, ni cha-

queta, limpio, tranquilo, da gusto dormir así en un refugio de alta montaña. Soy el primero en acostarme; todavía no han aparecido los alemanes.

¡Hasta mañana si Dios quiere! ¡Buenas noches!

Del Hornli a la cúspide

20 de Julio.

Antes de la jornada.—Nos hemos levantado todos, casi a un tiempo, y veo que los alemanes se avían con rapidez para marchar.

La mayor parte de los colchones del refugio han estado ocupados; ayer no me di cuenta de que en el Belvedere (hotel) había algunos excursionistas más.

Para cuando bajo a la cocina, ya han ido un par de grupos (seis); tres en cada cuerda.

Siempre creí que en estas montañas no se conociese a los famosos «tragamontes», suponía que como más educados en el alpinismo, les sirviese a estas gentes la montaña para practicar en ellas las sanas y santas expansiones, y saborear tranquilamente lo que allá abajo, en las ciudades, es imposible; pero me doy cuenta que la plaga de los «rápidos» abunda en todos los sitios.

El ver esto me ha hecho tomar la ascensión con más calma, y voy al Belveder donde saboreo, con apetito, la mermelada y el café (3,75 francos).

¡Andando!—Soy el penúltimo en salir; cinco grupos han ido delante de mí. Con la mochila «en forma» sin piolet, (lo he dejado en el Hörnli), empiezo la jornada. Mi reloj marca las cinco (mañana).

Parece que se presenta un hermoso día; se ven algunas nubes, pero semejan ser benignas.

Primeramente se camina por un liso trozo helado; mas, a los cien metros, empieza a presentarse la roca de tal forma que necesariamente hay que dar principio al pesado gateo (trabajo de pies y manos) que no lo dejaré hasta alcanzar la cumbre.

Aprecio que el calzado que llevo no me va a resultar; voy a tener muchos resbalones en las blancas capas de granizo. De la gran tormenta de ayer tarde han quedado cubiertos todos los requicios y la goma resbala de continuo en los blancos espacios, y como el uso de los crampones en estos sitios es imposible, estoy salvando la situación como puedo.

El alemán gordo.—Esta parte del terreno tiene la roca muy escurridiza y continuamente se desprenden pequeñas piedras que ruedan hasta el glaciar.

Un cuarto de hora llevo trepando y ya he dejado atrás a un grupo (al del alemán gordo, que ayer en el Hörnli me miraba con cara de compasión y actuaba de bufón entre sus compañeros). Les doy un cariñoso adiós, y adelante.

No tiene nada de particular que a estos señores les haya dejado atrás: manejan la cuerda como si estuvieran pescando y con tanta precaución y preparación les vuela el tiempo; (terminarán por no alcanzar la cumbre).

Montañas de roca pura y montañas mixtas.—Poco tiempo pueden quedar las manos libres; hay que utilizarlas continuamente para ganar altura. A veces parece que se están subiendo peldaños de alguna pétrea escalera. El frío que hace es un buen compañero para este ejercicio.

Las montañas de pura roca, como es ésta, no tienen tanto atractivo como las

mixtas; trepando por las primeras no se saborean los encantos de la variedad. En las mixtas se alterna el caminar tranquilo, con los pequeños inconvenientes de alguno que otro paso difícil. Aquí, sin embargo, ya sabemos lo que tenemos delante y hay que trabajarlo monótonamente con pesadez continuada durante siete u ocho horas para subir (para bajar harán falta unas seis horas hasta el Hörnli), y siempre con la misma operación, con el mismo ejercicio: gatear y gatear.



Mont Collón y Cervino al fondo. (Fot. Mittelholzer).

Hasta no alcanzar la cumbre, se va con un amargor especial de duda; no se entrega el espíritu libremente a la belleza de las amplias perspectivas. A medida que se va ganando altura, se da más satisfacción al deseo interior, o sea que en estas montañas rocosas la máxima emoción consiste en alcanzar su cumbre; mientras tanto, el ir salvando los pequeños inconvenientes (hasta el presente momento) es labor sin grandes emociones.

La antigua cabaña.—Veo a corta distancia al austriaco (mi intérprete) y al alemán. Se están fijando en mí.

Andan con los mismos líos de encordada que los alemanes de atrás (no sé por qué me parece que la cuerda y, sobre todo, tan larga, no resulta para estos sitios). Pronto nos damos la consabida palmada en el hombro. —*¡Oh espagnol!*, me dicen; y al poco tiempo los tres descansamos en la antigua y abandonada cabaña: a las siete y veinte de la mañana.

El ajedrez.—Como empiezan de nuevo a darle a los jeroglíficos de la soga, les dejo y continúo mi marcha solitario.

Preséntanse los pasos cada vez más peliagudos, y en un trozo muy liso y pendiente me he introducido como en un cepo; ni por arriba, ni por abajo hallo la salida; hasta que a fuerza de paciencia y pruebas, salgo al fin... ¡salvé el encierro!

El trepar por la roca (partes difíciles) lo comparo yo a esos juegos, que de jue-

gos no tienen nada, como el ajedrez, la solución de jeroglíficos y otros donde la inteligencia trabaja activamente; hay que calcular los pasos tan exactamente que, de lo contrario, se aprisiona uno con la mayor facilidad; penetrar en los laberintos es muy fácil; lo problemático es buscar la salida sin peligro.

El refugio Solvay.—Llego al refugio Solvay (3.818 metros) a las nueve menos cuarto.

Su reducido interior está muy bien dispuesto, con un orden casi escrupuloso, a pesar de la altura en que se encuentra. Colchonetas, mantas, botiquín, una mesa y bancos; ese es el menaje de su recinto. En una pared, el retrato de Mr. Solvay (senador belga), donador del refugio; en el lado opuesto el dibujo de un guía, hecho por algún alpinista (y artista) muy bien trazado. Viendo este bonito dibujo, que se halla sujeto a la madera con un alfiler y comprendiendo lo fácil que sería el llevarlo (muy curioso y maravillosamente ejecutado), se da uno cuenta de la gran educación y honradez de las gentes que corrientemente desfilan por este lugar, de paso de su excursión. Este es uno de los altos ejemplos que nos dan estas montañas.

El encontrar todos los objetos en su debido sitio, en un refugio abierto, libre para todo el mundo, y a una altura de 3.800 metros en montaña tan frecuentada como ésta, no se comprende sino en sitios donde las gentes llevan ese don de raza que se llama buena educación.

Imposible sería en otros lugares tener tanto orden en un edificio de estos.

En la breve permanencia en su recinto, descansando un poco, aparecen el austriaco y el alemán.

Me explica el guía sus dificultades en algunos sitios y se ha dado cuenta, según me indica, de que puedo subir muy bien sin compañía (detalle que ayer le parecía absurdo).

El verdadero Cervino.—Con buen arranque continúo la pesada labor de gateo, a las nueve y diez. Cerca del Solvay se pasa por unas grandes rocas y hay que salvarlas con mucha prudencia y una vez pasado este promontorio es cuando empieza a notarse con intensidad lo que es El Cervino. Desde el Solvay empiezan los pasos a ser más difíciles, más pendientes, y los propensos al vértigo deben de empezar a tomar tila; aunque esta segunda parte tiene la ventaja de que los riscos son más firmes, menos escurridizos.

Mi calzado cada vez se adapta peor a esta roca semi-pulimentada con el granizo.

Observo que no llevo el ímpetu de otras veces; tengo resentido el pie derecho del fuerte golpe que me dí en la caída del Mer de Glace; pero mi buena voluntad es mucha y salvo bien todo lo que se me presenta; espero poder sentarme y admirar desde la testa del «Amo de las verticales».

Agarra aquí, sujeta allá, encarámate en el otro lado; pasa suave, delicadamente, sin que casi el suelo sienta la pisada; hunde con firmeza el pie en este hoyo cubierto de granizo, afírmate bien en esta roca para salvarla elevándote: así todo el tiempo; llevo cuatro horas y media con la misma operación y todavía queda buen trecho que salvar.

Los pensamientos mientras se sube.—Mientras se efectúan estas repetidas operaciones de gateo corriente, se piensa en infinitas cosas: en la marcha que podríamos llevar, deslizándonos por las vertientes glaciares de la derecha (los llamados del Cervino); en el sitio en que pudo haberse caído aquel estudiante alemán, cuyos destrozados pantalones vimos en una de las vitrinas del museo. Dónde se le parti-

ría la cuerda a los primeros escaladores; cómo caería el naturalista X, etc. Todo ello fiel reflejo de la impresión del museo de Zermatt. Por eso creí prudente advertir que ningún excursionista debería visitarlo antes de su escalada a este Coloso. No siempre se entrega la imaginación a estas tristes reflexiones y recuerdos; hay también buenos ratos de contemplación de los vastos panoramas, que, a medida que se gana altura, adquieren más atractiva belleza. Y tampoco es muy aburrida la tarea de trepar, aunque la frialdad de las manos, a pesar de llevar buenos guantes de piel (sin ellos sería casi imposible gatear: sacaríamos la epidermis destrozada), quita gran parte de su atractivo.

El panorama.—Mirando hacia Zermatt se ve un maravilloso ambiente montañoso: glaciares y rocas a nuestros pies, y cadenas de alturas sucediéndose hasta perderse en el horizonte; al fondo, escondida, sin que apenas se le distinga, la gran villa alpina, que queda oculta en el valle. Como esta montaña se yergue solitaria, con ramificación solamente por sus bajos glaciares, el dominio de ambiente es grandísimo. Por algo se le considera al Cervino como al hermano predilecto de las inmensas cadenas de los Alpes. ¡Oh Cervino! (o Matterhorn, como mejor gustemos llamarle).

De haber oído tanto este último nombre en Zermatt, cuyos habitantes lo pronuncian con devoción casi mística, me suena más dulcemente. En la parte suiza mejor se le conoce por Matterhorn que por Cervino.

La parte dificultosa

Empieza lo peor. — Encuentro el primer hierro sujetacuerdas, principio de los pasos más difíciles, a las diez. Tengo que ponerme los crampones para pasar esta lisa pendiente helada que a mi vista se presenta.

¡Cuánto noto en estos momentos la falta de mi querido piolet *reclame!* Como si estuviese dando «coces» al hielo, voy salvando esta peligrosa rampa, poco a poco; no puede confiar uno en nada; la mayor simpleza, un mal paso en este ventisquero cubierto de resbaladiza capa de granizo, sería fatal, sin posible salvación.

Las aristas de Zmutt. Furg-Cervino.—A mi derecha, y bastante hundida, se ve la arista de Zmutt, que desde su inclinada línea forma con el glaciar Cervino (Norte) un cuarto de circunferencia: amplísimo hoyo, donde algún infortunado habrá quedado provisionalmente hundido.

Una vez pasada esta nevada lista, se presentan rocas, formando casi una pared, y por donde forzosamente tengo que pasar mirando a las dos aristas (Furg-Cervino), que con exceso de precipitación se lanzan hasta los 1.200 metros.

El regreso de los alpinistas. Miedo. Bravura.—Cuando me encuentro en las lisas rocas, que se salvan con cuerdas y cadenas (la parte más «seria» de todo el recorrido), bien dispuestas, aunque algo gastadas, aparecen los excursionistas que regresan de la cumbre.

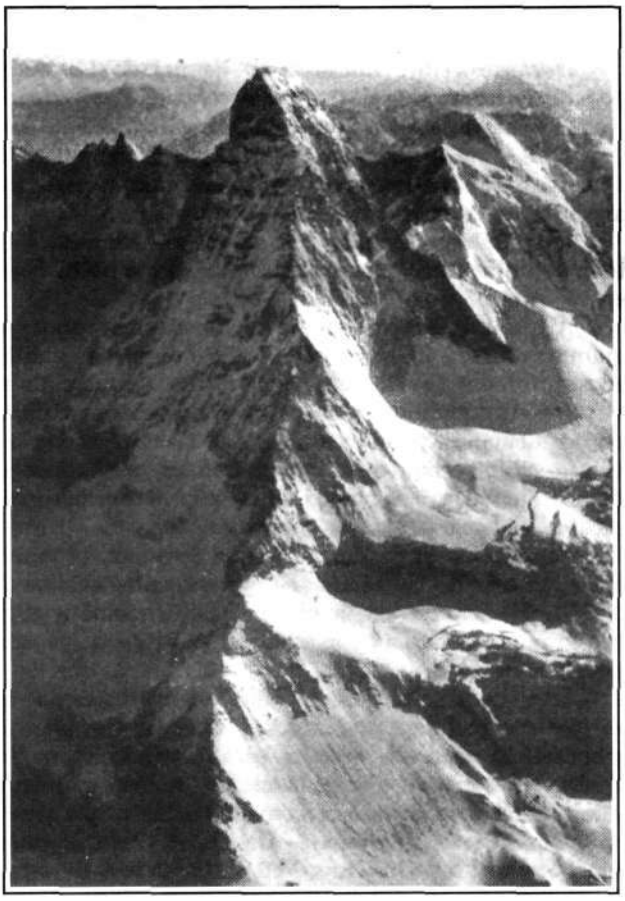
No se han debido detener nada en la altura, temiendo, por lo visto, a la tormenta que parece nos ha de envolver; no siendo este el motivo, no se comprende que puedan estar de vuelta tan pronto.

Estoy agarrado a una de las primeras cadenas; tienen que pasar los alpinistas por aquí y se les ve maniobrar a distancia de distintos modos; todo ello muy entretenido y curioso; unos salvan el peligro con extremada precaución, otros

con exceso de fogosidad, especialmente los guías, que parecen impetuosos animales (me refiero a la parte física; les creo a estas gentes suizas con más nobleza, idealismo y religión que nosotros), sujetan la cuerda, la arrastran, hacen mil maniobras, y gritan a los excursionistas como si fuesen seres irracionales. ¡Menudo brío llevan los individuos! Me parece demasiada precipitación para estas temibles verticales; aunque tampoco creo que es mal procedimiento esta fuerte fogosidad, porque con su calor no se repara en el peligro; no da tiempo para pensar en él, y el brío les empuja sin que lo noten.

Un pobre excursionista, hospedado también en el «Julen» (no le vi ayer en el refugio, debió de venir a última hora con los del Belvedere), está pasando las «moradas». Todos le miramos: ¡Qué miedo lleva el pobre! Sus dos guías le gritan, le estiran de la cuerda, le quieren animar, pero no consiguen sino marearle, y tienen que esperar a que decímetro a decímetro salve estas pendientes. Sufre y tiembla, no obstante ser un grandullón, al dar sus tímidos y cortísimos pasos.

Sin embargo, los demás alpinistas (la mayoría de los alemanes) con qué entusiasmo, con qué arranque, salvan estos sitios; les hierve la sangre y ese fuego es mantenido por los guías, que colman la medida de la fogosidad. Todos me han saludado muy cariñosos, preguntándome si necesito algo. Me dicen que me falta todavía una hora para alcanzar la altura; así que aún hay que andar bastante.



El Matterhorn (Cervino), lado Nordeste (Arista suiza del Hörnli).
(Mittelholzer Fot.)

¡Solo!—Ya más solo en el Cervino, imposible; ni siquiera tengo la grata compañía del sol. Una ligera niebla envuelve a toda esta montaña. El cielo está muy oscuro y amenaza tormenta.

No creo que los excursionistas que quedaron rezagados se animen a subir; por un lado el ver descender victoriosa a su gente, y por otra parte la cerrazón del cielo, que presagia descarga, serán motivos suficientes para que se queden abajo; de este

modo seré yo la única compañía del Matterhorn, durante algunas horas; así saborearé mejor sus intimidades.

Lo más difícil.—Lo que en estos momentos estoy salvando es lo más difícil de la jornada; rocas lisas y casi verticales hay que pasarlas subiendo a pulso por las cuerdas y cadenas. Algunos momentos se halla uno suspendido en el aire a 4.300 metros; a los pies quedan los hundidos glaciares. Un ligero desvanecimiento, un momento de nerviosismo vacilante, un pequeño fallo de los brazos y..... ¡menuda tortilla se prepara allá abajo!

Durante veinte minutos no he dejado las cuerdas y cadenas, subiendo sin poder descansar, en el tiempo necesario para salvar estos «compromisos».

He pasado lo peor, y aunque los lugares que he de seguir no son tan fáciles, (roca lisa y hielo) al menos son infinitamente más llevaderos que lo dejado atrás. Unos pasos más y ya creo palpar la cumbre; pero aún tengo que salvar la blanda masa de nieve en un trayecto de unos 400 m. para llegar a su más elevada cima.

La cúspide. Granizo. Dos cuervos.—Empieza a granizar. Envuelve la niebla todo el ambiente, y no veo a mi alrededor sino blancura en el suelo y semi-blancura en el espacio.

Al pisar la cúspide en su mayor altura, apunta el reloj las doce y cuarto. Mi ánimo se halla tan frío como el tiempo; no han salido de mi garganta los «hurras» acostumbrados. Esta altura, con el día tan cerrado en brumas, obliga al silencio.

He sorprendido a dos cuervos que estaban picando los sobrantes de comida de los alemanes. ¡Qué extrañeza me produce el ver a estas aves a tanta altura. Al verme subir se han quedado impasibles, no habrán volado en un radio mayor de quince metros, y en cuanto he parado, han vuelto con tranquilidad a su apetitoso picoteo. Tienen las garras amarillas.

Graniza suavemente, y aunque estoy sin la americana, no siento frío: aún me dura el calor de la subida. El granizo salta encima de la camisa, sin molestarme.

Me he sentado en la nieve disponiéndome a aligerar la mochila. El apetito es tan grande que mi mayor atención se dirige a los sabrosos y nutritivos preparados de *Pension Julen.*

La seriedad del Cervino (Matterhorn) es tanta, que ya lo único que le faltaba es que me recibiese con rayos y truenos; porque vamos..... el granizo que había empezado a caer con timidez, está arreando ahora de tal forma que es como para decirle: «Pero usted qué se ha creído...». Pensando en el refrán que dice: «no hay mal que por bien no venga», espero impasible a que pase la tormenta.

Mont Cervin (italiano).—Ha cesado algo la «salpicadura» y se va despejando mucho por el lado italiano. Veo en la cumbre de esta nación (de menos altitud que la de Suiza, o sea ésta) unos palos indicadores y un poco más abajo una artística cruz de hierro. Sigo sentado «aplicándome con las viandas»; no cesaré hasta trasladar todo a su lugar correspondiente.

Lo mismo puedo creer que estoy a 4.505 metros, como a 1.000 ó 2.000, no me doy cuenta de nada; sé que detrás de mí hay una pendiente arista que calculo tenga algún fatídico nombre de esos que los italianos emplean tan románticamente para bautizar a sus montañas, pues esta mole tiene designaciones con sabor a cementerio.

Reconozco que, en parte, llevan razón, dada la cantidad de desgraciados que en este Matterhorn han sucumbido.

Soliloquio íntimo.—Todos los misterios de esta montaña han quedado para mí reducidos a esto: a despachar en su blanco «cetro» los preparados de mi mochila;

a haber estado trepando durante siete horas (desde el Hörnli) casi sin parar; a salvar trozos, en los que un resbalón me hubiese costado un disgusto serio, y a empequeñecerme de cuerpo y de espíritu en su cima, reconociendo que no soy nada.

¿Será el día, será la montaña entristecida por la niebla, o las dos juntas las que hayan influído en mi espíritu? ¡Lo desconozco! Lo cierto es que no vibra mi entusiasmo y mi sensibilidad; miro fríamente a todo, y lo que veo paréceme un espectáculo vulgar. ¡Cómo añoro aquellas originalidades, aquellos crepúsculos, aquellos íntimos placeres que me daba el «Rey» de los Alpes!

Tengo, sí, esa satisfacción seca, dura, de haber conseguido alcanzar esta cúspide; pero el Cervino me ha recibido muy fríamente y con el semblante hosco y agresivo. ¿Miraría, así también, a Douglas, Hudson, Hadow y tantos otros, cuando les veía despeñarse por sus verticales aristas?

No estaría mal preguntarle: ¡Qué te sucede, Cervino! ¿Tienes algún gran disgusto?

¡Qué recuerdo voy a llevar de ti! Una hora justa en tu cumbre y durante toda ella aguantando una granizada «veletuda»; tan pronto arreando con fuerza, como a ratos, parándose casi en «seco». La nube de la tormenta no me ha dejado de envolver durante todo el tiempo, y así, cerrado de horizontes (salvo escasas momentos), he estado reposando en tu augusta cima, inundada de nostálgicas blancuras.

Estoy muy agradecido de ti: sé que eres muy macho, muy fuerte, muy arrogante y tu mayor alegría se vería cumplida, si no te viniésemos a molestar, y dejásemos inmaculada la nieve de tu erguida testa, y no te hiciésemos esos pequeños rasguños que en tus extremidades tan amplias y sensibles sufres de continuo. Sé todo eso; y tengo que agradecerte que me hayas custodiado, aunque tu mirada se presentaba malhumorada.

¿Qué hubiera sido de mí, pobrecito «nada», si pones en plan guerrero, como ayer, a tus grandes elementos atmosféricos?

Tengo que dejarte para bajar al valle, donde tendré que luchar con gentes menos nobles que tú. Creo que me custodiarás también al dejarte, ya que tan bien me has ayudado en la subida. Con esa confianza de amparo, emprendo mi descenso. ¿Cuándo volveré a verte de nuevo? ¿Qué nuevos ambientes me traerán por aquí? Lo ignoro. Pero no quisiera morir sin que una segunda vez me recibieses, y al visitarte nuevamente, llevo la confianza de que me tratarías con mucha simpatía. ¿No es así?

DESCENDIENDO

Niebla y huellas.—Va quedando atrás la blanca nieve de su cumbre. Son la una menos cuarto.

Las huellas en la nieve facilitan mucho el descenso, y más habiendo tanta niebla; si no sería por ellas, fácilmente me hubiese desviado, yendo a parar a sitios sin posible paso.

Los lugares excesivamente inclinados, los salvo caminando en postura de sentado; no me puedo poner recto sin tener algún punto de apoyo que me sirva de freno en caso de deslizamiento. De esta forma paso la pared y el trozo del trayecto hasta llegar a las verticales rocas. Estas las he bajado bien, sujetando con fuerza las manos a las cuerdas y cadenas y dejándome llevar del peso de mi cuerpo.

Otra vez en el Solvay. La cabaña vieja.—He llegado al Solvay a las tres y veinte. En todo el pesado y difícil trayecto hasta refugio, no he tenido novedad: monotonía tras monotonía, niebla y aburrida e interminable tarea de aligerar el itinerario, procurando no «dormirme» para adelantar tiempo.

En el refugio he encontrado al austriaco y al alemán que me explican cómo el mal tiempo les ha desanimado e impedido por tal causa subir a lo más alto.

Me felicitan, dándome fuertes apretones de manos. Firmo en un espacioso álbum existente en la cabaña, dejando estampados los nombres de la Federación Vasco-Navarra de Alpinismo, de la Sociedad Deportiva Amorebieta y el mío.

Un ligero rato de charla y descanso, algo de refuerzo al acumulador de las energías y, después de una cariñosa despedida a estos señores, empiezo la segunda parte de mi descenso, dejando rocas y más rocas detrás de mí.

Desde el Solvay el trayecto es más llevadero, no hay tantos desniveles.

Con la paciencia de un miniaturista de la Edad Media, continúo descendiendo por una pesada serie de riscos de escaso atractivo.



El Cervino por el lado Oeste (Pico Tindall).

(Mittelholzer Fot).

Paso por la cabaña vieja a las cuatro y veinticinco.

Merienda en el Belveder (hotel).—Casi dos horas andando por sitios que de buenos no tienen nada y a las seis y cuarto piso el Belveder.

He pedido café con leche, y la encargada, muy amable y dadivosa, ha pensado que también podría comer algunos restos de la comida del mediodía, y ha puesto sobre la mesa dos platos llenos de carne y de puré de patatas, por los cuales (me he «zampado» mi buena ración), al tiempo de pagarle, no me quiere cobrar nada.

¿Será en obsequio a la simpatía que le he causado por haber subido sin compañía al Cervino?

Rumbo a Zermatt. El cielo está engalanado; las montañas son otras.—Cojo en el Hörnli mi querido piolet, y sin detenerme sigo para la villa; son las seis cuarenta.

Acabo de tirar los guantes que tanto me han ayudado en la pesada jornada de hoy; los pobres han quedado destrozados.

En este buen camino que llega hasta Zermatt, se alarga la zancada con agradable desenvoltura; tantas horas caminando con pasos vacilantes, cuidadosos, menudos, incitan, al pisar lisa senda, a la libre y elástica marcha.

Acercándome al valle despreocupadamente y con el anhelo satisfecho, disfruto doblemente de este crepúsculo escarlata que no me canso de admirar; no iban a ser todo nieblas ni frialdades; tenía que venir también esta hora encantada a borrar ciertas amargas sensaciones.

Contemplo de vez en cuando al Matterhorn, que va siluetando su línea y la acusa con vigor en el cielo «palo rosa»; así sin detalles se nos aparece más único, más universal, más Cervino.

Lac Noir brilla. Pronto en la villa.—En esta hora crepuscular se llega a comprender el máximo encanto poético de las montañas.

Es cuando éstas sueltan los grifos mágicos de sus gracias eternas, nunca imitadas por el hombre.

Sintiendo en mi alma el sugeridor encanto, paso por frente al Lago Negro que brilla entre el oscuro contraste de su marco. Son las siete cuarenta.

¡Lac Noir!: ¿dónde están tus gentiles ninfas que a esta bella hora debieran de estar danzando hasta la venida de la noche?

Llego al hotel Schwarzsee o del Lac Noir, y luego (ya ha anochecido) envuelto en suave oscuridad, sigo por hermosas laderas, que me llevan por buen camino hasta Zermatt. Los pinares, la aldea de Zum-Sec y las nueve y media entro «en casa».

Tenía el reloj hora y cuarto atrasado.—Extrañado por la densa oscuridad reinante, compruebo la hora verdad y veo con sorpresa que son las once menos cuarto.

Como el reloj es bueno y anda bien, hago averiguaciones, para saber cuál ha podido ser el fundamento de este retraso, y calculo que el intenso frío de la madrugada pasada en el Hörnli (pues dejé el reloj encima de la mochila) ha debido de ser la causa de tal motivo. Así que la salida para el Cervino desde el refugio, en este caso, en vez de ser a las cinco ha sido a las seis y cuarto y todo el horario varía, en la hora y cuarto indicada.

Pensión «Julen». Mi lecho en el cuarto de baño. Zermatt, la «Santa».—No me esperaban en el Julen y he tenido que repicar fuerte para ver si me proporcionaban habitación. Muy sorprendida la sirvienta al verme aparecer a estas horas, cuando ya todos los de la casa se hallan descansando, me advierte que no tengo cama, pero que me habilitará un colchón y mantas; y al pronto me prepara con todo ello, un lecho en el suelo del cuarto de baño. Y..... ya aquí, junto al lavabo, la ducha, la bañera y el espejo, pienso en las santas costumbres de este Zermatt, que hace un momento me ha dado la impresión de entrar en una de nuestras más apartadas y humildes aldeas..... ¡A las once menos cuarto, en una pensión (o mejor hotel) tan importante como ésta, todo el mundo acostado! Parece impropio de una villa de turismo; mas por algo estamos en Suiza, donde con tanta firmeza se conserva la fe; y por algo Zermatt es Zermatt, y no desea parecerse a Chamonix, su rival.

Con la jornada de hoy, he dado fin a estos magníficos recorridos de los Alpes y mañana, domingo, emprenderé la marcha a mi Euskal-Erría.

Apago la luz y ¡a descansar! Me quedan pocas horas para ello, y la paliza sorda de hoy tengo que procurar extraerla del cuerpo.

¡Agur! ¡Gabón!

ANDRÉS ESPINOSA Y ECHEVARRÍA.

Verano de 1929.



El refugio de Piedrafita

Información que para su publicación en la Revista nos remite expresamente el distinguido amigo y federado, e incansable propagador de nuestras aficiones alpinas don J. Díaz Duque. Este inmenso alpinista y el también federado y entrañable amigo don J. Delgado Ubeda (Arquitecto del edificio), han sido los iniciadores de la idea de construcción del importantísimo refugio.

Sus férreas voluntades y sus amplios entusiasmos han visto convertida en realidad una hermosa aspiración; y con este fausto motivo levantan el pabellón alpino español a la altura de sus hermanos los extranjeros.



Situación del refugio en su lado Oeste.

Nuestra felicitación más cariñosa y no olvidemos ninguno el camino emprendido por los dos firmes puntales de la Real Sociedad «Peñalara».

* * *

La planta del refugio es un cuadrilátero de 4,20×6,00 metros. La bóveda es parabólica. Mirando al Oeste, sobre el lago Respumoso, dos ventanas. Mirando al Sur, la puerta, frente a la forqueta de Piedrafita, por donde pasa el camino de Sallent. En el interior

hay un camastro de hormigón a todo el largo. En el ángulo Noroeste un hogar para quemar leña.

El circo de Piedrafita, donde está asentado, es una enorme elipse, cuya mitad Norte es la frontera con el Balaitus, puerto de la Piedra de San Martín, que conduce a Arrens y el Cambales. Un extremo del eje mayor es el puerto de la Faja o



Refugio de Piedrafita: Vista Sur.

Facha, que conduce a Cauterets o a Panticosa por Marcadau. La mitad Sur de la elipse está formada por la Faja, Zarra y Gaurier, Tebarray, Sancha Collons, Ibonciecho y Musales. El otro extremo de aquel eje mayor es el desagüe del lago Respumoso, que forma el río Aguas Limpias.

Dentro del circo existe, además, un lago bastante extenso: el Campo Plano y numerosos lagos menores. Junto a uno de éstos, el Ibon de las Ranas, en su ángulo S. O., está situado el refugio.

De Sallent al refugio se tardan unas cuatro horas, pasando por la forqueta de Piedrafita 2.575 metros por la que atraviesa el camino de Pondiellos, cuya parte más difícil ha habido también que construir para poder transportar los materiales para la construcción.

Puede también servir de base este refugio para visitar los Picos del Infierno, el Pallas y Arriel.

En el plan de refugios que debe realizarse en el Pirineo Central, que es el trozo de montañas más interesante en España, figura éste como cabeza occidental. El extremo oriental lo será el proyectado en Vallibierna, al Sur del grupo de Maladeta.

J. DÍAZ DUQUE.

(Fotografías del autor).

N. DE LA F.—Contribuímos a la construcción de este refugio de Piedrafita con una cantidad proporcional a la que con los mismos fines destinamos para los refugios de Urbía (Aitzgorri) e Igaratza (Aralar).

Tan pronto como se nos indique la iniciación de la suscripción para el proyectado refugio de Vallibierna, entregaremos también nuestro óbolo, no por modesto, menos entusiasta que el que más.



Iñaki de Elorza y Echeberría

Una desgracia a llorar, en las páginas de esta Revista nuestra, que es de vida, porque vive para la juventud.

Uno de nuestros primeros y más queridos federados, Iñaki de Elorza y Echeberría, halló la muerte el 14 de Agosto pasado, en circunstancias tan trágicas y dolorosas, que hacen su pérdida más sensible, y sumen en profunda pena nuestros corazones amigos.



Camarada entrañable, siempre atento a nuestras propagandas, su amor a nuestra tierra, le hizo ascender la mayoría de las cumbres vascas, siendo uno de los miembros más activos de nuestra Federación. En diversas ocasiones colaboró con inteligencia y alegría, en fiestas y conferencias montañeras, regalándonos las melodías cantadas de que él era autor, en las que su sensibilidad de artista se revelaba al ensalzar armoniosamente toda la bondad y poesía de los montes vascos.

En las páginas de esta Revista, en las que dejó muestra imborrable de su talento artístico, quedan dos bellas composiciones suyas: *¡Goazen Mendira!* y *¡Gure Antxon Maitearí!*

Amigo excelente, de carácter bondadoso y jovial, exento de toda malicia, porque era bueno y porque era joven, su pérdida nos ha llenado de dolor, dejando un hueco difícil de llenar en nuestra gran familia montañera.

¡Descansa en paz, compañero del alma, seguro de que los que te amamos en vida no te hemos de olvidar, ahora que nos has dejado para siempre al emprender la ascensión suprema!



Crónica trimestral de la Federación Vasco-Navarra de Alpinismo

Extracto de la información semanal publicada en la Prensa diaria de la región

Concurso de altura.—A *Espigüete*, 2.451 m. (Palencia) por Andrés Espinosa Echebarría, de la Sociedad Deportiva Amorebieta.

A *Mont-Blanc* (4.810 m.)—cumbre más elevada de Europa—*Aiguille du Midi* y *Cervino* (Matterhorn) 4.505 m. en los Alpes, por el mismo, Andrés Espinosa Echebarría.

A los *Picos de Europa*, con ascensiones al Cueto de Trave (2.400 m.), Peña Castil, (2.441), Peña Vieja (2.615) y Peña Labra (2.002), en la Cordillera Cantábrica, por don José Urrestarazu, don Sulpicio Portuondo y don Isaac Olmos, del Grupo Alpino *Aitxarte*.

Imposición de la medalla de oro a Barrueta.—Fué en la cima de la airosa *Peña de Mugarra* con una fiesta íntima organizada por la Sociedad a que él pertenece, Durango Cultural Deportiva, donde se celebró la imposición de la medalla de oro al primer finalista de cien montañas, de aquella Sociedad, don Anastasio de Barrueta. En el acto de la imposición representó a la Federación el directivo vizcaíno Angel de Oyarzábal. Enhorabuena al excelente mendigotzale durangués.

En memoria de Bacigalupe.—El grupo alpino del Athletic Club, en cuyas filas militaba el infortunado camarada, Manuel Galo Bacigalupe (q. e. p. d.) le dedicó un piadoso recuerdo en el Gorbea, con motivo de cumplirse el segundo aniversario de su muerte.

La Federación estuvo representada por el directivo vizcaíno, Andrés Espinosa Echebarría.

Excursiones oficiales.—El grupo alpino «Egizkoa» del Athletic Club realizó su anunciada excursión al *Anetu* en Busturia; el «Grupo Alpino Bancario» al *Pico de las Nieves* en Ampuero y el «Grupo Alpinista Esperanto» al *Aitzgorri* en Aránzazu. Volvieron todos satisfechísimos.

Refugio de Piedrafita.—Como estaba anunciado fué inaugurado este importante refugio de Piedrafita, enclavado en los Pirineos centrales, para cuya construcción contribuímos a su tiempo a la subscripción abierta a este efecto y de cuyas características se ocupa nuestro distinguido amigo el inquieto J. Díaz Duque en otro lugar de esta misma Revista.

Desde el principio fué deseo nuestro y grande el asistir al acto de su inauguración oficial, pero a última hora y ante la imposibilidad absoluta de acudir la persona que esta Federación había designado para que la representase, no tuvimos más remedio que encomendar nuestra representación a los varios alpinistas vizcaínos que allí se encontraban, con cuya presencia nos consideramos ya por acudidos.

Imposición de medallas de oro en «Torre-Madariaga».—En esta magnífica posesión del Athletic Club celebraron los athléticos la imposición de medallas de oro a sus siete finalistas, del recorrido de cien montañas, de la última promoción.

Reciban los nuevos centenarios, don Eulogio de Mendívil, don Domingo de Arana, don Amancio Herrán, don Esteban de Inchaurbe, don José de Salcedo, don Felipe de Aréizaga y don Eusebio de Marquiegui nuestra más cordial y sincera enhorabuena.

Fiestas en «Kurutzeberri» y «San Roque de Kolitza».—Con motivo de la entrega oficial al Ayuntamiento de Arechabaleta de la magnífica cruz de hierro levantada en la cumbre de este importante macizo por un entusiasta grupo de mendigoitzales de aquella villa, se celebraron diversos actos y fiestas sugestivas en extremo.

Merecen destacarse la misa de comunión, celebrada por el reverendo P. Sebastián de Marculeta, del convento de Aránzazu, el discurso del fogoso orador, gran mendigoitzale y miembro de la directiva de la Sección de Guipúzcoa, Carlos de Linazasoro, la espatadantza bailada, y como terminación la alegre y honesta romería vasca que se celebró.

También en *San Roque de Kolitza*, se celebraron con motivo de las importantes reformas realizadas en su ermita y construcción de un altar en la misma, diversos actos y fiestas organizadas por el Ayuntamiento de Valmaseda de acuerdo con sus autoridades eclesiásticas.

Aunque el tiempo deslució algo la fiesta, la animación fué grande y la concurrencia de montañeros de ambos sexos, también.

Excursión al «Aitzgorri».—La Sección de Guipúzcoa celebró su tradicional excursión a este coloso guipuzcoano.

El éxito más rotundo coronó una vez más los esfuerzos de los camaradas guipuzcoanos, pues la asistencia de mendigoitzales fué algo extraordinaria.

Acudieron también diversas representaciones de Alava y Vizcaya.

Nuevo Impuesto al Turismo?—Estamos alarmados ante las noticias que llegan hasta nosotros de que se piensa establecer un nuevo impuesto al turismo de 0,25 pesetas por kilómetro rodado para los autobuses y los autocars.

¿Será esto posible, cuando ahora precisamente el Patronato Nacional del Turismo, trata de fomentar y dar vida al turismo en nuestro país?

Si esto resultara ser cierto, no es difícil pronosticar la inmediata muerte o por lo menos el gran descenso de nuestro deporte favorito: el alpinismo, pues de sobra es conocido el gran uso que de dichos vehículos hacen nuestros montañeros para trasladarse con rapidez y ciertas economías a montes alejados de su radio de acción y que si no por dichos medios de locomoción resultaría poco menos que imposible la realización de tales expediciones.

Varias entidades—y ello lo lamentamos grandemente—algunas de las más destacadas de esta Federación, han suspendido sus excursiones oficiales ya anunciadas y de confirmarse estas noticias del nuevo impuesto el próximo año, serán muy pocas o casi ninguna las que organicen excursiones a base de autocar o autobus.

Esperemos al año entrante, pues la temporada oficial del presente para esta clase de excursiones puede darse ya por terminada y mientras tanto observemos con atención el curso de los acontecimientos sin dejar de la mano asunto de tanta importancia, como este del cual nos ocupamos.

FEDERACION VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO

SECCIÓN DE VIZCAYA

Su cuenta de INGRESOS y GASTOS del 20 de Junio al 20 de Septiembre de 1929.

INGRESOS		GASTOS		
Saldo en 20 de Junio de 1929	7.890,66	Flores a Bacigalupe (q. e. p. d.)		10,00
Carnet núm. 7.028 nuevo federado	1,50	Cuota Euzko-Ekaskuntza (año actual)		12,00
Cuota social del Club Deportivo Aurrerá	10,00	Gratificaciones		25,00
Por 43 recibos del año actual	64,50	Saldo: Libreta n.° 112.488 Ptas.	7.869,99	
		Metálico »	49,67	7.919,66
Total	7.966,66	Total		7.966,66

V.° B.°, El Presidente, *Manuel de la Sota*

Bilbao, 20 de Septiembre de 1929.

El Tesorero-Contador, *Angel Oyarzábal*

SECCIÓN DE GUIPÚZCOA

Su cuenta de INGRESOS Y GASTOS del 3 de Julio al 23 de Septiembre de 1929.

INGRESOS		GASTOS	
Saldo nuestro favor en 3 de Julio de 1929	2.910,38	Subvención para la Cruz de Andutz	50,00
Cobrado al Club Ezbildurtu de Placencia	66,00	Subvención pintar fuente y Cruz-veleta del Intxorta	30,00
» a Peña Excursionista de San Sebastián	23,50	Remitido a PYRENAICA para cubrir déficit	744,15
» a Grupo Intxorta de Elgueta	86,00	Para sellos, etc	2,75
			826,90
Total	3.085,88	Líquido Pesetas	2.258,98

DISTRIBUCION DEL LIQUIDO

Caja de Ahorro Provincial	194,78
Banco de Vizcaya (Eibar)	1.939,65
Caja	124,55
Líquido	2.258,98

V.° B.°, El Presidente, *Félix Larrañaga*

Eibar, 23 de Septiembre de 1929.

El Tesorero-Contador, *José A. Bergareche*

Revista PYRENAICA

Su cuenta de INGRESOS Y GASTOS del 20 de Junio al 30 de Septiembre de 1929.

INGRESOS		GASTOS	
Saldo en 20 de Junio de 1929	1.134,00	Al cobrador y repartidor de PYRENAICA en Bilbao	15,00
Por suscripciónes (año 1929)	55,00	Sellos de correos	16,90
Por anuncios	117,50	Al Comité Paritario de la Prensa	12,00
Recibido de la Sección Vizcaina de la F. V. N. A.	782,16	A Eléxpuru Hermanos, su factura	680,00
		A Fotograbado Arte, su factura	102,16
		Total Pesetas	826,06
		Saldo en Libreta de la Caja de Ahorros Municipal	950,48
		Saldo en metálico	312,12
Total	2.088,66	Total igual	2.088,66

Director, *Manuel de la Sota y Aburto*

Bilbao, 30 de Septiembre de 1929.

Administrador, *Juan José Bardesi y Barandica*

NOTA.--Las Secciones de Alava y Navarra no han tenido movimiento en sus cuentas durante el trimestre.

ELEXPURU HNOS

SOCIEDAD ANONIMA

TALLERES DEL CADAGUA

Berástegui, 4 Teléfono 2864 Apartado 365

BILBAO

ESPECIALIDAD EN VAGONES PARA FERROCARRILES, MINAS, CANTERAS Y TODA CLASE DE INDUSTRIAS

CONSTRUCCIONES METÁLICAS: Armaduras, Puentes, Vigas armadas, Grúas.

CALDERERÍA: Columnas, Calderas, Depósitos, etc.

FUNDICIÓN: Columnas, Tuberías y toda clase de piezas hasta de 5.000 kilogramos.

AJUSTE: Construcción y reparación de máquinas, Transmisiones, Poleas, Ejes, Engranajes, etc., etc.

BOLETÍN DE INSCRIPCIÓN

NÚM. .....

(A recortar y enviar al Comité Central de la F. V. N. A., Orueta, 2, Club Deportivo, Bilbao, o a una de sus Delegaciones, en Vitoria, Eibar o Pamplona).

D. ..... *(1)*

domiciliado en ..... *(* .....

calle de ..... *núm.* ..... *piso* ..... *, socio*

de ..... *(2) de* ..... *,*

desea inscribirse como socio de la

FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO

para lo cual ..... *(3) pesetas UNA CINCUENTA, como cuota correspondiente al año 1928.*

..... *de* ..... *de 192* .....

(1) Nombre y dos apellidos.
(2) Entidad deportiva a que pertenece o si se inscribe como individual.
(3) «Acompaña en sellos de Correos» o «Envía por Giro postal».

"PYRENAICA" - ANALES DE LA F. V. N. A.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

NÚM. .....

(A recortar y enviar a la F. V. N. A., Orueta, 2, Club Deportivo, Bilbao.—Si es miembro de la F. V. N. A., indique su número .....)

D. ..... *domiciliado en* ..... *(* ..... *) calle de* ....., *núm.* ....., *piso* ....., *se suscribe a la revista "PYRENAICA" (Anales de la F. V. N. A.), por el año 1928, para lo cual* ..... *(1) Pesetas* ..... *(2) importe de dicha suscripción.*

..... *de* ..... *de 192*

NOTA.—Las suscripciones se cuentan de Enero a Diciembre.

(1) «Acompaña en sellos de Correos» o «Envía por Giro postal».

(2) Pesetas 2 para los miembros de la F. V. N. A.—Pesetas 4 para los no miembros.-Núm. suelto, una pta.

"PYRENAICA" - ANALES DE LA F. V. N. A.

TARIFA DE PUBLICIDAD

PRECIOS POR CUATRO INSERCIONES (UN AÑO)

(PAGO ATRASADO)

Plana entera.	*Pesetas 150*
Media plana.	» *85*
Cuarto de plana	» *45*

NOTA.—No se admiten anuncios en el texto.

REFUGIO ALPINO DEL GORBEA

(SITUADO EN LA CAMPA DE IGIRIÑAO, A 1.200 METROS DE ALTITUD)

PRIMERA HOSTERÍA DE MONTAÑA EN EL PAÍS VASCO

Pensionado completo, con dormitorios generales o habitaciones independientes, con servicios anexos :: Gran confort :: Precios reducidos y rebajas considerables en concurrencias numerosas.

Nota. - Los domingos y días festivos, hay misa en la gruta-capilla anexa.

Pídanse detalles y folletos a su propietario

Eleuterio de Goicoechea (Ceánuri - Vizcaya)

CAJA DE AHORROS
Y MONTE DE PIEDAD MUNICIPAL
BILBAO

POR SU CARÁCTER DE BENÉFICA SE HALLA BAJO EL PROTECTORADO DEL GOBIERNO, Y CUENTA, ADEMÁS, CON LA GARANTÍA DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BILBAO

LA MÁS IMPORTANTE DEL NORTE DE ESPAÑA

Capitales impuestos en 30 de Septiembre de 1929: Pesetas 173.152.100,25

FONDO DE RESERVA . . . . . 10.000.000 DE PTAS.
ID. ESPECIAL DE PREVISIÓN. 2.500.000 »

ESTA INSTITUCIÓN NO SE PROPONE OBTENER GANANCIAS, SINO HACER PRODUCTIVAS LAS ECONOMÍAS DE LAS CLASES MODESTAS Y LABORIOSAS

42 SUCURSALES

AFILIADA A LA
FEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ALPINISMO

AFILIADA A LA
FED. INTERNAC. DE SDES. PIRENAICAS

FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO

(FUNDADA EN ELGUETA EL 18 DE MAYO DE 1924)

«...constituye un organismo común y superior a todas las agrupaciones de montaña y excursionismo en las tres Provincias Vascongadas y Navarra, encargado de la iniciación, gestión y organización de todos los asuntos de interés general, en relación con la montaña y el excursionismo en la región...» (Artículo 1.º del Reglamento).

CONSTA ACTUALMENTE DE 86 ENTIDADES FEDERADAS Y 3.880 FEDERADOS INDIVIDUALES

RELACIÓN DE ENTIDADES FEDERADAS

ALAVA

Club Deportivo Alavés, Vitoria.
Mendigoizale Itxarkiunda, Vitoria.
El Remolque New Club, Vitoria.

GUIPÚZCOA

*Tolosa Foot-Ball-Club, Tolosa.
*Club Deportivo de Eibar.
*Club Deportivo «Fortuna», San Sebastián.
*Grupo Alpino «Aupa», de Azcoitia.
Sociedad Amaikak-Bat, San Sebastián.
Uliape Club, San Sebastián.
Club Deportivo de Mondragón.
Soc. Deportiva «Elgóibar F. B. C.», Elgóibar.
Club Deportivo «Santa Ana», de Villafranca.
Unión Deportiva Eibarresa, Eibar.
Soc. Deportiva «Hernani F. B. C.», Hernani.
Unión Deportiva de San Sebastián.
Club Deportivo «Esperanza», de San Sebastián.
Real Unión Club, de Irún.
Club Expul-Txoko, San Sebastián.
Grupo Alpino «Ez-Bildurtu», de Placencia.
Club «Goyerri Sport», de Villarreal de Urrechua.
Grupo Alpino «Irurak-Bat», de San Sebastián.
Soc. Deport. «Euzko Gastedi Kiroltzalea», S. S.
Real Soc. de Foot-Ball, San Sebastián.
Club Deportivo, Elgóibar.
Soc. Deportiva «Unión Azpeitiana», Azpeitia.
Club Deportivo «Alkartasuna», Vergara.
Club «Lagun-Garbiyak», San Sebastián.
Soc. «Gure-Txoko», San Sebastián.
Club Deportivo «Euzkalduna», Rentería.
Club «Mollarri Sport», Zarauz.
Club «Bolingo», Eibar.
Club «Beti-Mendian», Hernani.
Los Amigos del Aralar, Tolosa.
Grupo «Mendirik-Mendi», Tolosa.

NAVARRA

Club Deportivo «Euzkotarra», Pamplona.
La Peña «Mendi-Guizonak», Villaba.
Club Athlético «Aurora», Pamplona.
Club Athlético «Osasuna», Pamplona.
Club Deportivo «Indarra», Pamplona.

VIZCAYA

*Athetic Club, Bilbao.
*Grupo Alpino «Esperantista», Bilbao.
*Asoc. Gral. Empl. de Ofic. de Vizcaya, Bilbao.
*Soc. de Deportes «Baracaldo F. B. C.», Baracaldo.
*Club Deportivo, Bilbao.
*Sociedad Deportiva Amorebieta.
*Grupo Alpino «Aitxarte», Bilbao.
*Grupo Alpino Bancario.
*Grupo Alpino «Aldatz-Gora», Bilbao.
*Bilbao Alpino Club, Bilbao.
*Club Deportivo Basconia, Basauri.
*Sociedad Deportiva Begoña.
*Club Deportivo «Irrintzi», Baracaldo.
*Sociedad Deportiva «Itxaropena», Bilbao.
*Sociedad Cultural Deportiva de Durango.
Club Deportivo Orduñés, Orduña.
Sociedad Deportiva Sendeja, Bilbao.
Elorrio F. B. C.
Sociedad Deportiva «Atxuritarra», Bilbao.
Erandio Club, Erandio.
Lexona'ko Mendigoizale Arrapatzenbazaitut, Lejona
Club Alpino «Tavira», de Durango.
Arenas Club de Guecho.
Sociedad Ciclista de Dos Caminos.
Sestao Sport Club, Sestao.
Club Deportivo «Peña», Bilbao.
Sociedad Deportiva «Bolarindian», Bilbao.
Club Elexalde, Galdácano.
Club Deportivo de Baracaldo.
Sociedad Deportiva «Indauchu», Bilbao.
Sociedad Deportiva «Kendu», Bilbao.
Oriamendi Sport, Baracaldo.
Club Deportivo «Aurrera», Ondárroa.
Sociedad Deportiva de Deusto.
Portugalete F. C., Portugalete.
Sociedad Deportiva, Valmaseda F. C., Valmaseda.
Sdad. Vegetariano-Naturista de Vizcaya, Bilbao.
Guernica F. C., Guernica.
Sporting Club de Luchana, Baracaldo.
Grupo «Altamiñape», Ceánuri.
Grupo «Aitzpegi», Ceánuri.
Grupo Alpino «Urko», Ermua.
Sociedad Deportiva «Bideona», Bilbao.
Club Mataire, Barbastro (Huesca).
Grupo «Aixerrota», de Guernica.
Zorroza F. B. C., Zorroza.
Izarra Club, Bilbao.

NOTA. — Las entidades señaladas *, tienen establecidos «Recorridos de Montañas» para el año en curso. Reclamamos la mayor urgencia a las entidades que faltan por organizar el suyo.